

PAOLO MANTEGAZZA
El año 3000. Sueño



Edita: Asociación Cultural Zibaldone, 2016
Colección Ottocento, n°1
C/Santa Bárbara, 5
46111, Rocafort (Valencia), España
<<http://www.zibaldone.es>>

Título original: *L'anno 3000. Sogno*, Editori Fratelli Treves, Milán, 1897.
Traducción: Juan Pérez Andrés



ÍNDICE:

Capítulo I. Paolo y María parten para Andrópolis. Una tarde en el golfo de La Spezia.....	2
Capítulo II. De La Spezia a las antiguas pirámides de Egipto. De las pirámides de Egipto a la Isla de los Experimentos. El País de la Igualdad. Tiranópolis. Turazia o la República Socialista. Logópolis. Otros gobiernos y otros organismos sociales	7
Capítulo III. Viaje a la Isla de Dinamo, uno de los cuatro grandes laboratorios de la fuerza planetaria. El Museo histórico de la evolución mecánica en nuestro planeta. Las tres grandes épocas históricas. El descubrimiento de Macstrong y el pandinamo. La oficina central de la distribución de las fuerzas cósmicas.....	15
Capítulo IV. Salida desde Dinamo y llegada a Andrópolis. Aspecto general de la ciudad. Las casas, sus construcciones y su arquitectura. Las plazas de Andrópolis. La oficina dinámica. El mercado. El arresto de un ladronzuelo y la justicia	20
Capítulo V. Visita al Edificio de Gobierno. Formas de gobierno y organización política del mundo en el año 3000. Las cuatro secciones del Edificio. La Tierra. La Salud. La Escuela. La Industria y el comercio. La oficina de finanzas	28
Capítulo VI. El gimnasio de Andrópolis.....	38
Capítulo VII. El edificio de la Escuela. La Escuela Primaria. La Escuela Media. Los Estudios Superiores. Lección sobre la influencia de la pasión en la lógica del pensamiento	40
Capítulo VIII. Visita a Igeia. La estatua levantada a los más ilustres médicos de la antigüedad. La antesala de los enfermos. Las secciones de Igeia. La visita a un tuberculoso hecha por un neumólogo. La moneda de cartón del año 3000. Departamento de los Igeos. La visita a los niños neonatos. Eliminación de un niño. Una madre piadosa y cruel a la vez	43
Capítulo IX. La ciudad de los muertos de Andrópolis. Disolución de los cadáveres. Incineración. Los siderófilos y los embalsamamientos. Las sepulturas. El panteón	51
Capítulo X. Los teatros de Andrópolis y el Panóptico. Un programa de los espectáculos de la capital el 26 de abril del año 3000. Una velada en el Panóptico	56
Capítulo XI. El museo de Andrópolis. La Galería y los peripatéticos. Las secciones de ciencias naturales. Los hombres posibles. El análisis y la síntesis unidos. Parte del Museo reservada al trabajo humano. Los círculos concéntricos y los rayos centrífugos. La mancha en la carta topográfica de la historia del arte	62
Capítulo XII. La ciudad de Dios en Andrópolis. El templo de la Esperanza. La iglesia de los Evangelistas. El templo del Dios Desconocido	67
Capítulo XIII. El malhumor de María y el secreto de Paolo. Una reunión en la Academia de Andrópolis y la entrega del premio cósmico. El matrimonio fecundo.....	72

Capítulo I. Paolo y María parten para Andrópolis. Una tarde en el golfo de La Spezia

Paolo y María dejaron Roma, capital de los Estados Unidos de Europa, montados en el más grande sus aerotacos destinado a los viajes largos.

El aerotaco es una pequeña nave impulsada por electricidad. Dos cómodas butacas situadas en el centro se convierten mediante un resorte en comodísimas camas, y frente a ellas hay una brújula, una mesita y un cuadrante con tres palabras: movimiento, calor, luz.

Pulsando una tecla el aerotaco se pone en movimiento y se gradúa la velocidad, que puede alcanzar hasta los 150 kilómetros por hora. Pulsando otra se caldea el ambiente a la temperatura deseada. Al pulsar la tercera, se ilumina la nave. Un simple conmutador transforma la electricidad en calor, en luz o en movimiento, según se desee.

En las paredes del aerotaco se han juntado tantas provisiones que bastarían para diez días: zumos condensados de albuminoides y de hidratos de carbono que representan quilos de carne y de verdura, así como esencias destiladas que traen los aromas de las flores más olorosas y de las frutas más exquisitas. Además, una pequeña bodega contiene una nutrida provisión de los elixires que estimulan los centros cerebrales reguladores de las tres máximas fuerzas vitales: el pensamiento, el movimiento y el amor.

En el aerotaco no hacen falta ni maquinistas ni sirvientes; ya en la escuela se enseña a todo el mundo a manejarlo, a alzarlo en vuelo, a aterrizar a voluntad y a dirigirlo adonde se quiera ir. En un cuadrante se leen los kilómetros recorridos, la temperatura ambiente y la dirección del viento.

Paolo y María habían traído consigo unos pocos libros, entre ellos *El año 3000*, escrito por un médico que diez siglos antes había intentado, con bizarra fantasía, adivinar cómo sería el mundo de los hombres diez siglos más tarde.

Paolo le dijo a María:

«Durante nuestro viaje te entretendré traduciéndote del italiano las extrañas fantasía de este antiquísimo escritor. Siento una verdadera curiosidad por saber hasta qué punto adivinó el futuro este profeta. Seguro que leeremos cosas tremendas y nos reiremos un montón».

Hay que saber que en el año 3000 no se habla en todo el mundo, desde hace más de cinco siglos, más que una única lengua cósmica. Todas las lenguas europeas murieron, por no hablar de Italia, donde poco a poco desapareció el osco, el etrusco, el celta, el latín y, por último, el italiano.

El viaje que están a punto de hacer Paolo y María es larguísimo. Saliendo de Roma, quieren llegar hasta Andrópolis, capital de los Estados Unidos Interplanetarios, donde, después de estar ya unidos desde hace cinco años por el matrimonio de amor, quieren celebrar su matrimonio fecundo. Para ello deben presentarse ante Senado Biológico de Andrópolis para que el supremo Consejo de las Ciencias juzgue si tienen o no derecho a procrear y dar vida a otros hombres.

Aunque antes de atravesar Europa y Asia hasta llegar a la capital del mundo, situada a los pies del Himalaya, donde hace tiempo estaba Darjeeling, Paolo quiso que su novia viese la gran Necrópolis de La Spezia, donde los italianos del año 3000 han reunido en una especie de Museo todos los recuerdos del pasado.

María ha viajado poquísimo hasta ahora. No conocía Roma ni Nápoles, y encontrarse con cosas desconocidas la embriagaba. Tenía apenas veinte años y se había comprometido con Paolo hacía cinco.

El vuelo desde Roma a La Spezia duró pocas horas y no hubo incidentes. Llegaron por la tarde y, tras una breve parada en uno de los mejores hoteles de la ciudad, sacaron del aerotaco una especie de mantel de caucho llamado hidrotaco que, inflado en apenas unos instantes, se convirtió en una barca cómoda y segura. Tampoco aquí hay necesidad de barquero o criados. Un motorcito eléctrico no más grande que un reloj de pared impulsa el hidrotaco sobre las olas a la velocidad deseada.

El Golfo de La Spezia estaba espléndido aquella tarde. La luna en lo alto esparcía, con la paz serena de su luz, una especie de hálito de suave melancolía sobre todas las cosas. Los montes, los monumentos y las islas parecían de bronce, inmóviles como quien yace muerto desde hace siglos. La escena hubiera sido demasiado triste si las olas rumorosas, que parecían gorjear y reír en una malla infinita de plata que la abrazaba como millares de pececitos cogidos en la red por el pescador, no hubiese dado al golfo un pálpito de vida.

Los dos novios estaban cogidos de la mano y se miraban a los ojos; también ellos se veían como velados en esa luz crepuscular que difumina la dureza de los objetos agigantando el alma de las cosas.

«Mira, María –le dijo Paolo cuando pudo hablar–, entorno a nosotros reposan en silencio más de veinte mil años de historia humana. ¡Cuánta sangre se ha derramado, cuántas lágrimas se han vertido antes de llegar a la paz y a la justicia que hoy gozamos pese a estar todavía tan lejanos de nuestros ideales! Afortunadamente para nosotros, de los primeros siglos de la infancia humana no nos han quedado más que unas pocas armas de piedra y una confusa memoria. Y digo afortunadamente, porque cuanto más hacia atrás vamos en la historia, más feroz y malvado era el hombre».

Mientras hablaba, se iban acercando a Palmaria, convertida ahora en un gran museo prehistórico.

«Mira, María, aquí vivieron en una gruta hace diez o veinte siglos hombres que no conocieron los metales y se vestían con las pieles de las bestias. A fines del siglo XIX un antropólogo de Parma, un tal Regalia, habló de la gruta, llamada de las Palomas, describiendo los restos humanos y animales que había encontrado. Sin embargo en aquel tiempo, a finales del XIX, toda la isla estaba cubierta de cañones, una batería inmensa de cañones; un verdadero portento de arte homicida defendía el golfo de los ataques del enemigo.

De hecho, todo el golfo era una trampa gigantesca destinada a matar hombres. En los montes, cañones; en las orillas, cañones; en las naves, cañones y ametralladoras: un infierno completo de destrucción y horror. Desde hace siglos este golfo arrastra la memoria de la sangre.

Allí en el oriente, sobre Lerici, puedes ver un antiquísimo castillo en el que estuvo prisionero un rey de Francia, Francisco I, después de perder la batalla de Pavía.

Nosotros no vemos ahora la multitud de huesos que deben reposar en el fondo del mar tras la terrible batalla naval en la que a inicios del siglo XX tomaron parte todas las flotas de Europa, justo mientras, por fatal coincidencia, en Francia se combatía otra gran batalla.

Los países se batían por la paz y por la guerra, y Europa estaba dividida en dos bandos: quienes querían la guerra y quienes querían la paz. Pero para buscar la paz, luchaban, y un inmenso mar de sangre cubrió las olas del mar y anegó la tierra. En un solo día, en las batallas de La Spezia y París, murieron un millón de hombres. Aquí donde estamos ahora gozando de las delicias de este bellissimo atardecer, saltaron por los aires en una hora veinte acorazados matando miles de jóvenes bellos y fuertes, los cuales tenían casi todos una madre que los esperaba y una mujer que los adoraba.

El desastre fue tan grande y cruel que Europa finalmente se horrorizó y tuvo miedo de sí misma. La guerra había acabado con la guerra y aquel día se puso la primera piedra de los Estados Unidos de Europa.

Aquellos gigantes negros que ves zozobrando en el golfo son los antiguos acorazados que se salvaron aquel día terrible. Todas las naciones de entonces están representadas: los hay italianos, franceses, ingleses y alemanes. Hoy se visitan como curiosidades de un museo. Mañana veremos alguno y verás cómo en aquel tiempo de bárbaros, el ingenio y la ciencia unían sus fuerzas para matar hombres y destruir ciudades. Piensa que entonces asesinar en masa se consideraba una gloria grandísima y que a los generales y a los almirantes victoriosos se les premiaba por su triunfo. ¡Pobres tiempos, pobre humanidad!

Pero ni incluso después de abolida la guerra, la familia humana alcanzó la paz: estaban demasiado hambrientos y eran demasiado infelices, y la piedad del dolor, no la razón, llevó a Europa al socialismo.

Sucedió bajo el mandato del último Papa (creo que se llamaba León XX), cuando un rey de Italia dejó el trono diciendo que quería ser el primero en intentar ese gran experimento del socialismo. Si él murió con la bendición de todo el pueblo y el triunfo de la gloria, sus colegas, por el contrario, cayeron protestando y blasfemando.

Fue también una guerra, aunque de palabras y tinta, entre republicanos, conservadores y socialistas, que estos últimos vencieron.

El generoso experimento, aunque loco, duró cuatro generaciones, es decir, un siglo, hasta que los hombres se dieron cuenta de que se habían equivocado. Habían anulado al individuo y la libertad había muerto de mano de quienes querían santificarla. La tiranía del rey y del parlamento fue sustituida por la tiranía mucho más molesta y arrolladora de un mecanismo artificial que para proteger y defender un colectivismo anónimo sofocaba y anulaba el germen de la iniciativa individual y la santa lucha por la excelencia. Suprimiendo la herencia, la familia se convirtió en una fábrica mecánica de hijos y de estéril y triste hastío.

Un gran consejo de sociólogos y biólogos sepultó el socialismo y fundó los Estados Unidos del Mundo, gobernado por los mejores y más honestos hombres tras una doble elección. Al gobierno de las mayorías estúpidas siguió el de las minorías sabias y honestas.

La aristocracia de la naturaleza fue copiada por los hombres, y con ella se sentó la base de la sociedad humana en la que, por desgracia, aún no estamos más que a mitad de camino. El arte de elegir a los mejores no se ha encontrado todavía, y pensadores y pensadoras, y sacerdotes del pensamiento y sacerdotisas del sentimiento trabajan todavía para encontrar el mejor sistema que permita que cada hijo de mujer tenga el puesto legítimo que la naturaleza le ha concedido al nacer.

Se han eliminado los ejércitos, el impuesto al consumo, las aduanas y todos los instrumentos de la antigua barbarie. Se ha eliminado el dolor físico y se ha alargado la esperanza de vida, llevándola hasta los 60 años. Y aunque existe todavía la enfermedad, aún nacen jorobados, locos y delincuentes, y el sueño de ver morir a todos los hombres de viejos y sin dolor queda todavía lejos».

María callaba, escuchando, y Paolo calló también, como sumido en una gran melancolía. Los veinte mil años de historia les parecían mucho tiempo para un recorrido tan pequeño en la senda del progreso.

María quiso romper el silencio y disipar aquella melancolía, y con la grácil e inteligente agilidad que poseen las mujeres, quiso hacer cambiar de idea a su amigo.

«Dime, Pablo, ¿por qué entre tantas lenguas muertas has estudiado justamente el italiano con tanto amor? Siento curiosidad desde hace mucho... y tú nunca me lo has dicho. ¿No será por casualidad para poder leer en su lengua original *El año 3000?*».

«No, querida mía, es porque la literatura italiana nos ha dejado la *Divina comedia* y *Giovanin Bongee*, Dante y Carlo Porta, los dos máximos poetas de lo sublime y lo cómico. Los leeremos juntos y verás que tengo cientos de razones para estudiar el italiano antes que cualquier otra lengua muerta.

Nadie ha sabido tocar todas las cuerdas del corazón humano como Dante Alighieri y nadie nos ha hecho reír tan humanamente como lo ha hecho Carlo Porta. Aunque para entender a Carlo Porta no basta saber italiano, sino que se debe estudiar el milanés, un dialecto muy céltico que se hablaba hace diez siglos en gran parte de Lombardía, cuando Italia tenía más de veinte dialectos distintos.

Aún sin ellos, sin Dante y sin Carlo Porta, habría estudiado el italiano antes que cualquier otra lengua ya extinta, ya que era la hija predilecta y primogénita del griego y del latín, y concentraba en sí la esencia de dos de las más grandes civilizaciones del mundo, a las que hay que añadir la

suya propia, no menos gloriosa que estas dos. Hablando italiano se revive a Sócrates y Fidias, Aristóteles y Apeles; se revive a César y Tácito, Augusto y Horacio, Miguel Ángel y Galileo, Leonardo y Rafael. Nunca ninguna otra lengua tuvo una genealogía tan noble y tan grande. He ahí el porqué, cuando se fundaron los Estados Unidos de Europa, según el consenso de todos, Roma fue elegida capital».

«Paolo mío, ¿me haces sentir muy orgullosa de ser romana!»

Y de nuevo los dos novios callaron mientras su hidrotaco se deslizaba por las olas del golfo rompiendo en cada movimiento la malla de plata que cubría la superficie del agua.

Entre tanto llegaron al antiguo Arsenal de La Spezia y un sonido monótono y lúgubre llegó a sus oídos, tan pronto confuso y apenas perceptible, como claro y preciso según la dirección de la brisa nocturna.

Los ojos de Paolo y de María se volvieron hacia donde procedía el sonido, y parecía que surgía de un cuerpo redondo que flotaba en el agua como una inmensa tortuga marina. Según dirigían su nave hacia aquel punto, el sonido se iba haciendo cada vez más fuerte y más triste.

Pararon la nave a pocos pasos de aquel objeto flotante.

«¿Qué es?», preguntó María.

«Es una boya antigua a la que los bárbaros del siglo XIX ataban sus grandes acorazados. Ha estado aquí tantos siglos que está oxidada, olvidada aquí en memoria de un tiempo pasado que por suerte para los hombres no volverá jamás».

En ese momento el sonido triste y monótono que surgía de la boya se hizo clarísimo. Primero era un ihhh estridente y prolongado, y luego, tras una pausa breve, un bumhh oscuro y profundo. Y tras una nueva pausa, se volvían a repetir incesantes el lamento y el ruido.

También el corazón humano mide el breve giro del cuadrante de la vida con dos sonidos alternos, un tic y un tac, pero estos sonidos son alegres, casi festivos. Ese ihhh y ese bumhh, por el contrario, parecían el palpito de un corazón gigantesco y rasgado que midiese el tiempo de nuestro planeta.

«Dios mío, dime Paolo, ¿por qué la boya se lamenta? Parece que sufra y esté llorando».

«Boba mía –dijo él forzando una sonrisa–, lo que parece un lamento lo provoca el roce de su argolla oxidada, y el ruido lo producen las olas al chocar contra la caja vacía».

Sin embargo Paolo, mientras intentaba explicar el origen físico del sonido, estaba ocupado por otros pensamientos que le llegaban de un mundo más alto y más lejano.

Los dos callaron por un rato.

«Vámonos –respondió por fin María–, volvamos a tierra, el sonido de la boya me espanta, me entran ganas de llorar».

«Tienes razón, vámonos. A mí también me entristece su lamento, me parece ver aquí la imagen dolorosa de la historia completa del hombre. Un lamento que surge de las entrañas de los niños apenas nacidos, de los jóvenes perdidamente enamorados, de los viejos que tienen miedo a la muerte, de todos los insatisfechos, de todos los hambrientos de pan o de gloria, de riqueza o de amor. Un lamento que se alza por todo el planeta, que llora y pregunta al cielo el porqué de la vida y el porqué del dolor. Y a ese lamento de todo el planeta responde al destino con ese ruido oscuro y profundo: así es, así debe ser, así será siempre».

«No, Paolo, no es así, ¡no será siempre así! Piensa en los acorazados asesinos que ya no están aquí, piensa en las guerras que ya no existen; piensa en el progreso que nunca cesa. También esta boya, que parece repetirse con su palpito el eterno lamento de la humanidad, y la cruel respuesta del destino, callará un día, disuelta por las aguas del mar...»

«Ojalá así sea», dijo Paolo acelerando el motor de la nave para huir de la pesadilla de aquel sonido lamentable y penoso.

A la mañana siguiente un sol brillante refulgía en el cielo en lugar de la luna. La vida laboriosa del trabajo dejaba tras de sí la melancolía de la noche; y los dos novios, tras haber visitado algunas carcacas de los viejos acorazados, volvieron a montar en el aerotaco y

reemprendieron el vuelo hacia Oriente, de donde la luz del día ha traído siempre a los hombres la esperanza que nunca muere.

Capítulo II. De La Spezia a las antiguas pirámides de Egipto. De las pirámides de Egipto a la Isla de los Experimentos. El País de la Igualdad. Tiranópolis. Turazia o la República Socialista. Logópolis. Otros gobiernos y otros organismos sociales

En su vuelo desde La Spezia, Paolo y María sobrevolaron muy pronto Sicilia, mandando desde el aire un saludo al Etna, que yacía extinto bajo sus pies desde hacía siglos.

Al día siguiente estaban ya en Egipto, y con unos buenos anteojos vieron desde lejos las pirámides, siempre firmes en sus puestos tras un largo viaje a través de los siglos. Habían permanecido erguidas con su granítica impassibilidad, aunque a sus pies llegaban ahora las olas de un nuevo mar abierto por los hombres para robarle espacio a los desiertos africanos. El agua había ocupado el lugar de la arena, y solo con esta operación el clima de Europa había descendido muchos grados, sin llegar por ello a una nueva era glacial. En el año 3000 los hombres manejaban con tal artificio las fuerzas de la naturaleza que bastaba dirigir una intensa corriente de aire caliente hacia los polos para deshacer los inmensos glaciares que un tiempo ocuparon gran parte de la zona polar.

María mostró su deseo de visitar las pirámides, y Paolo la obedeció de inmediato, haciendo descender el aerotaco a pocos minutos a pie de los gigantes de piedra.

Mientras subían a las pirámides, Paolo le iba explicando los símbolos y nombres inscritos en la piedra por gente desaparecida hacía siglos en lenguas extintas también hacía ya muchísimo tiempo.

Allí, en la orilla, desayunaron, y tras pedirle una red a un pescador del lugar, quisieron ir de pesca. En menos de una hora su barca estaba llena de peces, pues la pesca era entonces muy fácil: la finísima red, aunque resistente, se dispone en semicírculo y en el centro del arco se coloca una pequeña lámpara eléctrica que ilumina con vivísima luz el fondo del mar, atrayendo tanto a los largos y grandes habitantes de las aguas, como a los más pequeños. Después de media hora se cierra la red, que contiene como en una bolsa a todos los curiosos atraídos por la luz, y se sube finalmente a la barca la fácil presa.

Paolo, seleccionando de la gran nasa solo algunos de los peces más exquisitos, lanzaba el resto de vuelta al mar.

Comieron en la playa los peces que habían pescado más algunas de sus provisiones del aerotaco, y pasaron la noche tumbados en la suave arena, contemplando la luna y recordando a los antiguos egipcios y a los turcos y a los italianos, pueblos que se habían sucedido en el dominio de aquella tierra hacía tiempo desierta, pero hoy fertilísima.

A María le había gustado tanto la excursión marina que con un profundo suspiro le dijo a Paolo:

«¿Por qué no continuamos mañana nuestro viaje por mar?»

«¿Y por qué no?», le respondió Paolo. «Justamente esta tarde pasará por aquí la Cosmos, la nave postal que va de Londres a la India, pasando por Ceilán. Ya que vamos con el aerotaco nos podríamos parar también en esa isla curiosa donde, como en un museo, se conservan todas las formas de gobiernos pasados y que, justamente por eso, llaman la Isla de los Experimentos».

En efecto, por la tarde, la nave Cosmos lanzó sus anclas a los pies de las pirámides, desembarcando a muchos pasajeros que querían visitarla.

La nave es muy diferente a los antiguos piróscafos. Comparada con las antiguas naves, es pequeñísima, porque su maquinaria no funciona con vapor, sino con electricidad; en ella el agua del mar se descompone en una pila económica y simplísima para proporcionar hidrógeno, el nuevo combustible, que luego se destila para obtener así agua potable. No hace falta, pues, un inmenso espacio para acarrear el carbón que debía quemarse antiguamente en los viejos piróscafos.

La nave está construida de una aleación especial de aluminio e iridio, un metal ligerísimo y más duro que el hierro. Nada de humo, nada de malos olores, y en cambio una gran velocidad, por lo que, al tomar tierra cada día, los pasajeros disponen siempre de víveres fresquísimos.

También se han quedado atrás los mareos, ya que en cuanto se encrespan las olas, de la proa sale a presión un chorro de una sustancia oleaginosa que se expande sobre el agua y calma el mar como por encanto.

Por lo demás, hay en la Cosmos todas las comodidades y distracciones de una gran y rica ciudad. Ya no hay camarotes estrechos y asfixiantes a los que llegan los desagradables olores de la cocina, de la sala de máquinas y de la imperfecta ventilación. Por el contrario, hay habitaciones amplias y bien amuebladas, dado el escaso número de pasajeros que se acoge. Por todos los lados hay música y flores, y una cocina que da servicio a todos y a todas horas. También hay una rica biblioteca y juegos de todo tipo. El servicio es invisible, ya que todos pueden pedir según sus deseos y necesidades pulsando simples botones. El capitán, antes que comandante, es amigo de todos, y preside largas horas de ocio y charla.

Cada tarde se hace un pequeño teatro donde se alternan representaciones dramáticas con musicales, y donde los pasajeros, diletantes, se divierten y entretienen a los demás.

La inmovilidad casi absoluta de la nave permite también el baile e incluso jugar al billar, pues ha logrado con artificiosa combinación que las ligeras oscilaciones de la nave no perturben el recorrido de las bolas, diversas también estas de las nuestras.

Desde las pirámides hasta Ceilán, nuestros viajeros no invirtieron más que dos días. Pocas horas antes de llegar a la deliciosa isla, un intenso perfume de rosas que inundaba el aire y enamoraba las almas anunciaba ya su cercanía.

El desembarco fue en el puerto de la Igualdad, la ciudad más moderna de Ceilán, fundada hacía algún tiempo por los Igualitarios que pensaban haber resuelto el problema de la felicidad humana igualando los derechos y los deberes de todos los hombres: en la riqueza, en el vestido, en cada uno de los aspectos de la vida.

Paolo y María, tras apenas tomar tierra, se encontraron rodeados de una masa de curiosos que esperaban la llegada del correo postal inglés. Todos estaban vestidos del mismo tejido, de seda blanquísima, y todos estaban afeitados, lo que hacía imposible distinguir el sexo. También las mujeres llevaban el pelo corto y arreglado del mismo modo que los hombres, y solo hablando con ellas se podía distinguir el sexo por la voz. También la edad era difícil de descubrir, ya que los ancianos se teñían el pelo. Todo estaba planeado pensando en la igualdad universal.

El puerto se abría sobre una gran plaza toda rodeada de casas de la misma altura y del mismo color, a la que llegaban doce grandes calles dispuestas en forma de abanico, todas rectas y también con casas de la misma altura y el mismo color.

Paolo y María tomaron al azar una de las calles, mirando a derecha e izquierda intentando descubrir algo distinto que los distrajese de aquella monotonía fría y tediosa.

Los habitantes caminaban todos al mismo ritmo, ni lento ni rápido, y parecían expresar lo mismo, un inmenso tedio, una indiferencia por todo y por todos. Parecía incluso que todos tuviesen la misma fisonomía.

Esperanzado en que los igualitarios entendieran la lengua cósmica, Paolo le preguntó a un peatón: «¿Dónde podríamos encontrar alojamiento para un día, y quién es el jefe de esta ciudad?»

«Podéis llamar a cualquier casa –respondió–, y en todas os darán hospitalidad del mismo modo. Respecto al jefe, lo encontraréis en la calle 6, número 1000, ya que nuestras casas no se distinguen más que por las cifras, igual que nosotros, que no tenemos nombre, puesto que al nacer se nos asigna un número que llevamos hasta la tumba y que nos distingue los unos de los otros. Cuando uno de nosotros muere, al primero que nace se le da ese número, de forma que la serie no se interrumpe. El número más alto es el del último en nacer y representa también la cifra exacta de la población, que hoy en día es de 10.000 habitantes.

Con respecto al jefe de la ciudad, se llama el Diferente de Hoy, porque cada día, por turno, uno de nosotros mayor siempre de veinte años, e independientemente de que sea hombre o mujer, se convierte en el jefe por un solo día. Cada número 1000 le toca resolver los problemas que puedan surgir, administrando justicia y haciendo, en definitiva, todo lo que en Andrópolis hacen centenares de funcionarios.

Por lo demás, el gobierno de Igualdad es sencillísimo, porque en la casa del Diferente de Hoy están expuestos los códigos que establecen y regulan la vida de cada uno de nosotros.

Nosotros sentimos horror por la diversidad, porque ofende la justicia, que es nuestra Diosa; y cada uno de nosotros denuncia enseguida al Diferente de un Hoy a quien vistiendo, comiendo o en cualquier otro asunto, se comporte de forma distinta a los demás».

María no pudo aguantar la risa ante este discurso del igualitario, pero este no tuvo tiempo de darse cuenta, porque, saludados los viajeros, había retomado su camino con paso cadencioso y monótono.

«Pero, Paolo mío, ¡hemos acabado en una jaula de grillos! Vámonos y rápido».

«No, querida María. Este reino de la Igualdad me parece bastante curioso y quisiera estudiarlo un poco más de cerca. Hace más de mil cien años que los franceses desencadenaron una terrible y sanguinaria revolución para conquistar, entre otras cosas, la igualdad entre los hombres. En la guillotina rodaron cientos de cabezas inocentes, pero los hombres siguieron naciendo unos distintos de los otros, y las jerarquías sociales se volvieron a acomodar en la sociedad en la que hoy vivimos, en la que la justicia no concede las mismas cosas a todos, sino más bien aquello que cada uno merece. Pero justo aquí, en esta Isla de los Experimentos, encontramos renovado, después de doce siglos, el mismo sueño de 1789. Menos mal que aquí no veo guillotinas y estos locos igualitarios se han unido libremente para poner en marcha su sueño.

Además, querida compañera, siento un gran apetito y quisiera llamar a la primera puerta que veamos para pedir hospitalidad».

Y así hicieron nuestros viajeros. En el número 365 de la calle 6 entraron en una casa de Igualdad que tenía las puertas abiertas de par en par, como todas las demás. En el vestíbulo encontraron un ser vestido de blanco. ¿Sería un hombre o una mujer? Era muy difícil decirlo, pero cuando abrió la boca para saludarlos, se dieron cuenta de que era una mujer y que hablaba como todos los demás la lengua cósmica.

«Perdone señora, preguntaron, nos han dicho que en esta ciudad no hay hoteles y que todas las casas ofrecen hospitalidad a los viajeros. Nosotros quisiéramos pedirle que nos diera algo de desayunar».

«Entren y acomódense, pero siento decirles que la hora del desayuno ya ha pasado y tendrán que esperar a la hora de la comida, que es a las cuatro».

«Disculpe de nuevo, señora, pero tenemos hambre y nos bastaría con comer cualquier cosa: dos huevos y un poco de pan».

«No puedo trasgredir las leyes de Igualdad. Ya que sois buenos viajeros seguro que llevaréis algunas provisiones que os permitan esperar la hora de la comida, que se hace en común. Entre tanto, aquí tienen abierta la habitación de los huéspedes; justamente está libre».

Paolo y María llevaban siempre en su mochila un poco de albuminosa condensada y algunos otros alimentos nutritivos, así es que, pidiendo mil excusas a la igualitaria, se metieron en la habitación de invitados, riéndose como locos de lo extraño de las costumbres de aquel país.

Al cabo de un rato oyeron el sonido de un campanario eléctrico que, al unísono con los campanarios de la ciudad, anunciaba la hora de la comida.

En el comedor vieron sentadas a la mesa cinco personas: el padre, la madre y tres hijos. Ningún camarero, ningún sirviente. Por turno se alzaron: primero el padre, luego la madre, luego uno de los tres hijos. De una cavidad abierta en el muro cogían los alimentos, preparados por ellos mismos en la cocina sin muchas fatigas gracias a la unión de ingeniosísimos aparatos mecánicos y algo de química.

El padre de la casa, muy parecido a la mujer en cuanto a su fisonomía y en todo igual a ella en cuanto al vestido, era afable y gentilísimo con los invitados. Les preguntó por su viaje, dio información valiosa sobre la ciudad de Igualdad y sobre los Estados de la isla, pero, sobre todo, alabó la perfección social del gobierno en el que vivían.

«Miren qué cosa maravillosa es este sistema, ¡todo orden y simetría! A la misma hora en toda nuestra ciudad todos almuerzan y comen la misma comida, y en las mismas mesas se sienta también el mismo número de comensales: en Igualdad el celibato está prohibido, como también está prohibido tener más de tres hijos. Solamente en los casos en los que por desgracia perdemos uno, se nos permite tener un cuarto.

El primer día de cada mes todos los cabeza de familia envían a la casa del Diferente de Hoy la propuesta de comida para el desayuno, la comida y la cena, y la propuesta mayoritaria se convierte en ley para todos. Así se van cambiando los alimentos y las horas dependiendo de la estación y de la salud pública. ¿No les parece esto un perfecto ideal de sociedad? Nadie es el primero, nadie es el segundo; todos somos iguales. Tampoco ninguna ambición, ninguna envidia, ni ninguna lucha por el poder, puesto que todos lo tenemos durante un día. ¿Qué les parece?»

Paolo, que no quería humillar a un hombre tan amable ni desengañarlo de la segura beatitud de sus convicciones, se contentó con decirle: «Ciertamente, vuestra organización social es muy curiosa, muy original...»

«Oh, querido señor, no es solamente curioso y original; es perfecto, el ideal de todos los gobiernos humanos».

«Pero, ¿cómo sois capaces de encontrar placer en la igualdad de todas las cosas? Los hombres nacen tan distintos los unos de los otros...»

«Tal vez –respondió el igualitario–, pero acostumbrarnos a las mismas cosas nos convierte cada vez en más iguales y confiamos con el tiempo en lograr que todos nazcan todavía más iguales, con las mismas aptitudes, con la misma inteligencia y con los mismos gustos. Una ley votada en el mismo año impone a nuestros conciudadanos fecundar a la mujer solamente el primer día de mayo. Respecto al amor, lo hacemos todos a la misma hora, cada mañana, cuando suena la campana especial de la casa de Gobierno. ¿No os parece bello, poético, pensar que coméis, dormís, paseáis a la misma hora que todos vuestros vecinos?»

Aquí Paolo, disimulando con dificultad su sonrisa, no pudo más que decir: «Querido señor, hasta el año 1600 los jesuitas del Paraguay pensaron del mismo modo: una campana repicaba cada mañana para recordar a los ciudadanos que tenían que ofrecer su tributo a la fecunda Venus...»

«Yo nada sé de esos jesuitas de los que me habla –respondió a su vez–, pero encuentro que una idea que permanece después de tantos siglos, debe estar profundamente basada en los deseos más innatos de la naturaleza humana...»

«Yo creo por el contrario –añadió Paolo– que la naturaleza humana es tan elástica, tan multiforme, que se permite repetir las mismas experiencias varias veces después de largos intervalos para volver a intentar una y otra vez las mismas extrañas utopías, como creo que es el caso de vuestra República Igualitaria».

El día después nuestros viajeros partieron de Igualdad y se dirigieron hacia Tiranópolis, un pequeño estado donde el pueblo vivía bajo el régimen despótico de un pequeño tirano, Nicolás III, quien llevaba el título de zar en memoria de los emperadores rusos que gobernaron gran parte de Europa oriental y Asia occidental muchos siglos antes.

No se quedaron más que un día, indignados con la mezquindad de aquella gente que obedecía a un solo hombre, el cual no tenía otro mérito que el de haber nacido de Nicolás II, quien a su vez había heredado el trono de Nicolás I, fundador de la dinastía.

Tiranópolis hormigueaba de soldados que, en realidad, no tenían que defender la patria (ya que no tenían enemigos), sino que hacían de carabineros y de guardias de seguridad, llevando al jefe de policía diariamente el parte de lo que habían visto y oído en su espiar cotidiano. Una sola

palabra irreverente pronunciada en contra del zar era sancionada con la cárcel y cualquier intento de rebelión lo era con la inmediata pena de muerte mediante estrangulamiento.

Nicolás no era tan solo el rey absoluto, sino también el sacerdote supremo de la religión, la cual por otro lado era simplísima: adoración a un Dios solo y a sus santos, los cuales eran todos tiranos célebres de la historia: Augusto Tiberio, Nerón, Ezzelino de Roma, Luis XI, Luis XIV, Enrique VIII de Inglaterra, Napoleón I, Rey Bomba de Nápoles y Pedro el Grande, entre otros muchos, todos con su propio templo y su propio culto.

En torno al trono había una doble aristocracia, la civil y la religiosa, unidas por vínculos de parentesco y de una común solidaridad. Portaban títulos diversos según la jerarquía a la que pertenecían y a cambio del servicio que prestaban al trono eran recompensados con generosidad. En realidad, no hacían más que defender el trono y el altar.

Como Tiranópolis está circundada por Estados Libres, algunos ciudadanos habían conseguido huir de la tiranía de Nicolás III para alcanzar Igualdad, la Metrópolis del Socialismo, o el Estado Parlamentario, pero la emigración era cosa rara y difícil, y estaba además penada con la muerte si se podía atrapar al culpable. Si no, se castigaba a las personas más próximas a él. Por lo demás, la emigración era también escasa por otras razones: sus habitantes, nacidos en Tiranópolis después de dos generaciones de esclavos, nacían ya resignados y proclives a la esclavitud, y obedecían con naturalidad las leyes más absurdas y tiránicas.

Curiosamente, los más inteligentes y los más fuertes confiaban en la llegada de un Mesías que acabaría con el tirano y la corrupta aristocracia dominante para traer a todos a la luz de la libertad.

Cuando Paolo y María, horrorizados con el espectáculo de aquella sociedad de esclavos, estaban a punto de cruzar la frontera de aquel país, se encontraron con un joven que Paolo había conocido en Roma en su época de estudiante y que más tarde había sido deportado allí desde Andrópolis. Desde pequeño había tenido instintos tiránicos y, una vez se hizo mayor, en conferencias públicas y en artículos periodísticos, no dejó de predicar la necesidad de reforzar el Gobierno de los Estados Unidos de Europa con leyes más restrictivas. Ahora el tribunal supremo de Andrópolis le había impuesto asentarse durante un mes en la isla de Ceilán y ver con sus propios ojos qué bello y bueno es un estado gobernado según el modelo de las antiguas tiranías. Fue él mismo quien narró a los dos esposos el objetivo de su viaje, y Paolo, riendo, le dijo:

«Vete, vete a Tiranópolis... un mes será tiempo suficiente para que te cures de tus ideas autoritarias».

Continuando su viaje de exploración, Paolo y María llegaron a Turazia, capital de un pequeño estado gobernado según el ideal del socialismo colectivo en el que las cosas se parecían un tanto a las ya vistas en la ciudad de Igualdad, aunque no eran ni menos curiosas y ni menos ridículos que allí.

Nada más llegar se toparon con un jovencito que paseaba por la calle y le pidieron la dirección de un hotel y, mientras les acompañaba, aprovecharon para entablar conversación preguntándole de quién era hijo: «No lo sé, al igual que no lo sabe ninguno de los habitantes de este país. No conozco más que a mi madre, pero como ella ha tenido muchísimos amantes, muchos de ellos podrían ser mi padre. Aquí nuestro apellido es el de la madre, ya que el amor es libre y no existe el matrimonio. Los hijos son todos hijos del estado, que a fin de cuentas es el gran padre de todos».

María preguntó entonces al chaval por qué la ciudad se llamaba Turazia.

«Es –respondió–, en honor a un tal Filippo Turati que vivió en Italia a finales del siglo XIX y fue uno de los más honestos y razonables socialistas de aquel tiempo. Él, con su pluma y su palabra, preparó la llegada de la gran República Socialista que gobernó más tarde Europa».

María se interesó vivamente en el estudio de Turazia y Paolo en pocas palabras le trazó la historia de esta gran y generosa utopía que era el socialismo, que definió como una arcaica ternura del corazón acompañada de la más profunda ignorancia de la naturaleza humana.

«Mira, María, hasta 1895 en Europa había socialistas de diferente tipo. Un tal Bianchini, agudo y profundo escritor de aquel tiempo, estableció tres categorías distintas.

En primer lugar estaban los *socialistas científicos*, una ciencia de una esencia no siempre pura, pero que por fuera cuidaba celosamente la propia imagen para parecer grave, sistemática y digna. Estos socialistas anunciaban el día, la hora y el minuto de la próxima transformación social y de la relativa caída de la burguesía. Sus hallazgos no pecaban justamente de variedad: se trabajase mucho o no se trabajase nada, hubiera inconvenientes o deficiencias, lloviese o hubiese tormenta, ellos no veían más que el infame capital en el fondo y al dios Marx, el gran precursor de Turati, en lo alto.

Luego estaban los *socialistas literarios*: algún hombre de talento, algunos mediocres, y tras ellos la recua infinita de los autores traicionados por la suerte para quienes la llegada del socialismo fue como una especie de respaldo a la reivindicación de la propia genialidad incomprendida. Confiaban en la creación de una magna obra en la que, en pro del vuelo ilimitado del pensamiento, la tiranía del capital ya no les cortaría las alas. Estos soñaban con los días felices por llegar en los que la inefable dulzura del sonido de la imprenta ya no vendría acompañada por la sórdida avaricia de los editores. Y ese sueño los exaltaba, los hacía vibrar en su fuero más interno, en lo más sensible y ardiente de su corazón. El escritor socialista era un animal entusiasta, expansivo y convencido hasta el absurdo de sus propias ideas, pero personalmente inocuo.

Por último, Bianchini distinguía el grupo de los *socialistas profesionales*, y constataba al mismo tiempo que eran pocos, aunque singularmente tercos. Eran hombres tremendamente eruditos que se habían sumergido con el mayor de los corajes en el inmenso mar formado por las leyes y los institutos jurídicos con la intención de recabar la infalible receta que borraría del diccionario humano la triste palabra «dolor». Su trabajo especulativo les había inconscientemente separado del mundo de los vivos para llevarlos a un ambiente en el que no se reconocía más que una divinidad, la ley. Esta ley lo era todo, debía ser todo, podía con todo. No había ninguna otra exigencia fisiológica o natural que se dignasen a considerar en el hombre, y que ellos, con la máxima desenvoltura, no pudieran perfeccionar y darle vueltas y más vueltas según las necesidades de su sistema preestablecido. Junto a estos maestros, sobrios trabajadores e ilusos de buena fe, surgían los livianos y superficiales discípulos que se pavoneaban con la pretensión de ser superiores al resto.

Sin embargo, estudiando la historia del socialismo, querida María, creo que a las tres especies de socialistas magistralmente definida por Bianchini se les debe añadir una cuarta que tuvo incluso más seguidores: la del *socialismo piadoso*. A este pertenece Edmundo De Amicis, un célebre escritor italiano del siglo XIX.

Son justamente estos los que, después de once siglos, han querido volver a intentar esta antigua entelequia fundando en la isla de Ceilán el Estado de Turazia. El dolor físico ya no existe, aunque existen todavía muchísimas formas de dolor moral a costa de suprimir ya desde el nacimiento a los delincuentes, a todos los monstruos y a todos los organismos condenados a morir de forma innatural o de enfermedad hereditaria. Alguna vez los peritos biólogos yerran y dejan vivir a hombres que por su constitución están condenados a sufrir o hacer sufrir a los demás, no físicamente, sino moralmente. A fin de cuentas la piedad altruista no es más que un dolor amargo.

Añade a esto la lucha de individuos tal vez demasiado libres y que hacen nacer con frecuencia contrastes, contradicciones y desigualdades entre los hombres.

De lo poco que he visto aquí en Turazia, me parece que el experimento, que no lleva más de cinco años, no durará mucho más.

Por lo demás, la gran masa del pueblo socialista está constituida por ignorantes y por gente de muy débil carácter, venida aquí con la espera de encontrar la panacea a sus males. A la cabeza he visto hombres ingeniosos, con más corazón que cerebro, que se afanan por resolver esta especie

de cuadratura del círculo; es decir, dar a cada uno lo que espera, midiendo con igual balanza el valor del trabajo, que es tan diverso como diversos son los organismos humanos.

El estado se ha convertido en una especie de tumor gigantesco que absorbe todo con la santa intención de distribuir a todos la misma cantidad de sangre y de vida; pero esta distribución está hecha por hombres que, pese a ser inteligentes y buenos, no dejan de ser hombres y tienen sus propias simpatías y sus propias pasiones. De ahí nacen otras tantas causas de malestar e insatisfacción.

Date cuenta, pues, de que la imposibilidad de acumular el fruto del trabajo para dejarlo a tus hijos le resta cualquier finalidad a la energía individual, y que una gran apatía reina soberana en la atmósfera de este estado, en el que no hay ni opresores ni oprimidos, pero donde falta el sagrado y poderoso deseo de destacar, de forma que la más bella y noble energía es arrancada de raíz al negársele su propio fin.

Ayer, mientras dormías, tuve una larga conversación con uno de los jefes principales de Turazia, y te he de decir que encontré en él a un gran poeta antes que a un sabio hombre de estado. Estaba entusiasmado con el nuevo experimento y me decía que la República Socialista tiene un gran futuro y está destinada a absorber poco a poco al resto de las sociedades del planeta. A mi objeción de que habían eliminado a dios y a la familia, es decir, el templo en que se cree o se espera y el nido en que se ama, él, levantando la cabeza con aire compasivo y voz inspirada y cálida de apóstol y profeta me ha respondido:

–Sí, es verdad, hemos acabado con Dios, porque es una mentira. Hemos acabado con la familia egoísta y animalesca; pero la hemos ampliado, llevándola a unos confines mucho más extensos. Aquí somos todos hermanos y los jóvenes son hijos de los mayores. El parentesco no se basa solo en la sangre, sino que también reside en el cerebro, en el corazón, en todos los nervios que hacen vibrar la naturaleza humana ante los estímulos del goce y del dolor. El goce de uno es el goce de todos; el dolor de uno solo es el dolor de todos.

El individuo, que vosotros los planetarios habéis convertido en Dios, aquí no es más que la molécula, el átomo social, un miembro del organismo mayor que es el estado. Nosotros no deseamos una mayor libertad, ni mayores comodidades, porque el estado piensa por nosotros y a todos nos da lo que nos corresponde. Nosotros hemos copiado lo que hace la naturaleza cuando da forma a los organismos del mundo vegetal y del mundo animal.

¿Tal vez el brazo o un dedo del pie o una de nuestras vísceras se lamenta del trabajo que le corresponde en el gran trabajo de la vida? No, sin duda: cada uno de nuestros órganos trabaja para sí y para los otros y participa al mismo tiempo de la vida propia y de la vida colectiva. Vosotros, fanáticos individualizadores, podéis subir a lo alto tanto cuanto podáis; podéis sentirnos potentes, riquísimos; pero sois tan solo una unidad. Yo, por el contrario, vedlo, siento latir en mí la vida de todos los 30.000 hermanos que ahora constituyen la República Social de Turazia, como si la consciencia de mi Yo fuese tan grande como la de todos mis ciudadanos juntos.

Aquel socialista dijo muchas y bellas palabras, aunque no tuve el coraje de soltarle a la cara ninguna de las tantas objeciones que me vinieron a la mente. Me contenté con estrecharle la mano fuerte diciéndole:

–Os admiro y os envidio, aunque opine de forma distinta sobre la forma de gobierno social que habéis elegido. Cada entusiasmo, cada ardiente fe es siempre un fenómeno del pensamiento que sorprende y lleva además la felicidad a quien lo logra».

Nuestros peregrinos, viajando por el interior de la isla, llegaron de Turazia a Logópolis, la ciudad de la palabra, la reconstrucción de un antiguo estado parlamentario.

Encontraron pocas cosas nuevas o de interés. Logópolis es una copia perfecta de la antigua Inglaterra cuando todavía era un estado independiente regido por un gobierno parlamentario. La principal diferencia es que el rey no es ya un cargo hereditario sino electivo.

Cada cinco años la Cámara y el Senado se reúnen en una asamblea extraordinaria para dar su voto en la elección del rey. Este Jefe del Estado es, sin embargo, un rey de cartón, ya que no

firma más que los decretos que se le dan, habiéndosele quitado incluso el derecho de gracia. Tiene una holgada asignación y porta con dignidad la majestad y los oropeles de su alto cargo.

El resto del gobierno lo forman ministros, diputados y senadores, como en los antiguos estados de régimen parlamentario, aunque con las mismas intrigas y la misma corrupción a la hora de ser elegidos miembros de una de las dos cámaras, siendo en Logópolis electos incluso los senadores. Se paga muy bien a los unos y a los otros, aunque están excluidos de toda labor real, como también lo están todos los abogados y quienes tengan intereses comunes con asuntos del estado.

La representación del pueblo, sin embargo, se ha hecho un tanto más sincera y formal, ya que en cada votación importante, en cada acto político de una cierta gravedad, bien sea de un ministro, de un diputado o de un senador, los electores del Colegio tienen el derecho de reunirse en un sesión extraordinaria y votar para rechazar a sus representantes. Estos dejan desde ese momento de ser miembros del Parlamento o del Gobierno y debe ser sustituidos mediante una nueva elección.

Esta y otras reformas de menor calado han mejorado en Logópolis el antiguo gobierno parlamentario, aunque se han perpetuado las dos mismas enfermedades orgánicas: la de dar a luz leyes mediante una comisión formada por demasiados individuos, lo que la hace estar a merced de los intereses de las personas o las cosas; y la otra, la de que se cambien a cada poco a quienes deben dictar la leyes y llevar el timón del estado siempre en función del variable capricho de los electores.

Nuestros compañeros no visitaron todos los estados de la Isla de los Experimentos, sino solamente los principales, dado que además de los igualitarios, los de Tiranópolis, Turazia y Logópolis, hay otras gentes y otros países gobernados de modos muy diversos. De hecho, basta con que un centenar de hombres piensen una utopía social nueva o vuelvan a retomar una más antigua olvidada hace siglos; saben que en la isla de Ceilán hay siempre un territorio virgen, pequeño o grande, donde pueden fundar la nueva República o la nueva Teocracia.

De este modo han hecho y rehecho experimentos; y han surgido y caído ciudades y falansterios y organismos nuevos y bizarros que sirven luego de reflexión y también de escuela para los políticos de los Estados Unidos Planetarios.

Paolo y María sabían, de hecho, que Ceilán posee otros estados diferentes: Polígama, pequeño estado semidespótico donde cada hombre tiene varias mujeres; Poliandra, otro estado donde, por el contrario, cada mujer tiene muchos maridos; Cenobia, una inmensa ciudad hierática en las que las mujeres están excluidas y los hombres viven en un ascetismo continuo; Monaquia, pequeñas ciudad repleta de monjas dedicadas al culto de Safo; Peruvia, un estado comunista donde se copia el antiguo régimen socialista del imperio de los incas y donde la propiedad de las tierras, siendo toda del estado, se cede a cada cual según sus necesidades y alargando los límites de acuerdo al número de hijos. También el trabajo se distribuye a lo largo de los diferentes días de la semana para sí mismos, para los pobres y enfermos, para el rey y el príncipe, y para los gastos del culto.

Capítulo III. Viaje a la Isla de Dinamo, uno de los cuatro grandes laboratorios de la fuerza planetaria. El Museo histórico de la evolución mecánica en nuestro planeta. Las tres grandes épocas históricas. El descubrimiento de Macstrong y el pandinamo. La oficina central de la distribución de las fuerzas cósmicas

Nuestros viajeros, después de descansar unos días en uno de los deliciosos hoteles de la Isla de los Experimentos, de haber paseado a la sombra de aquellos bosques de palmeras rodeadas de rosas y de haberse embriagado con todos los perfumes de aquella flora fértil y divina, esperaron el vapor italiano que los llevaría a la Isla de Dinamo y más tarde a la India.

En efecto, el piróscabo italiano los llevó en pocas horas del puerto de Igualdad a Dinamo. Esta isla, antiguamente conocida como Andamán, fue habitada en un principio por una raza pigmea y selvática que desapareció, como tantas otras, a causa del contacto homicida de las razas europeas para convertirse más tarde en colonia inglesa, y, luego, una vez fundados los Estados Unidos Planetarios, ser uno de los cuatro grandes acumuladores de energía cósmica. Estos centros, llamado Dinamos, están situados uno en Malta, el otro en Fernando de Noronha, un tercero en una de las islas Kuriles y el cuarto justamente en la antigua Andamán.

Paolo quería que María viese uno de estos grandes laboratorios donde se recogen las energías planetarias para luego ser distribuidas a través de conducciones por todas las regiones del globo.

La Dinamo india, donde desembarcaron nuestros viajeros, se había convertido en una ciudad y una escuela: una ciudad habitada por los ingenieros que dirigían la gigantesca oficina, y una escuela adonde llegaban de todas las partes del mundo los escolares que querían obtener un diploma en dinamología o el título en doctores de la ciencia de las fuerzas físicas.

Al desembarcar en Dinamo no se percibía ningún sonido estridente o humos desagradables que anunciaran una industria, como ocurría antes con las antiguas fábricas. Y por las calles no se veía ningún hombre sucio de carbón o grasa, o con la cara demacrada a causa de trabajos malsanos o excesivos. Los trabajadores estaban pulcramente vestidos, tenían aspecto vigoroso y apenas se diferenciaban de sus jefes, los ingenieros dinamólogos.

Árboles siempre verdes plantados en pequeños bosques y parterres de flores perfumadas separaban las diversas zonas de la gigante fábrica.

Nuestros viajeros preguntaron si se podía ver al director general de la isla y se les llevó de inmediato a su despacho, en el que este estaba estudiando.

Tenían para él una carta de presentación, así es que el director, en cuanto la leyó, les hizo sentarse pidiéndoles que esperaran un momento mientras iba a buscar a un ingeniero que les acompañase en los diversos laboratorios de Dinamo.

De hecho, poco después se presentó un joven amabilísimo que se puso a su disposición diciendo: «Creo, señores, que ustedes no son especialistas y que desean hacer una rápida visita a nuestras dependencias para hacerse una idea general sobre cómo producimos la fuerza que distribuimos a los países más lejanos del mundo. En este caso, y dado que en nuestro planeta hay otras tres grandes centrales iguales a la nuestra que se dividen la Tierra en otros tantos sectores, a nosotros nos corresponde abastecer toda Asia y Micronesia».

Desde el edificio habitado por el director salieron a un gran jardín central desde el que, a través de múltiples calles divergentes, como los radios de una rueda, se accedía a los diversos laboratorios.

«Si les parece –dijo el ingeniero–, iremos primero de todo al Museo Histórico, donde veremos la rápida evolución de la mecánica a través de los siglos mediante una serie de modelos».

María, que no conocía la existencia de los grandes distribuidores de fuerza planetaria más que de nombre, era todo oídos y no dejaba de sorprenderse y admirarse.

«He aquí –siguió el ingeniero entrando en la primera sala del Museo– los primeros ensayos prehistóricos hechos con la mecánica: la fuerza de los animales usada en beneficio del hombre».

Se podían ver los primeros arados tirados por bueyes, los primeros carros sin rueda y luego con ruedas macizas y ruedas radiadas tirados por caballos, por asnos y mulas. Estaban representados todos los animales que en tiempos antiguos habían prestado sus músculos al hombre, desde el elefante hasta la paloma mensajera, desde el dromedario hasta el avestruz, desde el perro hasta el reno.

En otro salón contiguo se veían las primeras aplicaciones de los elementos de la naturaleza: el molino de viento y de agua, la barca y la nave impulsada por el viento, y todas las aplicaciones del fuego, gran modificador de la materia bruta.

Tampoco Paolo, desconocedor de la historia de la mecánica, podía explicarse cómo pudieron funcionar aquellas grandes aspas y velas de los molinos de viento, ni cómo las naves se podían mover solamente por efecto del viento.

«Aquí tenemos –dijo el ingeniero entrando en una nueva sala del Museo, el gran salto que supuso para la mecánica del siglo XIX el uso del vapor y la electricidad como fuerzas nuevas que el hombre hasta entonces había ignorado. Se podría decir que la locomotora y la pila inician una nueva época que, ahora mismo, tiene ya once siglos de vida. De igual modo veremos más adelante una tercera época, la última por ahora, marcada por la producción artificial y por la aplicación de la fuerza nerviosa a la mecánica, tal vez la más grande de los descubrimientos humanos debido al inglés Macstrong, que murió en 2654 y de quien veréis la estatua en el parque cercano junto a los dedicados a Volta y a Watt.

Aquí donde estamos podéis ver otros tantos modelos recreando todas las aplicaciones del vapor y de la electricidad, las antiguas locomotoras, las antiquísimas pilas, luego las más modernas; los antiguos telégrafos, los teléfonos, los fonógrafos y todos los ingeniosos aparatos que abrieron nuevos horizontes a la familia humana desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX.

Creo que la rapidez en las comunicaciones que se logró con el vapor y el telégrafo –continuó diciendo el ingeniero– han contribuido más que todos los libros, que todos los periódicos, que todos los parlamentos, que todos los códigos y también más que todas las religiones a destruir la antigua y perversa guerra entre pueblos y a crear una nueva moral, sana y sincera.

A finales del siglo XIX, la fe cristiana, que era la religión de los pueblos más civilizados de entonces, había casi perdido cualquier influencia moralizadora; y, mientras gracias al tiempo y a la ciencia, caían carcomidos los antiguos templos en los que durante tantos siglos los hombres habían rezado y esperado, mientras los sacerdotes, los soldados y el rey apuntalaban a duras penas hasta el último de los rincones de sus decrepitos edificios, la gente honesta, es decir, los poetas del futuro y los nobles del presente, estaba espantada por la situación de la moral humana, que parecía decaer cada día un poco más en la búsqueda de placeres fáciles. Sin un Dios que los guiara, ¿cómo podría haberse salvado la nave de la moral?

Mientras tanto todos deploraban el presente y temían el futuro, pero no tenían ni idea de quién podría salvar a los hombres del naufragio, quién podría predicar el nuevo Verbo, quién podría sacar a los hombres de la podredumbre. Se repetía incesantemente lo que dieciocho siglos antes se había vendido en el mundo antiguo, esto es, la espera de un Mesías, de un hombre capaz de regenerar a la humanidad y proclamar una nueva era histórica.

En medio de tantos angustiosos temores y del derrumbe de iglesias y dioses, estaba la ciencia, que, en la sombra y sin contar ni con filósofos ni teólogos, preparaba la llegada de la nueva era: con la mecánica, la física, la química, sin palabrería teórica, ni sofismas ni escuelas; solo con el ferrocarril, el telégrafo y todos los otros ingeniosos aparatos inventados esos años, se acercaron los hombres los unos a los otros, haciendo difícil el odio e imposible la guerra. Conocerse, verse cada día, poder hablar con la gente de las antípodas, quiere decir amarse, quiere decir darse la mano para redoblar la felicidad o confortarse en el dolor común.

La nueva moral salió justo de aquellos laboratorios que los sacerdotes habían maldecido como oficinas del mal; y la poesía, que los miopes de entonces consideraron que estaba muerta para

siempre, resurgió más bella y renovada, encontrando nuevos focos de inspiración en la inmensa libertad de la energía humana y en la sabia contemplación de las fuerzas de la naturaleza.

El Evangelio de Cristo fue en su tiempo una obra santa, supuso una gran batalla que venció la justicia universal; pero en el siglo XX la escuela de Edison escribió otro libro sobre las aplicaciones de la electricidad que ejerció una influencia tremenda en la moral del futuro».

El ingeniero, que hacía de guía a Paolo y a María, era joven y estaba enamorado de su ciencia, y el calor de sus palabras entusiasmaba a los dos viajeros, embobados y atentos a sus palabras. Todo lo que veían era para ellos nuevo, y todo lo que oían aparecía como una luz vivísima que, viniendo desde las tinieblas de un pasado lejano, disipaba las tinieblas del futuro...

«Y ahora —dijo el ingeniero—, dejaremos la era de Watt y de Volta y pasaremos a la de Macstrong, la última y más fecunda de todas.

Creo no estar exagerando al decir que el descubrimiento de Macstrong es el más grande de todos los que honran a la humanidad, tanto por su originalidad como por los resultados que ha dado y el paso gigantesco que ha hecho dar a la civilización.

Y tal vez no os lo creáis, pero este descubrimiento se debe a una luciérnaga.

Este pequeño insecto fue para aquel gran hombre como la lámpara de la catedral de Pisa para Galileo o la manzana caída del árbol para Newton. Sin embargo, ¡cuántos siglos habían visto en la noche volar las luciérnagas, encendiendo y apagando su pequeña llama de amor!

El gran inventor inglés paseaba una tarde de verano por el Ticino de Pavía, admirando, como habían hecho millones de hombres antes que él, las miles de luciérnagas que centelleaban por el aire.

Sentado en el margen del río, con la cabeza apoyada en una mano, meditaba profundamente cuando de repente se alzó con ímpetu gozoso y entusiasmo creador y, al igual que siglos antes Arquímedes, gritó: ¡Eureka!

¡Había hecho el gran descubrimiento!

En sus memorias dejó escrito el recorrido de la idea que le llevó a su inmortal y fecundo hallazgo.

‘He aquí, pensó, un pequeñísimo insecto que sin pilas y sin grandes aparejos produce luz a voluntad. Y también a voluntad la enciende y la apaga. Pero el resto de los animales no son capaces, sin mecanismos complicados, de producir calor o electricidad; en definitiva, todas las fuerzas que el hombre genera las crea a partir de mecanismos intrincados, con máquinas compuestas de metales, ruedas y ácidos potentísimos.

¿Las rayas de mar y las anguilas no producen con sus tejidos una cantidad increíble de electricidad? ¿Y todos los animales de sangre caliente no producen constantemente calor que incluso en algunos casos supera los cuarenta grados? ¿Y acaso los pichones no recorren el espacio a una velocidad superior a la de los trenes, y los insectos no producen una fuerza muscular muchísimo mayor, respecto a su volumen, que la de nuestras mejores máquinas?

Los animales pueden, pues, obtener luz, electricidad y movimiento sin necesidad de metales, calderas, pilas o ácidos. Estudiemos cómo producen esta fuerza e imitémosla. Todas las invenciones humanas que con tan excesiva soberbia nos atribuimos no son más que imitación de la naturaleza, puesto que no son más que la aplicación de fuerzas que existían antes que nosotros y que existirán sin nosotros’.

Desde aquel día Macstrong se encerró en su laboratorio, estudiando con el microscopio y mediante análisis químicos las características internas del protoplasma de los cuerpos vivos y, tras varios años de investigación, encontró el modo de producirlo artificialmente mediante síntesis orgánica. Le dio el nombre de pandinamo, ya que manejándolo con gran sencillez se puede, con esa sustancia omnipotente, dar luz, calor, electricidad, movimiento y magnetismo.

El pandinamo ha dejado en un segundo plano los trenes, las pilas, y todos los aparatos de la antigua mecánica, reduciéndolos en su tamaño y posibilitando un fácil manejo. Aquí en el Museo veréis toda en serie todas las fases por las que pasó el gran descubrimiento de Macstrong, más

tarde perfeccionado por sus discípulos y sucesores a lo largo de varios siglos de investigación y estudio.

En el laboratorio central de esta isla veréis cómo se obtiene y cómo se distribuyen las diversas fuerzas que genera a las más remotas regiones de nuestro planeta.

Leyendo unos manuales y unas directrices especiales, un simple trabajador manda una corriente que dará luz, calor, electricidad y fuerza motora a voluntad, según la demanda de oficinas lejanas o lejanísimas. Y los cables que conducen y guían estas corrientes no son de metal, como pasaba con los antiguos telégrafos y teléfonos, sino que son pequeños tubos de una sustancia albuminosa elástica y durísima que van encerrados los unos dentro de los otros separados por un líquido especial. Un mismo tubo puede, de este modo, llevar al mismo tiempo corrientes de distinto tipo y dar luz, calor o movimiento.

El actual director, que es uno de los más especializados y célebres científicos, está ahora estudiando, y espera lograrlo, el modo de transmitir la fuerza sin necesidad de tales conductores (que no son más que una copia de nuestros propios nervios) a través de la corteza terrestre; ya que cuando se trata de transmitir una fuerza única, puede desde esta isla iluminar sobradamente toda la cadena del Himalaya, como se hizo en un experimento el mes pasado».

María estaba fascinada, asombrada y boquiabierta ante las palabras del ingeniero que los guiaba y no pudo por menos que preguntarle:

«Pero, ¿cree usted que un día podremos producir artificialmente también el pensamiento en protoplasmas creados por nosotros?»

«¿Y por qué no?», respondió el joven entusiasta. «También el pensamiento es una fuerza que se genera en células hechas de ese protoplasma que constituye la sustancia gris de nuestro cerebro, y cuando podamos perfeccionar el pandinamo de Macstrong de forma similar a él, seremos capaces de dotarlo de pensamiento, igual que hoy es posible darle luz, calor y electricidad. Los límites de lo posible, por suerte para nosotros, no están marcados por ninguna ley, y pensamos que podremos ir siempre más allá en cada nueva generación de hombres, en cada nuevo descubrimiento nuestro y en cada nueva invención nuestra. Pero vayamos a visitar la oficina de distribución de las fuerzas, una especie de centralita de telefonista».

Y realmente era una como una centralita, dada la infinita red de cables que convergían en ella. Era una gran sala octogonal en la que se sentaban otros tantos empleados que recibían los encargos y transmitían la fuerza solicitada desde los distintos puntos del globo. Al igual que sucede con nuestros nervios, los mismos cables que llevaban por todas partes la luz, el calor y la electricidad, servían también para comunicar las necesidades de cada uno.

El ingeniero se acercó a uno de los aparatos transmisores y dijo: «Venid aquí a ver esto. He aquí una petición que llega desde Pequín: *Mañana gran fiesta en honor a Confucio. Necesitamos toda la noche luz intensa azul, alternada con luz roja.* Y mañana nosotros mandaremos lo que se nos pide desde China».

Pasó por otro aparato, el que distribuía la fuerza mecánica.

«Venid aquí y mirad –les dijo–. Aquí tenemos una petición que llega en este mismo momento desde Davalagiri, en el Himalaya: *En el túnel que se está excavando bajo el Himalaya, se ha encontrado una roca de cuarzo durísima. Necesitamos una fuerza de perforación triple.* Y nosotros respondemos de inmediato a su petición enviando fuerza suplementaria».

Después de pararse en diversas oficinas distribuidoras, el ingeniero condujo a nuestros dos viajeros al centro de la sala, donde sobre una mesa redonda se veía un gigantesco mapa cartográfico en el que estaban señaladas en rojo todas las regiones que abastecía Dinamo.

«Observad –dijo el ingeniero–, en este mapa marcamos cada día las distintas peticiones que se hacen desde los distintos puntos de nuestra región, así como la intensidad y el cese en el envío que, de tanto en tanto, tiene lugar. Cada día el mapa se renueva y, al cabo de un año, se reúnen todos los informes en un volumen que nos permite hacer un balance. Los otros centros planetarios hacen lo mismo, y así, tras juntar cada año en Andrópolis los cuatro volúmenes,

hemos podido saber con exactitud matemática el balance total del consumo y necesidades de la civilización planetaria».

María se apresuró diciendo: «De la civilización mecánica, pero... no de la moral».

El ingeniero se sonrió: «Estimada señora, yo como ingeniero no puedo ocuparme más que del progreso mecánico; pero créame que este va siempre en paralelo al progreso moral. Si va a Andrópolis, sin embargo, podrá ver cómo cada año se recogen los datos que señalan el progreso moral de la humanidad».

Y nuestros viajeros, pasando de maravilla en maravilla, visitaron uno tras otro los laboratorios de Dinamo, y después de dar las gracias al amable ingeniero que los había acompañado, dejaron la isla más orgullosos que nunca de ser seres humanos.

Capítulo IV. Salida desde Dinamo y llegada a Andrópolis. Aspecto general de la ciudad. Las casas, sus construcciones y su arquitectura. Las plazas de Andrópolis. La oficina dinámica. El mercado. El arresto de un ladronzuelo y la justicia

Nuestros viajeros, una vez abandonaron la Isla de Dinamo, subieron en su aerotaco y se dirigieron a la India, impacientes por llegar a la gran capital del mundo. En pocas horas vieron desde lo alto el Ganges, el antiguo río sagrado de los hindús. A la altura en la que se encontraban apenas se divisaba a lo lejos una gran ciudad desde la que, donde antes se dominaba Calcuta, se le veía descender por las orillas hasta el mar.

Desde allí dirigieron la nave hacia el norte, hacia donde se extendía amplia y majestuosa la descomunal cadena del Himalaya.

Según se iban poco a poco acercando a aquella cadena montañosa, cuyas cimas aparecían plateadas por la eterna nieve que las cubre, fueron apareciendo por el aire otros aerotacos. Parecían grandes pájaros negros. Había de todos los tamaños y de todas las formas, y desde cualquier punto del horizonte se dirigían hacia el mismo punto, como si fueran los vasos sanguíneos que desde la periferia de nuestro cuerpo se conectan con el corazón.

Porque Andrópolis es, de hecho, el corazón de nuestro globo, el centro de la civilización planetaria desde que fue fundada en 2500 por Cosmete, un ciudadano inglés, el más grande legislador del mundo, quien en 2490 sentó las bases de los Estados Unidos de la Tierra en una asamblea celebrada en Londres.

En aquella asamblea tomaron parte enviados de todos los países; y tras un debate que duró más de un mes, se estableció que la capital planetaria se fundase en Darjeeling, considerado el país más bello y más salubre del mundo.

La discusión fue larga, acalorada y también un tanto agria, porque muchos europeos querían que la Ciudad del Hombre fuese fundada en Roma, la ciudad que había sido durante muchos siglos la capital del mundo y cuna de la civilización.

Por el contrario, los americanos querían que la capital planetaria se alzase en Quito, donde los volcanes se habían extinguido, no se habían producido más terremotos y florecía una eterna primavera; por su parte, los asiáticos del Extremo Oriente querían que fuera Japón, los australianos hubieran querido que fuera Nueva Zelanda, y los africanos insistían en que fuera en el altiplano central de su continente... Pero al final triunfaron los que optaron por Andrópolis, a los pies del Himalaya.

Cuando Paolo y María llegaron, la ciudad no tenía más que cinco siglos de vida y contaba ya con diez millones de habitantes. Más que una ciudad, sin embargo, podía decirse que era una inmensa aglomeración de cientos de ciudades que desde los montes y desde las colinas descendían hacia los valles, todas unidas por autovías terrestres y por autovías aéreas.

Al llegar a Andrópolis nuestros viajeros se alojaron en un estupendo hotel que venía en su guía justo en el centro de la ciudad, la única parte de la ciudad, además, construida según una perfecta simetría.

De una parte de la plaza circular partían siete calles similares a los rayos de una estrella. En las plazas se alzaban orgullosos el Palacio de Gobierno, la Academia de las Ciencias y las Letras, la Academia de la Bellas Artes y el Templo de la Esperanza, mientras que en las calles que desembocaban en la plaza estaban los hoteles, los grandes almacenes, los archivos y las bibliotecas, todos los grandes edificios necesarios para la vida de un pueblo.

Se podría decir que esta parte de Andrópolis era la ciudad pública, mientras que toda la otra inmensa parte repleta de casas acogía a los habitantes que, llegados de todos los países del mundo, se habían ido aglutinando allí por ese instinto innato en el hombre que es también común a las hormigas, a las abejas y a todos los animales sociales.

La ciudad no guardaba ninguna simetría, aunque seguía los accidentes geográficos, bien trepando por las colinas, bien descendiendo en los valles y extendiéndose por los altiplanos.

La ley local no imponía ningún otro vínculo salvo el de dejar abierta la vía frente a las casas, de modo que se pudieran mover libremente los peatones, los velocípedos, las carrozas y todos los variadísimos medios de locomoción que, según el gusto y la riqueza de cada uno, se usan en el año 3000.

Las calles no eran todas rectas, ni se cruzaban en ángulo recto como en las monótonas ciudades con forma de ajedrez de América, sino que serpenteaban, o eran oblicuas, o eran rectas, según la forma del suelo y el capricho de los constructores. Lo único obligatorio era la anchura, que era, para todas las calles, de al menos veinte metros.

Las casas eran todas de una sola planta y con frecuencia de dos, comprendiendo en este caso también la planta baja. Las de una sola planta eran las de los pobres y los solteros; las más altas eran las de los ricos y las de los casados; porque cada soltero y cada familia tenía una casa para ellos solos. Cada casa tenía su propio jardincito. La luz, el calor, la fuerza motriz y el agua les llegaba a cada desde el centro dinámico de la ciudad.

En cuanto a la arquitectura que había guiado la construcción de las casas, era extraña y variadísima. Todos los estilos antiguos estaban representados junto a los nuevos y los más recientes que a cada poco imaginaban la fantasía de propietarios y arquitectos. Cada uno podía hacer, según su talento, su propia casa, de modo que podía verse junto a un edificio gótico, una casa pompeyana, un chalet junto a una villa griega, así como minaretes al lado de casas barrocas, casas de estilo lombardo o mansiones renacentistas.

Para un hombre de nuestro tiempo que hubiese visitado aquella ciudad, la cosa más original, sin embargo, no sería la extraordinaria variedad de los estilos arquitectónicos, sino la novedad y diversidad de los materiales con que las casas se construían.

En el siglo XIX todas las casas estaban hechas de madera, de ladrillos o de piedra, pocas veces de hierro. Todas requerían en su construcción mucho tiempo y una suma de dinero considerable, por lo que la mayoría de las personas no podía disfrutar del sano e inmenso placer de vivir en una casa propia. En el año 3000 el hombre más pobre de este mundo podía disponer en todo momento de una casa para sí solo, construida por él o por otros en un solo día y apenas por unas pocas liras.

Para hacerlo, se hace un molde como el que se usa para echar el yeso o el bronce al modelar una estatua. Hay modelos de casas a varios precios, hechos de un tipo de malla metálica dúctil y resistente a la oxidación. Se planta el modelo en el lugar en que se desea levantar la casa, y luego se vierte por un agujero dentro del molde una sustancia líquida que se solidifica poco a poco hasta formar las paredes y los muros maestros del edificio.

La materia líquida es de muy distinta naturaleza... y puede valer unas pocas liras o pasar a valer miles de escudos.

Para las casas pobres se usa una mezcla de yeso y de tierra arcillosa que se endurece como la piedra y puede tener, además, diversos tintes según el gusto del propietario.

Hay mezcla de líquidos que al fraguar parecen mármol de verdad y que, tras ser pulido, adquiere todo su esplendor, mientras que hay otras que imitan el jaspe, el ágata, el lapislázuli o el jade, es decir, casi toda la gama de las piedras preciosas más bellas y costosas.

Otras mezclas imitan los metales más brillantes y caros, sin riesgos de conductividad, con lo que se pueden ver en Andrópolis casas que parecen todas de oro, o de plata, de cuarzo venturina o de bronce y que, sin embargo, están hechas de un material que no transmite el calor. De este modo, además de bellas, los edificios son muy seguros.

A los hombres del siglo XXXI les parece raro que sus padres, durante tantos siglos, se esforzaran por unir con cal ladrillos y piedra, cuando ahora las casas se pueden hacer usando un molde al igual que se hace con las estatuas de yeso.

Las calles tienen todas un nombre y las casas un número; la ciudad entera está dividida en otros tantos distritos en función de su posición astronómica.

En el centro de Andrópolis no se puede negar que el ruido no sea cuanto menos molesto, aunque mucho menos que en las calles de la antigua París o del antiguo Londres.

Eliminados los tranvías y los carros tirados por caballos u otros animales, se ha eliminado también una parte de los ruidos ensordecedores y del humo. Aun así, los vehículos eléctricos terrestres y aéreos no son silenciosos, y el ir y venir y el hablar de miles de personas que se reúnen en la ciudad central producen un ronroneo muy fuerte.

Bien lo saben los escritores y la gente tranquila, quienes prefieren vivir siempre lejos del centro, en las calles más solitarias, donde, por otro lado, como en el resto de la ciudad, el pavimento, hecho de un material similar al corcho y al caucho, absorbe parte del sonido de las ruedas y de los pasos de los viandantes.

Todo esto lo vieron nuestros viajeros recorriendo a pie las calles y las plazas de Andrópolis, aunque se reservaron también un tiempo para visitar todos los grandes edificios públicos de la ciudad con el fin de estudiar la vida de esta gran metrópolis mundial. Pero antes quisieron visitar la gran central dinámica y el mercado, es decir, los dos grandes centros desde los que se reparte la energía y los alimentos.

Tampoco en este viaje lleno de descubrimientos dejaron de admirar las muchas y grandes plazas abiertas allí donde confluían varias calles: las había cuadradas, rectangulares, octogonales, hexagonales; aunque por lo general eran redondas, todas muy amplias y adornadas con árboles, parterres de flores y fuentes pintorescas. Eran tan variadas que no se podían ver dos que fuesen iguales. Además, bajo los árboles se veían cómodos asientos en los que quien quisiera podía descansar o admirar las estatuas, las flores y las fuentes.

Por lo demás, estas no podían ser ni más bellas ni más fantásticas. En una de las plazas mayores se alzaba un monte artificial, hecho de rocas colocadas pintorescamente las unas sobre las otras. Entre las rocas habían plantado arbustos y plantas de montaña que, deslavazadas, pendían de los pequeños acantilados y de los barrancos. Líquenes y musgos y suaves hierbas daban a las piedras un aspecto fresco y apacible que imitaba el de la naturaleza en las montañas. El agua brotaba desde lo alto, bien precipitándose en pequeñas cascadas, bien juntándose para formar plateados arroyuelos, bien se derramaba sobre una roca negra como la antracita y centelleaba como cristales de mica, como si fuese la rica trenza de una ninfa que hubiese soltado sus cabellos al aire. Y todas esas aguas se reunían por debajo en el seno tranquilo de un pequeño lago en el que brillaban peces y pececillos de múltiples colores y donde nadaban tranquilos y majestuosos cisnes, ánades y pájaros acuáticos de las más lejanas regiones del globo.

Había otras de estilo clásico antiguo y otras de estilo barroco, con dragones y delfines de cuyas bocas manaba el agua.

También el Géiser de Islandia estaba representado en una fuente en la que desde riscos redondeados de ágata blanca subían hacia el cielo chorros de agua que, en la noche, iluminados por la luz polícroma de la electricidad, ofrecían a los ojos una fiesta de colores que uno no se cansaba nunca de mirar.

Las plantas, las flores y las fuentes no eran, de todos modos, el único ornamento de las plazas; en ellas se alzaban también las estatuas de grandes hombres originarios de todos los países del mundo.

Y tampoco las estatuas se alzaban de forma casual, sino que cada plaza estaba destinada a ilustrar las glorias de una época histórica o de un país. El elemento histórico, sin embargo, predominaba sobre el geográfico, puesto que los hombres civilizados del siglo XXXI se habían enseguida convencido de que los genios de una época se parecen entre ellos más que los grandes hombres de un mismo país, siendo el tiempo un conjunto complejo de elementos infinitos que se suman, mientras que el elemento geográfico es uno solo y con frecuencia reúne en una sola familia y, por casualidad, hombres demasiado diversos y con frecuencia opuestos.

En una plaza, por ejemplo, se veían las estatuas de los más grandes hombres de la antigua Grecia; en otra, los de la Roma imperial; en una tercera estaban reunidos los del renacimiento toscano. Estos, por si solos, bastaban para llenar una de las mayores plazas de Andrópolis. En otro lado se admiraban las estatuas de los políticos ingleses, la de los filósofos alemanes... y así hasta el infinito. A los pies de las estatuas no figuraba nada más que el nombre y la fecha del nacimiento y la muerte.

Paolo y María tuvieron que alquilar durante un par de horas un tándem eléctrico para visitar la oficina dinámica, pues estaba lejos de su hotel.

La oficina se alzaba sobre todas las demás casas, todas bajas, como un coloso entre pigmeos; era un verdadero palacio, simple y severo en su arquitectura, en el que lo bello había sido sacrificado en favor de lo útil y lo indispensable.

El director (a quienes se les había encomendado) les sirvió de cicerón, aunque lo cierto es que, pensaban, tras haber visto la Isla de Dinamo, no tenían mucho de lo que admirarse y bien poco que descubrir: esta oficina recibía directamente de Dinamo toda la energía motriz necesaria para la inmensa metrópolis y no hacía más que distribuirla.

Lo que sí era admirable era un cuadrante colocado en el centro del edificio en el que estaban señaladas las distintas fuerzas que cada día debían ser distribuidas a los usuarios privados y a los edificios públicos. Un único operario atendía esta distribución regular y cotidiana, mientras en una habitación vecina varios trabajadores estaban atendiendo las peticiones de fuerzas extraordinarias para aumentar la potencia de la luz, mayor calor o un poco más de agua.

Se quedaron por espacio de media hora en aquel lugar admirando el impresionante orden con que llegaban las peticiones y la rapidez con que eran satisfechas: había un empleado dedicado al agua, otro a la luz, un tercero al calor, un cuarto a la fuerza mecánica y otro para la electricidad, fuese esta del tipo antiguo o del moderno.

Las peticiones no llegaban a través del viejo teléfono, el cual, sin embargo, se había perfeccionado en esa época, sino a través de mensajes telegráficos que se escribían con caracteres luminosos dentro de una cajita negra que se mantenía en la oscuridad.

El director mostró a Paolo y María diversas peticiones.

En el banco dedicado a la distribución de la fuerza mecánica pudieron leer, después de que un timbre pusiera en alerta al operario: *Fábrica de máquinas agrícolas. Sociedad Edison. Región Sur-oeste. Calle Volta, nº 37. Mañana la plantilla de obreros crecerá un tercio. Se necesita un tercio más de fuerza mecánica.*

Poco después un timbre advirtió al operario del banco de la luz que se requería su atención. Y, de hecho, en el cuadro oscuro se pudo leer: *Región Noreste. Calle Homero, nº 59. Esta tarde hay un baile de familia. Se necesita triplicar la luz durante toda la noche.*

En una sección especial estaba escrito *Accidentes.*

En ese cuadrante una campanilla reclamó al operario: *Atentos. Región central. Palacio de las Academia de las Bellas Artes. Se ha producido un pequeño incendio en la sala de imprenta.*

En ese momento el director se acercó con cierta inquietud al banco y ocupó el lugar del operario, respondiendo él mismo con el telégrafo: *Abrid enseguida el grifo del ácido carbónico y dirigid el tubo conductor del gas al lugar en el que se ha producido el incendio. Si el fuego no se apaga de inmediato, avisadnos.*

Poco después se leyó en la cámara oscura: *Incendio sofocado. Muchas gracias.*

El director se sentó y girándose hacia sus visitantes dijo:

«A estos miembros de la Academia de las Bellas Artes, junto al consejo que les he dado, les habría mandado telegráficamente también con mucho gusto un puñetazo.

Debéis saber que cada edificio público tiene un depósito de ácido carbónico líquido al que se puede adaptar en pocos minutos un tubo elástico que puede llevarse adonde se quiera, dirigiendo hacia la llama o a los objetos que estén ardiendo una fuerte corriente de gas que, en pocos instantes, apagan el incendio.

Pero estos benditos artistas desdeñan la ciencia, la misma que usan con frecuencia y con gusto en sus parodias, e ignoran casi siempre hasta los más mínimos rudimentos de la física y de la química. Eso no quita que cuando les sucede algún pequeño incidente, se tiren las manos a la cabeza invocando la ciencia, la misma que ellos mismos desdeñan. Habéis asistido a una de esas escenas. Perdonamos a estos voluntarios ignorantes sus caprichos porque son ellos los que con sus maravillosas obras nos hacen bendecir la vida».

Otro día nuestros dos peregrinos quisieron visitar el mercado, o mejor dicho los mercados, que ocupan una colina entera de Andrópolis. Siendo especialmente pronunciada la subida, se asciende y se desciende usando funiculares: unos son para el transporte de mercancías, otro para las personas.

Todo aquel movimiento de trenes que suben y bajan sin descanso, todos esos carros de flores, de frutas, de bayas, de peces y carnes, forman un curioso, extraño e interesantísimo espectáculo. Ningún carro de alimentos estaba, sin embargo, descubierto, porque todo lo que llevaban se veía perfectamente gracias a que los vehículos cerrados eran de vidrio transparente.

Sobre lo alto de la colina se extendía un largo altiplano en el que en diferentes edificios se veían peces por un lado y por otro carne: más allá las verduras, las legumbres, las frutas y las flores. Y por todas partes un entrar y un salir de gente que cargaba sus vagones con las mercancías compradas dando tan solo su dirección, y es que nadie se la lleva consigo, pues una empresa se encarga de llevar las cosas compradas a las casas gracias con trabajadores contratados a tal efecto.

El cocinero, el camarero o el simple comprador no hacen más que elegir lo que quieren adquirir y se lo confían después a los agentes distribuidores.

Paolo y María se pararon un buen rato en el mercado de las flores y en el de la fruta.

El primero era realmente una fiesta embriagadora para los ojos y el olfato, todo un placer que recordaba las delicias del amor.

En el siglo XIX los jardines ya eran una maravilla, al reunir en un pequeño espacio flores traídas de todas las partes del globo, mientras que los invernaderos cálidos y fríos permitían los cultivos incluso en los países templados, de igual modo a como se podían cultivar en las zonas frías las plantas tropicales. Incluso en Rusia, en aquella época, ya algunos hombres ricos recogían uva en sus propios inmensos invernaderos y hacían vino, mientras que en Noruega se cultivaban orquídeas originarias de América Central.

Hoy, no obstante, el arte de cultivar flores ha dado pasos de gigante, porque no solo los jardineros pueden hacer crecer en macetas flores de las seis partes del mundo, sino que pueden también producir flores nuevas con complicadísimas técnicas de fecundación artificial y fertilizantes químicos. Se ha conseguido incluso hacer florecer las plantas y hacer madurar los frutos en cualquier estación del año.

Antes, la luz del sol no podía sustituirse con ningún otro tipo de luz, e incluso las frutas, que artificialmente se obtenían fuera de sus estaciones naturales, eran insípidas. Y lo mismo pasaba con las flores, que no tenían ni su perfume ni la belleza que les es propia.

Hoy, sin embargo, una fruta o una flor cogidas en invierno de los cálidos invernaderos no puede, de ninguna de las maneras, diferenciarse de las que se producen en verano y en plena naturaleza gracias a la acción del potente sol.

El número de flores cultivadas es hoy, al menos, mil veces mayor de lo que lo fue en los siglos XIX y XX, y no solo porque no hay un solo rincón del planeta –ni en la más lejana de las selvas– que no nos haya dado el tributo de sus plantas y de sus flores, sino también porque el arte ha sabido crear especies nuevas que no parecen, en un principio, tener relación alguna con las especies que nacen espontáneamente en cualquier prado o bosque.

En el mercado de las flores se vendían también plantas vivas y flores secas que parecían tan frescas que engañaban a todos.

Del mercado de las flores Paolo y María pasaron al de la fruta.

También era este un ensueño para los ojos y un delicioso perfume para el olfato. La belleza de las flores, y también su perfume, igualaban a la de las frutas.

Es esta belleza de las flores el primer atractivo que las convierte en las criaturas más queridas de la Tierra. Se podría decir que en ellas los mejores coloristas de la Escuela Veneciana se han aliado con los príncipes del diseño de la Escuela Griega, por lo que la profusión, la variedad, y la amalgama de colores son solo superados por la elegancia, la pureza y la novedad de los diseños allí donde el colorista enamorado, en la exaltación de su amor por el color, lo usa con frecuencia, en exceso, con el peligro de caer en barroquismos, de modo que el pintor del dibujo hace de la originalidad y la elegancia de las líneas un marco tal de color que hace exclamar a todos: «¡Oh, benditas y queridas aliadas flores! ¡Cómo se reúnen en vosotras la fecunda creación de lo bello!»

Y cuando el diseño podría ser demasiado severo, demasiado sencillo o rígido, llega de inmediato el pintor con su inagotable paleta a dar vida y juventud al cáliz sencillo en exceso, a la copa demasiado clásica... y la flor parece que responde a sus dos padres: «¡Gracias, gracias!»

Si las flores son tan bellas que se bastan ellas solas para dictar un tratado de estética a cualquiera, aunque no sea filósofo, también sus olores son la poesía del perfume que encuentra en ellas más notas incluso que la música.

¿No llevan acaso consigo la delicadeza y brevedad de esos sueños que entre los párpados entrecerrados aparecen y desaparecen y se adivinan antes que se sienten? ¿No tienen quizá también la nota del aroma más ardiente y más cálido, y la voluptuosidad profunda del roce corporal de dos enamorados? ¿No portan tal vez un aire picante y chispeante y etéreo y vaporoso y estimulante, cargado de tantas otras delicias que, a la hora de describirlas, nuestro lenguaje, tan imperfecto, enmudece y se queda sin palabras?

Y al igual que ellas, del mismo modo guardan las frutas las formas, los colores y los perfumes en una relación de belleza similar a las formas y suavidad de olores de sus padres y hermanas, las flores.

El perfume de la fruta no tiene la poesía del de las flores: si en la admiración de las flores el primer grito del alma es «¡Qué bellas!», en la admiración de los frutos el grito, en cambio, es: «¡Qué buenos!».

Y si las formas de los frutos son mucho más simples y limitadas, también su perfume tiene pocas notas. Pueden ser agradables, a veces embriagadores, pueden ser fuertes, y a veces incluso voluptuosos. Son perfumes que son casi sabores, y que respecto a los de las flores, se sitúan como lo estaría la amistad respecto al amor.

¿Y no son, quizás, las flores los amores de las plantas?

¿Y no son, quizás, los frutos la amistad que nace del amor?

En todo esto pensaban y todo esto experimentaban nuestros viajeros, pasando del mercado de las flores al de las frutas.

También aquí ven y admiran, juntas en una misma tienda, fresas, frambuesas, mangos, múltiples variedades de bananas, cocos, ananás, chirimoyas, y peras, y manzanas y tantas otras frutas desconocidas en el siglo XIX. Entre ellas la pala, que un argentino logró sacar de las selvas vírgenes de su patria y cultivar en Europa produciendo un fruto que es, por olor y por sabor, rival del melocotón. Aunque no era del todo desconocido, pues un tal Mantegazza lo había catalogado ya a finales del siglo XIX dentro del grupo de frutos silvestres desconocidos en Europa.

Paolo y María, pasando ante un mostrador en el que estaban expuestas pilas de naranjas y mandarinas, vieron un pequeño pilluelo que cogía una de las más hermosas y grandes y se la llevaba. Pero no fue tan rápido como para que la vendedora lo viera y gritara: «¡Al ladrón, al ladrón!»

En cuanto se oyó el grito, de todas las partes del mercado se alzó un ensordecedor rumor de voces, de hombres, de mujeres y de niños que gritaban: «¡Justicia, justicia, justicia!»

Y en un santiamén el ladronzuelo fue atrapado por un señor que a su vez iba gritando: «¡Justicia, justicia!»

Debe saberse que en el año 3000 no hay guardias, ni policías, ni agentes de seguridad, sino que cada ciudadano honesto es un guardia, un policía e incluso un juez.

De hecho, en pocos minutos en torno al chaval se juntaron seis ciudadanos que, unidos al señor que lo había cogido, bastaban por sí solos para improvisar un tribunal, el llamado Justicia de los Siete.

Así es que el público, después de reconocer que el tribunal se había formalmente constituido, se retiró formando un círculo en torno a aquellos ocho hombres: los siete jueces y el culpable.

«¿Por qué has robado esta naranja?», dijo el que en primer lugar había cogido al ladronzuelo.

«Porque tenía sed».

«Pero la naranja no era tuya».

«No, pero la vendedora de frutas tiene cientos y miles de ellas».

«No importa, las naranjas son todas tuyas. Tenías que pedirla o comprarla. Has robado y te irás a la Casa de la Justicia».

Entonces uno de los siete dijo: «Yo voy ahora, bajaré a la ciudad. Además vivo cerca. Lo conduciré yo mismo. Dadme la sentencia».

Uno de los siete arrancó una hojita de la carterita que llevaba en el bolsillo y escribió: *joven ladrón de una naranja*.

Los siete firmaron la hoja y el encargado de llevarlo cogió al jovenzuelo y se lo llevó sin que este opusiera resistencia, pese a que iba llorando.

Y todo volvió de nuevo a su orden.

«Mira, María –dijo Paolo–. Has asistido a un juicio y a una sentencia según se suele hacer ante cualquier tipo de delito, incluso para los más grandes. En este caso se trataba del simple robo de una naranja, pero si ese chaval hubiese robado un diamante o una cartera llena de dinero o le hubiese propinado una cuchillada a uno de sus compinches, los gritos hubieran sido los mismos: '¡Justicia, justicia!'. Y del mismo modo se habrían reunido siete hombres, habrían celebrado un juicio sumario y habrían conducido al culpable a la Casa de la Justicia.

Pero esta Casa no es una cárcel como las que se utilizaban antiguamente, sino una especie de escuela en la que se regeneran los culpables y donde se estudian con cuidado las causas que pueden haberle llevado al delinquir».

María interrumpió a Paolo: «Pero me has dicho que algunos especialistas examinan el cerebro de los niños recién nacidos y que cuando descubren en ellos esa irresistible tendencia al delito, los suprimen».

«Es cierto –respondió Paolo–, pero no eliminan más que a los delincuentes natos, es decir, aquellos que por la disposición especial y fatal de sus células cerebrales están necesariamente abocados al delito. Ellos matarían y robarían aunque nacieran ricos, aunque la fortuna les diera las condiciones más favorables. Sin embargo, estos suponen solo rarísimas excepciones. Todos los demás hombres nacen honestos, pero son hijos de padres muy lejanos que vivían en la selva una vida salvaje en la que era necesaria la violencia y conservan en sus cerebros el oculto germen del delito que, en circunstancias favorables, puede desarrollarse y conducirlos a matar o a robar. No hay ningún hombre en esta tierra que en un impulso súbito de pasión no sea capaz, por odio o por venganza, de cometer un delito de homicidio o un robo.

Nuestra civilización intenta, desde hace siglos, educar al hombre de forma que se supriman y sofoquen esos gérmenes atávicos; mientras que, por otra parte, se intenta organizar la vida social de forma que el delito sea inútil y gravoso a quien lo comete. Antes la justicia humana no se ocupaba más que de castigar; hoy, por el contrario, intentamos prevenir el delito, haciéndolo difícil o imposible. Y el hecho de que esta labor de la civilización no es inútil lo encontramos en las estadísticas de delitos, claramente en descenso. Ello no quita que siempre podamos encontrarnos con ladrones y asesinos. El progreso moral es bastante más lento que el progreso

intelectual, pero no debemos tirar la toalla y pensar que ambos alcanzarán algún día un mismo nivel».

«¿Entonces hoy ya no se castiga el delito?»

«Sí, pero la pena ha quedado reducida a una pérdida de libertad temporal. ¿No te parece, pues, un castigo suficiente el hecho de ser separado de la sociedad?»

En la Casa de la Justicia, el ladrón y el asesino están encerrados solo mientras se les intenta hacer ver la enormidad de la culpa cometida, persuadiéndolos de que el delito no es tan solo la culpa, sino un error y una forma equivocada de pensar.

El encierro no dura más que unos pocos días o unas pocas semanas y es poco frecuente que se prolongue durante meses. Pero el castigo no acaba aquí: cuando el culpable es puesto en libertad debe llevar durante una temporada una pequeña banda amarilla en el ojal del vestido que simboliza la mancha de la infamia, por lo que todos lo miran con sospecha y desconfianza. Los ladrones lo llevan de color amarillo, los asesinos o los que han cometido actos de gran violencia, lo llevan rojo. Esa señal no se quita hasta que el culpable no ha demostrado con su conducta haber vuelto a comportarse como un hombre de bien».

«¿Y qué pasa si el delincuente es reincidente?»

«Oh, entonces la pena de prisión se dobla o triplica según los casos, y el culpable, saliendo de la Casa de la Justicia, lleva dos lazos en lugar de uno. Esto sucede, de todos modos, en muy raras ocasiones y, por lo general, en delincuentes natos que por error, durante el primer examen cerebral, se libraron del ser eliminados».

Poco después, Paolo y María bajaron a la ciudad desde el mercado tras haber comprado muchas flores y mucha fruta y regresaron a su hotel.

Capítulo V. Visita al Edificio de Gobierno. Formas de gobierno y organización política del mundo en el año 3000. Las cuatro secciones del Edificio. La Tierra. La Salud. La Escuela. La Industria y el comercio. La oficina de finanzas

Después de ver la oficina dinámica y el mercado, Paolo y María fueron a visitar el Edificio de Gobierno ubicado en el centro mismo de Andrópolis.

María quería evitarse esa visita y la dejaba constantemente de un día para otro, diciendo a su compañero que ella no entendía nada de política y que la simple idea de un edificio desde el que se gobernaba todo el mundo le producía vértigo.

«Querido Paolo, yo soy más que una mujer ignorante a la que le parece incluso difícil gobernar una casa y que desfallece ante la idea de que unos pocos hombres puedan desde el Edificio de Gobierno de Andrópolis gobernar todo el globo».

Paolo sonrió, dándole una amorosa regañina: «No, tú no eres una mujercita ignorante y el Gobierno Central de Andrópolis no es una cábala, ni un mecanismo intrincado y oscuro que tú no seas capaz de entender o admirar. Antes, el arte de gobernar parecía concentrarse exclusivamente en complicar los mecanismos administrativos y políticos, con lo que se iban generando cada vez más empleos nuevos y nuevas ruedas y engranajes hasta parecer un juego de acrobacia y equilibrio. Y a cada empleo nuevo, a cada nuevo mecanismo de transmisión, de registros, de protocolos, a cada nuevo ministerio administrativo que se encontraba... se iba complicando el movimiento de los asuntos a tratar, por lo que el desgaste de la maquinaria era diario y la mayor parte de las fuerzas empleadas para ponerlo en movimiento acababan casi siempre consumidas en una profunda artritis.

Hazte la idea de que en el siglo XIX, cuando la civilización había dado ya pasos de gigante, después de que la revolución francesa proclamara en el '89 los derechos del hombre, cuando ya casi toda Europa estaba gobernada por repúblicas o estados parlamentarios, un ministro italiano demostró que una lira pagada por un contribuyente en Sicilia o Cerdeña, una vez llegaba a Roma, se había convertido en un sueldo. Los otros 19 sueldos habían desaparecido por el camino pagando a los empleados y moviendo y engrasando de este modo las ruedas del intrincado mecanismo financiero. Y eso no ocurría solamente con las tasas, sino con todo lo demás: en la justicia, en la enseñanza, en la guerra y en los demás órdenes de la vida pública.

El poder se distribuía entre centenares y miles de personas que manejaban una parte, y el conflicto entre las diversas y particulares autoridades era tan absurdo, tan complicado, que a cada paso surgían obstáculos y contradicciones.

A excepción del rey, todos los que ejercitaban una autoridad, cualquiera que fuera, eran hijos de elecciones libres, pero la responsabilidad estaba tan parcelada en impalpables partículas, que cuando querías buscarla se te escapaba de entre las manos, como si quisieras atrapar una nube.

Los alcaldes representaban a los consejeros comunales y estos a su vez representaban a los electores administrativos, pero los Consejos Comunales estaban bajo el control de los Consejos Provinciales, que tenían como jefes a los prefectos nombrados desde el Gobierno Central.

Además había dos cámaras que se contradecían mutuamente, de modo que una no podía decidir nada sin el consenso de la otra, y por encima de las Cámaras y del Senado estaba el rey, que podía disolver las Cámaras y dar su veto a las leyes votadas en la Cámara y el Senado. Los ministros representaban, es cierto, a la mayoría de los diputados, pero a su vez no podían gobernar sin herir la vanidad y la avidez de los diputados, o sin pactar con alguno de los tres, cuatro e incluso ocho partidos en una única Cámara.

Y mientras los ministros, que solo para hacerse una idea necesitaban estudiar durante meses el puesto que se les había encomendado, se dejaban arrastrar por los votos caprichosos o interesados de la Cámara, las leyes se sucedían en una turbia alternancia restando cualquier estabilidad al orden social y cualquier autoridad a la ley misma.

Paulatinamente se fue simplificando el mecanismo de Gobierno, pero hicieron falta siglos y siglos de lucha hasta llegar a donde estamos ahora. Y esto no sin sangre y sin derroche de hombres y fuerza.

Un paso gigantesco supuso la supresión del cargo de rey y de los ejércitos permanentes, pese a que el infausto experimento del socialismo colectivo hizo retroceder a la civilización al menos un siglo. Luego, descentralizando sin descanso, se logró aumentar la responsabilidad de cada individuo, devolviéndole a él y a la familia lo que se le había quitado y constituyendo el Ayuntamiento la molécula orgánica del Estado.

Por lo demás, visitando hoy el Edificio de Gobierno, verás lo sencillo y fácil que es gobernar hoy desde el centro del globo a toda la humanidad, en el momento en que hombres, familias y ayuntamientos se gobiernan solos.

Aquí en Andrópolis no se afirma más que la gran unidad de los Estados Unidos del Mundo y no se tratan más que las cuestiones cósmicas que pueden ser de interés universal.

Los delegados (así se les llama) de todas las regiones planetarias no se reúnen más que una vez al año y durante únicamente un mes, permaneciendo tan solo aquí de forma permanente unos pocos empleados que preparan el trabajo para año siguiente o que atienden por mandato cualquier accidente imprevisto, como por ejemplo terremotos, inundaciones u otros cataclismos.

Los delegados son elegidos en cada región concreta del globo mediante mayoría de votos y por sufragio universal (incluyendo también a las mujeres) y se les paga por su trabajo. Apenas reunidos eligen entre ellos un jefe, que se llama Pánocrata, cuyo cargo dura lo mismo que los delegados cósmicos, es decir, solamente un año, y que puede vanagloriarse en este breve periodo de tiempo de tener en sus manos todos los gobiernos del mundo. No puede ser nunca reelegido, aunque sea enviado a Andrópolis como delegado una y otra vez.

Cada año durante un mes tiene su sede en este edificio el Consejo Supremo de Andrópolis, presidido por el Pánocrata.

Este consejo está formado por los directores de las sedes centrales, que son pocas, como veremos al visitar el edificio, y que se encargan de los asuntos de la Tierra, la Salud, la Escuela, el Comercio y la Industria. A ellos corresponden los ministros de los antiguos gobiernos.

Mientras se reúne el Consejo Supremo, los jefes de las regiones y de los ayuntamientos pueden venir a Andrópolis para plantear problemas de difícil solución o pueden hacer llegar sus reclamaciones particulares por otras vías.

Los hombres han entendido tarde que nosotros, tanto en la ciencia como en la política, tanto en las artes como en los asuntos menos importantes, debemos imitar a la naturaleza de la que somos hijos. Cuando las pasiones o los errores intelectuales nos alejan de la naturaleza, caemos en la culpa o en el error; mientras que siempre que somos fieles a ella nos topamos con la verdad, la belleza y la bondad.

Nuestra soberbia nos hace creer que nuestros descubrimientos y nuestras invenciones son creaciones nuestras, cuando, por el contrario, no son más que imitaciones de la naturaleza. Nosotros no podemos hacer nada nuevo que no exista ya en el mundo en que vivimos y hemos nacido; y el supremo esfuerzo de nuestro cerebro no puede hacer más que aplicar las fuerzas de la naturaleza y combinar de distintos modos los elementos que existían antes que nosotros y sin nosotros. E igual que los pájaros no pueden hacer sus nidos sin paja, sin trocitos de corteza o sin montoncitos de la lana que van encontrando, tampoco podemos nosotros hacer ni una casa, ni un cuadro, ni la más ingeniosa de las máquinas, sin juntar los materiales que encontramos a nuestro alrededor.

Cuando los hombres fueron conscientes de esta gran verdad, simple como todo lo que verdaderamente es grande, no hicieron más que copiar en el orden político de la sociedad nuestro propio organismo, que se plasma en el inconsciente misterio del útero materno sin el auxilio de nuestro pensamiento y de nuestra voluntad.

Y así como en nuestro cuerpo cada órgano, cada célula, tiene vida propia independiente y solo se mantiene unido en la gran federación y en esa gran unidad del organismo por medio del sistema nervioso y del sistema circulatorio, así en nuestro planeta cada Ayuntamiento vive por sí mismo, aunque por medio de hilos telegráficos que representan los nervios y que los comunican con Andrópolis, que es a la vez cerebro y corazón de este gigantesco organismo planetario. Entre los Ayuntamientos y el centro viven multitud de centros menores que son las Regiones, las cuales representan los ganglios del cuerpo humano.

Y fíjate con qué simplicidad y con qué orden circula la vida en este gran organismo político.

Cada Ayuntamiento se administra por sí solo mediante un alcalde y un consejo de escasos miembros. Cada Región tiene un jefe que se llama Podestá en el mismo Consejo que dicta las leyes regionales después de escuchar las opiniones de todos los alcaldes.

Así es que aquí, en Andrópolis, no se tratan más que cuestiones de orden universal, sin intervenir nunca ni cambiar las leyes comunales o provinciales, las cuales se piensa que no pueden emanar más que de los que han nacido y crecido en el país que deben gobernar».

María escuchaba con mucha atención las palabras de su querido compañero, asombrada de entender sin dificultad las grandes cuestiones de la política mundial.

Tras este discurso, que Paolo pensó que debía hacer a María, casi una preparación a la visita al Edificio de Gobierno, ascendieron por una magnífica escalera que los llevó hasta un vestíbulo inmenso del que nacían cuatro grandes edificios similares a los brazos de una cruz.

En torno al vestíbulo había amplias salas destinadas al Pánocrata y a sus empleados en las que se reúne cada año el Consejo Supremo.

Las cuatro alas del edificio representan los cuatro grandes aspectos de la civilización cósmica: la agricultura, la salud, la educación y la industria, unida esta al comercio.

Desde hace tres siglos no ha habido ninguna guerra en el planeta, de modo que todas las inmensas energías que nuestros predecesores dedicaron a matarse entre ellos son empleadas ahora en mejorar el clima, a hacer que la tierra sea fecunda y a acrecentar ese tesoro que es la felicidad entre los hombres.

Nuestros viajeros entraron en el edificio destinado a la agricultura, uno en cuyo dintel estaba escrita la palabra *Tierra*.

También había aquí estatuas y pinturas bellísimas adornando la entrada del departamento de agricultura, y todas simbolizaban problemas agrícolas, pues los hombres del siglo XXXI no separan nunca lo bello de lo verdadero e incluso la ciencia y política gustan de adornos festivos. De hecho, el gozo y la belleza no se han separado de la civilización más que en ciertos momentos de decadencia intelectual y gran hipocresía.

Un amable empleado condujo a Paolo y a María a través de las diversas secciones de la Tierra, hablándoles de las grandes cuestiones que estaban estudiando los muchos científicos asignados a aquel departamento.

Así pudieron admirar un inmenso mapa topográfico con relieve en el que estaba representada en un planisferio toda la superficie de nuestro planeta, diferenciando las partes no cultivadas de las zonas cultivadas o con cultivos intensivos. En él se podían distinguir de un solo vistazo las partes blancas de los terrenos todavía no cultivados, las partes pintadas de verde de las regiones cultivadas y, en rojo, los terrenos de cultivo intensivo.

«Mirad –les iba diciendo el empleado– qué parte de la Tierra está todavía sin cultivar después de tantos siglos de civilización y después de que, después de tres siglos de la abolición de la guerra en todo el planeta, se pudieran dedicar a la agricultura todas las inmensas fuerzas que las armas y los acorazados reclamaban.

El problema que hoy se está estudiando es: ¿qué debemos hacer con los inmensos bosques que bordean todo el curso del Amazonas y que se encuentran en el centro de África? ¿Debemos destruirlos para plantar café, cacao, bananas y demás frutos tropicales, o debemos sanearlos con drenajes quitando todas aquellas plantas inútiles que ni siquiera sean bellas? Los botánicos, los

agricultores, los economistas no se ponen de acuerdo en estas cuestiones, por lo que se ha pedido opinión a los habitantes de esos lugares invitándoles a expresar sus propias ideas.

Mientras tanto, el Gobierno Central de Andrópolis ha mandado a África y América algunos científicos para que estudien sobre el terreno este gran problema, de gran relevancia para todo el mundo, ya que destruir o conservar miles de kilómetros cuadrados de selva puede modificar el clima de vastas regiones planetarias.

Por otra parte, aumentar o reestructurar las zonas cultivadas puede resolver de un modo distinto el gran problema maltusiano que después de tantos siglos aún gravita.

Con las limitaciones que impone el matrimonio fecundo hemos resuelto en gran parte la cuestión, pero tenemos en contra nuestra a los antimaltusianos, que quisieran que se anulase cualquier impedimento a la fecundidad humana, argumentando que gran parte de nuestro planeta permanece todavía sin cultivar y que la producción agrícola podría triplicarse en poco más de un siglo.

Otro problema que ocupa hoy a nuestros sabios de este departamento central gubernativo es el saneamiento de las regiones pantanosas que tenemos todavía en África, en América y en gran parte de Malasia.

De este problema se ocupan los doctores de dos secciones, los asignados a la Tierra y los asignados a la Salud, siendo esta una cuestión compleja que no puede ser resuelta más que con la intervención y el asesoramiento de médicos y agricultores juntos.

En Europa no tenemos ya ni una zona pantanosa, aunque todavía quedan muchas en otros países donde la civilización ha llegado un poco más tarde y donde las encontramos siempre a los pies de los bosques, fuente a su vez de miasmas. En este caso duele tanto destruirlas, como peligroso es conservarlas.

También en este departamento dedicado a la tierra tenemos una sección entera que se ocupa de las autovías y de todos los medios de comunicación entre los diversos países de nuestro planeta.

Hace tiempo no se viajaba más que por tierra y por mar, pero hoy utilizamos también el aire, así es que tenemos ingenieros terrestres, marinos y aéreos que compiten por hacer más cómodas las vías de unión entre los pueblos, persuadidos como estamos de que ello alarga la vida y aumenta y estrecha la fraternidad de la familia humana.

Aquí, en otro planisferio, podéis ver todo el trazado de las autovías mundiales. Y ya que esto interesa a todos los hombres de la Tierra, puede decirse que los problemas derivados del tráfico es una de las cuestiones más universales y debe, por tanto, ser atendida en su sede de Andrópolis.

También en este aspecto hay disensión entre los ingenieros y los economistas. A los primeros, si se les dejara hacer según su punto de vista, convertirían en un momento toda la superficie de la Tierra en un montón de autovías y no quedaría ni un palmo para la agricultura. Dicen que la navegación aérea no satisface los gustos de todos y que conviene dejar abiertas las autovías para quienes prefieren la tierra al aire.

Del Ministerio o Departamento de la Tierra nuestros peregrinos pasaron al de la Salud, donde los médicos más doctos del mundo estudian en sus laboratorios dos grandes problemas: *eliminar todas las enfermedades, y prolongar la vida humana y desterrar todo dolor y todo temor a la muerte.*

También en el año 3000 nacen hombres débiles y predestinados a una vida corta, y aunque se eliminen los neonatos patológicos, aún quedan muchos organismos imperfectos que no pueden encontrar en la vida nada placentero, ni útil para ellos o los demás, y que, además, llegados a la edad fecunda, pueden transmitir sus taras a la generación sucesiva.

La visita de los esposos que deben solicitar la autorización para el matrimonio fecundo ha disminuido bastante las enfermedades hereditarias, aunque todavía se dan a causa de los errores de los médicos encargados o por la insistencia en vicios que degradan las constituciones más sanas.

Desde el siglo XX la medicina ha dado pasos enormes con el descubrimiento de los microbios patógenos, aunque las enfermedades siguieron reinando sobre la tierra hasta el siglo XXV, cuando un célebre médico francés descubrió una sustancia antiséptica tan potente como el sublimado corrosivo y que puede ser inyectada directamente en vena sin dañar la salud.

De este modo, cuando brotaba una epidemia de cólera, fiebre amarilla, peste bubónica o cualquier otra enfermedad endémica, toda la población del país amenazado era vacunada y el foco infeccioso desaparecía de inmediato.

Es curioso, sin embargo, que en los países en los que todavía no se ha querido adoptar las limitaciones maltusianas en los nacimientos, y donde, en consecuencia, la población es mayor, nacen epidemias nuevas para las que las vacunaciones actuales no sirven, con lo que se están buscando en estos momentos nuevos microbios para intentar encontrar el agente que los combata.

Parece realmente una ley fatal de la vida cósmica que cuando se crece mucho, una causa nueva de muerte aparezca de repente para reestablecer el equilibrio.

«¡Cuánta tinta –decía el médico director de Salud– se ha vertido para combatir a Malthus y las consecuencias inevitables de sus doctrinas, cuando la naturaleza misma desde la aparición de la vida en la superficie de nuestro planeta, se ha declarado maltusiana y ha gritado a todos los seres vivos: si queréis procrearos en gran cantidad, debéis también morir en grandes cantidades!

La vida humana se ha prolongado también bastante gracias al creciente bienestar de las clases pobres y a todos los progresos hechos en cuestión de higiene. Mientras en el siglo XIX la vida media oscilaba entre los 28 y los 36 años, hoy la vida media planetaria es de 72 años, llegando incluso en algunas regiones más salubres a los 85. En aquella época, tal vez uno de cada millón de habitantes moría de viejo, es decir, de muerte fisiológica; ahora, por el contrario, la muerte natural representa un treinta por ciento de todas las muertes y se espera que un día esa sea la única forma de morir para todos los hombres.

Los problemas higiénicos que se estudian en este Ministerio llegan con frecuencia en forma de pregunta de las autoridades sanitarias de las distintas partes del mundo, ya que cada región tiene junto al Podestá un médico que se ocupa de todas las cuestiones relativas a la salud pública».

Del Departamento de Salud pasaron nuestros viajeros al Departamento de Escuela, donde el nuevo cicerón les explicó las cuestiones que trataban los empleados asignados a esta tercera sección.

«Aquí está: mientras donde estábamos se estudia cómo mejorar la salud de los hombres y cómo prolongar la vida, aquí nos ocupamos de educar e instruir, es decir, cómo hacer mejores nuestros sentimientos y más fecundo nuestro pensamiento. Acrecentar el patrimonio de los goces intelectuales y hacerlos accesibles a todos... he aquí el alto y difícil objetivo de nuestros estudios. Pero no penséis que de Andrópolis surjan leyes imperativas que imponen métodos especiales de instrucción a las diversas regiones del mundo.

Cada Ayuntamiento y cada Región tiene las escuelas que quieren, y el Gobierno Central no ejerce sobre ellas ninguna autoridad. La ciudad de Andrópolis tiene una escuela modelo que podéis visitar. Respecto al resto del mundo, nos contentamos con mandar cada año inspectores que van por las diferentes regiones examinando las escuelas y los métodos que se adoptan para luego enviar sus informes al Gobierno Central.

En el último informe del año pasado, en el que se resumían las condiciones de las escuelas de todo el planeta, se constató una mejoría que ya se había detectado, aunque no confirmado, y que llenó de alegría a todos lo que están persuadidos de que la felicidad humana consta de dos grandes factores: *buena salud, y equilibrio armónico de todas las facultades del pensamiento y de todas las energías del sentimiento, de modo que todas se activen y ninguna languidezca por fatiga excesiva.*

Mientras que en los siglos pasados los métodos de educación e instrucción eran totalmente distintos en las diferentes regiones del globo, hoy esa diferencia se ha reducido muchísimo, de forma que los sistemas educativos se van acercando tanto que terminarán por fundirse en uno solo. De este modo, acabarán uniéndose en uno, con gran complacencia nuestra, confluyendo en el adoptado desde hace unos cincuenta años en Andrópolis con el fin alcanzar una educación ideal.

Esta armonía en las distintas pruebas, esta unión de ideas pedagógicas diversas en unas pocas y, más tarde, en una sola, era de prever, ya que el camino más corto entre dos puntos es siempre la línea recta. Los múltiples intentos, acercamientos y experimentos deben acabar siempre en un único camino, que, al ser el más corto, debe ser también el más fácil.

El director del departamento de Escuela es, después del Pánocrata, el ciudadano situado en el lugar más alto de la jerarquía social, similar al Pontífice de la antigua iglesia católica. El actual director, originario de Italia, está en el cargo desde hace veinte años, y se le considera hoy en día el mayor genio del mundo. A él le consultan de continuo los directores de los demás Ministerios, y los Pánocratas no mueven un dedo sin pedirle consejo.

Puede decirse que en su cerebro recoge desde hace dos décadas el pensamiento de todo el mundo; él está al mando de todas las escuelas y es capaz de hacer sentir en todas ellas la corriente de sus propias ideas y el ardiente afecto que siente por el progreso de la humanidad.

Cuando cada año reúne a sus consejeros y a los inspectores, los cuales van a presentarle los informes de las escuelas de todas las regiones del planeta, suele siempre decir: «Vamos a tomar el pulso al planeta».

Ahora este gran hombre está ocupado en un gran problema de difícil solución: el de saber hasta dónde la mujer puede ir pareja al hombre en los estudios superiores. Un problema viejo como el mundo que todavía no ha sido resuelto.

Desde el siglo XIX al XXII se quiso hacer participar a nuestras compañeras en los estudios y en las profesiones liberales, y hubo muchas mujeres médicos, abogados e ingenieros.

Hasta aquí se hizo bien, pero el entusiasmo de estas creció tanto que llegó a crear un serio solapamiento profesional entre hombres y mujeres, además de ser fuente de discordias domésticas y de litigios sin fin. Y lo que es peor, nuestras compañeras, abusando del trabajo intelectual, en el que resisten menos que nosotros, cayeron en tal estado de nerviosismo que alarmaron a la humanidad. Las enfermedades nerviosas, los abortos, la epilepsia y la neurastenia estaban ya al orden del día en todas las familias, y los hijos crecían neuróticos y delgadísimos.

Como es natural, esta situación produjo una reacción, y del excesivo trabajo mental que se imponían las mujeres se pasó a una inercia exagerada. Desde entonces puede decirse que en los diferentes países del mundo se mantiene siempre abierta la misma cuestión, y es si las mujeres deben estudiar y saber lo mismo que los hombres, o si, por el contrario, cada sexo, teniendo organismos diferenciados y una misión distinta que cumplir, deben también tener una función distinta por lo que respecta al trabajo intelectual.

Y este es el eterno problema que está estudiando ahora nuestro ilustre director. Se espera que lo resuelva, porque él, con su sonrisa entre melancólica y benévola, siempre nos dice que: ‘Yo, por mi edad, creo que puedo estudiar esta cuestión sin dejarme llevar por mis ideas. Los jóvenes, aunque sean hombres, por lo que refiere a todos los problemas relacionados con las mujeres, sienten en mucha mayor medida que al otro lado hay una hembra; al igual que las mujeres, incluso las más inteligentes y honestas, piensan siempre en el hombre en tanto varón, y esperan de él la máxima de las voluntades y que les respalden en el derecho de ser madres’.

Nuestro director es un gran enemigo de la intervención del gobierno en los asuntos referidos a la escuela, y piensa que si las Religiones del Estado fueron instrumento de tiranía y de oscurantismo en tiempos de barbarie hace mucho tiempo, nuestro deber es evitar crear ahora una instrucción o una Ciencia del Estado que sea igualmente fatal para el progreso humano.

La religión, aliada del gobierno, significaba siempre tiranía de las conciencias y esclavitud de pensamiento, pues quien proclama tener en su mano las llaves de la vida del más allá podrá guiar en cualquier momento las almas del vulgo, un vulgo formado siempre la gran mayoría de un pueblo, y conducirlo adonde quiera con la excusa del miedo o con la zanahoria del paraíso.

Hoy la fe ya no se impone, al igual que tampoco se gobierna desde arriba; cada uno cree lo que quiere y cuanto quiere, pero si el gobierno fuera el único que dictase las legislaciones de las escuelas, podría guiar el pensamiento donde se creyese mejor e impondría un nuevo yugo creando una segunda forma de esclavitud.

Tampoco aquí tenemos más de unas pocas instituciones estatales en las que los grandes científicos y escritores asignados a este departamento procuran aplicar las últimas reformas con el fin de hacer institutos modélicos. Pero fuera de estos, también en Andrópolis tenemos escuelas privadas o en manos de sociedades en las que se enseña lo que se quiere y del modo en que se quiere.

En los periódicos de la capital leeréis cada día avisos que anuncian la apertura de una nueva escuela, un nuevo modelo de enseñanza o una nueva cátedra. Hay escuelas gratuitas fundadas por hombres ricos o por apóstoles de las nuevas ideas que quieren crearse adeptos, y otras que son de pago.

El Estado no interviene más que para autorizar el ejercicio de una profesión, ya que en cada región hay un consejo de sabios elegido por el Podestá que una vez al año examina a los que quieren una licencia de médico, de ingeniero o de mecánico... es decir, de alguna de las cientos de profesiones en las que se subdivide el trabajo humano.

A quien se presenta no se le pregunta nunca ni dónde ha estudiado ni con quién; solo se le hacen exámenes teóricos y prácticos según los casos y luego se le concede o se le deniega la licencia que desea. No hay una gradación de méritos para no herir el amor propio de los aspirantes y también porque una larga experiencia ha demostrado que, por muy escrupulosas e imparciales sean las comisiones examinadoras sean y por mucha consciencia y madurez se ponga en los exámenes se hagan con plena consciencia y madurez, la nota final no corresponde nunca de manera directa al mérito real del candidato.

Naturalmente, las escuelas de Andrópolis están destacadas como las mejores del mundo y, por tanto, los títulos que se conceden aquí, en la universidad de la capital, tienen un grandísimo valor. De hecho, cada día llegan de los países más lejanos estudiantes no diplomados, y otros que ya lo son, para conseguir el precioso título metropolitano.

El hombre, cuando piensa y cuando discute, es siempre un gran descentralizador, pero cuando actúa es un feroz centralizador, y a este instinto, que es en parte automático, diría que incluso animal, nuestros científicos modernos tratan de oponerse con todas las armas de la crítica, de la persuasión y de la autoridad indiscutible que les otorga la doctrina y la experiencia.

Otro problema que atormenta actualmente el pensamiento de nuestros altos consejeros educativos es el de conocer las actitudes individuales con el fin de que los maestros privados o públicos puedan guiar al estudiante en la elección de sus profesiones y en la elección de sus estudios. Aquí, según opinamos nosotros, reside el secreto de la eficacia de las instituciones y de la educación.

Seguramente no hay un solo hombre sobre la tierra que no sea capaz de hacer algo útil y bueno, pero también es algo seguro que esta capacidad no es siempre consciente ni se revela en todas las ocasiones al más agudo observador del cerebro y el intelecto.

El examen de las células cerebrales que se hace hoy en día mediante los agudos instrumentos ópticos de nuestros psicólogos está todavía muy lejos de alcanzar todas sus posibilidades. Efectivamente, estos sabios saben dictaminar correctamente si un cerebro llevará al individuo al que pertenece directamente a cometer delitos, si pertenece a un cretino, a un hombre vulgar o a un genio; pero más allá de eso... no pueden decir nada.

Todavía queda en manos del individuo, de sus padres y de sus maestros vigilar el proceso evolutivo del pensamiento en las primeras fases de la vida para descubrir cuáles puedan ser en su cerebro los órganos débiles y cuáles los fuertes, con la finalidad de reforzar los primeros y de aprovecharse de los otros en la elección de la profesión y en la elección de los estudios.

Nosotros no queremos desclasados: quien yerra en la elección de su oficio está fuera de la sociedad y es, por tanto, infeliz».

Paolo y María, dando las gracias cortésmente al empleado que les había hecho de cicerón en el Ministerio de la Salud, pasaron al último brazo de la gran cruz gubernativa en cuyas paredes aparecía escrito «Industria» y «Comercio».

Y también aquí un nuevo cicerón fue su guía.

En este caso, una Estatua de la Libertad gigantesca domina alta y sublime la entrada, como si queriendo simbolizar, pese a haberse iniciado muchos siglos antes, la nueva dirección tomada por el trabajo humano en el año 3000.

«Mira –le comentó Paolo a María–, esta estatua representa a un bellissimo esclavo que acaba de romper esas cadenas que yacen a sus pies. Se apoya en un montón de pilas y de otros instrumentos, mientras que, por el otro lado, un aerotaco y una nave representan el comercio.

Las cadenas representan los cepos en los que en tiempos antiguos vivió (o mejor, sufrió) la industria junto a su hermano el comercio. Pensar en esas épocas me da escalofríos y siento una profunda compasión por nuestros remotos antepasados, los cuales sufrieron con paciencia todas esas formas variadas de esclavitud comercial e industrial.

Piensa que hasta finales del siglo XX en muchas ciudades de Europa y en todas las ciudades italianas no se podía entrar sin ser sometido a un cacheo, con frecuencia brutal y siempre desagradable, por parte de toscos guardias que te registraban por todos los rincones las maletas y los baúles para ver si llevabas objetos susceptibles de pagar aduana, lo que incluía a todos los productos alimenticios, el vino, la leche y miles de cosas más.

Y cuando la ciudad o el pueblo estaban junto al mar, aunque estuvieses en una barca de un pueblo lejano no más de tres o cuatro kilómetros, debías pasar por dos tipos de guardias: los de las finanzas, para ver si traías mercancías de fuera; y los municipales, para comprobar si tenías intención o no de defraudar en los impuestos aduaneros.

¡Esta era una doble imposición que tenías que sufrir por solo un paseo de media hora! Gracias a Dios se abolieron los impuestos aduaneros desde fines del siglo XXI en todas las ciudades de Europa y América, y según se fueron constituyendo poco a poco los Estados Unidos del Mundo, se abolieron las aduanas en todo el mundo, de modo que hoy los economistas no recuerdan siquiera el significado de palabras como proteccionista o libremercantilista. ¡Viva la civilización! ¡Viva el progreso!

Hoy todos los países del mundo intercambian libremente sus productos y las aduanas yacen junto a las fortalezas en los museos como restos arqueológicos del pasado».

En ese momento intervino el cortés cicerón para ofrecer unas pertinentes aclaraciones: «En este departamento los economistas, los industriales y los comerciantes que, con su propio ingenio, con su propia iniciativa y con su propio estudio han adquirido fama mundial, examinan los grandes problemas del comercio cósmico, dando preciosos consejos gracias a los datos estadísticos que se recogen de todos los rincones del mundo para servir, en último lugar, a los industriales y comerciantes de todo el planeta.

He aquí un ejemplo de una de las funciones ejercidas por este Ministerio: hace tres o cuatro años se fundó en Canadá una gran fábrica que hacía un nuevo material de construcción para casas, consistente en la reducción de una pasta de los árboles de acero provenientes de esos bosques y que se mezcla con diferentes silicatos solubles.

La solidez y el bajo precio de este material, así como su escasa o nula conductividad calórica, lo hicieron en poco tiempo tan popular que su uso se fue extendiendo por todos los países del

mundo. La fábrica, animada tras su éxito inicial, redobló la producción de la pasta, lo que la llevó a exceder la demanda.

Al mismo tiempo en Java apareció otra fábrica del mismo tipo que, además, también producía en exceso. El Gobierno central, alertado de la situación gracias a los datos estadísticos de la producción y consumo de dicha pasta usada en la construcción, advirtió por telégrafo a ambas fábricas a fin de que limitaran la producción propia solo a la justa y necesaria. Sin esta advertencia, que se ha comunicado justamente esta semana, una de las dos fábricas habría quebrado sin duda al poco tiempo.

Y lo mismo se hace con todas las grandes industrias, que desde este centro reciben instrucciones y consejos.

Otra gran misión de este ministerio consiste en estudiar en laboratorios apropiados los productos de las nuevas industrias, cuyo valor real con frecuencia no corresponde con las expectativas siempre demasiado optimistas de sus inventores.

Aquí se echan por tierra muchas ilusiones, pero se impiden de ese modo también muchas catástrofes.

En cuanto al comercio, se hace lo mismo que con la industria. Este ministerio no es un órgano fiscal, sino una simple oficina de información. Todo gran comerciante de Pequín o de Nueva York, de Génova o Londres, puede conocer en el mismo día telegráficamente el movimiento comercial de todo el mundo representado por las naves que entran o salen de los distintos puertos y por la cantidad y el tipo de mercancías que llevan en sus bodegas».

Tras dar las gracias y despedir a su guía, nuestros viajeros dejaron el Edificio del Gobierno, admirados del orden que reina soberano y orgullosos de haber nacido en una época que ha alcanzado tan grandes progresos en la evolución de la civilización.

Al salir del edificio, sin embargo, Paolo y María vieron junto a la entrada un edificio de una sola planta de donde partían infinidad de cables que se dirigían hacia todos los puntos del horizonte. Sobre la puerta estaba escrito con grandes caracteres una única palabra: Dinero.

Quisieron informarse sobre qué se hacía en aquel departamento, pero no era más que la contabilidad de la Banca Cósmica, una especie de órgano financiero de nuestro planeta que representa todas las funciones ejercidas antes con un complicadísimo mecanismo los ministros de finanzas, el Tribunal de Cuentas, la Oficina de Recaudación y todos los variados instrumentos de tortura con los que se exprimía el dinero de los bolsillos de los contribuyentes para mantener los gastos del estado.

Ahora las cuatro grandes secciones del Estado informan a la contabilidad central de todo cuanto hace referencia a los gastos universales, las exploraciones científicas y la salvaguarda de la salud pública; de forma que el contable jefe, una vez al año y tras consultar con sus escasos colegas, hace saber a todo el mundo el tributo que se debe pagar a Andrópolis.

El Podestá de cada región reparte dicho impuesto entre todos los ciudadanos según su riqueza, de tal modo que la tasa crece en relación geométrica a la renta de cada ciudadano. Los pobres no pagan nada. Este es el balance de las cuentas cósmicas, y, aunque cada Ayuntamiento tiene sus propias cuentas, en todas las tasas son geoméricamente progresivas y los pobres están exentos de cualquier tributo.

Cada región tiene un Consejo encargado de atender las reclamaciones y a donde se mandan las protestas de quienes piensan que se les han asignado impuestos excesivos o injustos, pese a que, por su parte, también Andrópolis tiene su propio consejo para las reclamaciones de la tasa cósmica.

Las sentencias emanadas de este consejo no se pueden apelar. Las protestas, en todo caso, son muy raras en el año 3000, bien porque los impuestos solo los pagan los ricos, bien porque son muy bajos, y sobre todo, porque cada uno sabe que paga en su propio beneficio, puesto que los ingresos se gastan en beneficio de cada cual y de los grandes intereses universales.

Capítulo VI. El gimnasio de Andrópolis

En una plaza de Andrópolis repleta de verdes plantas europeas se erigen dos edificios uno al lado del otro: el Gimnasio, dedicado al ejercicio físico; y la Escuela, dedicada a la enseñanza.

En el vestíbulo del Gimnasio está escrito con caracteres de oro: *Estad sanos y estaréis a la mitad de camino que conduce a la felicidad. Sed fuertes y seréis libres.*

Frente al Gimnasio se alza una colosal y bella estatua: es un Hércules, pero también un Apolo que representa la calma en la fuerza.

Nuestros viajeros visitaron también el Gimnasio, que describiremos solamente a grandes rasgos a partir de sus apuntes, ya que para entrar en todos los maravillosos particulares de esa escuela de músculos haría falta trazar la historia atlética del año 3000 y se necesitaría un libro entero.

Todo el Gimnasio está dividido en dos grandes secciones, una para los hombres y otra para las mujeres, los cuales se juntan en un mismo espacio para llevar a cabo sus competiciones solamente en ocasión de grandes fiestas atléticas. En la parte destinada a las mujeres todos los maestros son del mismo sexo. El director general del Gimnasio, sin embargo, es un hombre.

Tanto en una sección como en la otra, los padres, los parientes y los amigos de los discípulos pueden asistir a las clases, a las competiciones y a los espectáculos que se dan periódicamente.

Dado que a grandes rasgos ambas secciones, la masculina y la femenina, se corresponden perfectamente, describiremos aquí solamente la zona de los hombres.

En la primera zona, a mano derecha nada más entrar en el Gimnasio, hay inscritas sobre la puerta dos palabras en lengua cósmica que corresponden al antiguo latín: *Alere flamman.*

De hecho, allí van los chavalines más débiles que desean robustecerse, los convalecientes que desean recuperar sus fuerzas lo antes posible y todos aquellos que, sin ser débiles, quieren entrenarse en caso de que deban hacer largos y fatigosos viajes o quienes deban hacer, por el motivo que sea, un extraordinario consumo de fuerza.

Un buen entrenamiento que transforme a un pálido escritor debilitado por el estudio en un fornido viajero no suele durar más de un mes.

La primera operación que debe llevar a cabo quien se entrena es el baño con agua fría y gruesas esponjas, a lo que sigue un masaje general. Este no lo hace de forma manual un masajista, sino que lo da un ingeniosísimo instrumento llamado panmasajeador.

Este aparato es como un estuche en el que se mete el cuerpo desnudo del deportista y que va cambiando de forma y de tamaño para que se adapte a él como un guante. Por ello, todas las partes del cuerpo, excepto la cabeza, deben permanecer en contacto con él.

La superficie entera de este recipiente parece toda de una pieza, aunque está formada, como un mosaico romano, por un montón de piecitas cuadradas de un centímetro de lado.

Cada uno de estos pequeños cuadraditos está unido a un hilo que transmite el movimiento de un motor eléctrico.

Una vez colocada la persona en el panmasajeador, se empieza a pasar la corriente por los pies, luego por las piernas, los muslos y así hasta que todos los cuadraditos se transforman en otros tantos pequeños martillos que, como las teclas de un piano, golpean la superficie del cuerpo, a veces suavemente, a veces más fuerte, a veces con muchísima fuerza, según se desee y según las exigencias de los distintos casos.

La materia de que está hecho el estuche y, por tanto, cada uno de los pequeños martillos, varía de una sustancia suave y lisa como la piel de un guante, hasta el metal y la piedra; por lo que el masaje, según los casos, es agradable como una caricia llena de ternura que rodea todo el cuerpo, o es rudo y violento como un puñetazo.

La operación dura desde unos pocos minutos hasta una hora y se sale del panmasajeador rojo como una remolacha. Con frecuencia en este estado se recomienda una ducha fría.

Los masajes más suaves se dan a los niños débiles y, aún con más frecuencia, a las personas mayores que desean prolongar la vida; estas logran, de hecho, mediante este método, vivir un poco más y, lo que es aún mejor, no sufrir los achaques de la edad.

En la zona destinada a robustecer a los débiles, la cura no consiste tan solo en masajes, sino que además se hacen ejercicios diversos en máquinas, en equitación mecánica, y de muchas maneras distintas a partir de la aplicación de un movimiento continuo, por lo que sin gastar inútilmente y con aburrimiento la fuerza muscular, se logra que la circulación capilar y la actividad vasomotora se mantengan en buen estado y armonía.

Algunas maniobras y algunos ejercicios son especialmente tediosos, así es que se acompaña de una música suave para ayudar a sobrellevarlos mejor; ciertamente, la música en el Gimnasio es la aliada y compañera de todas las formas de deporte, tanto de los más fuertes como de los más ágiles. Los higienistas del año 3000 se han convencido hace mucho de que al hacer ejercicios gimnásticos se pierde al menos la mitad de su eficacia si son aburridos. En algunos casos, pueden incluso ser dañinos.

Además del masaje general a todo el cuerpo aplicado con el panmasajeador, se hacen masajes en órganos especiales, siempre con ingenios mecánicos según los casos y las especiales indicaciones terapéuticas.

Con frecuencia el masaje se asocia a corrientes eléctricas, motrices o nerviosas, y a subidas o descensos de temperatura, por lo que es posible dirigir sobre toda la superficie del cuerpo de un mismo individuo –o solamente en un centímetro cuadrado de su piel– una cantidad determinada de movimiento, calor o electricidad, asociados de forma diversa y con variable intensidad y tiempo.

En zonas concretas del Gimnasio se puede practicar también equitación, natación, lucha, salto, atletismo y ciclismo... en definitiva, todo tipo de actividades deportivas.

Otra sección entera está dedicada a la hidroterapia higiénica y curativa; quien quisiera comparar los métodos usados en el año 3000 con los bastos y primitivos métodos del siglo XIX, sin duda saldría de allí persuadido de los grandes progresos que se han hecho en esta rama de la higiene.

Además, el Gimnasio es al mismo tiempo una escuela y un polideportivo.

En la escuela se aceptan niños y jóvenes a los que por prescripción médica se les aconseja seguir un determinado método de gimnasia que se adapte a su edad o a su constitución. Después de un cierto tiempo pueden solicitar pasar un examen y reciben un informe en el que se les declare aptos o mediocres jinetes, nadadores, luchadores, etc.

En estos tiempos cualquier hombre se sentiría deshonrado si, llegados los veinte años, no supiese nadar, cabalgar, correr, saltar y luchar. La fuerza muscular bien ejercitada ha hecho casi desaparecer del todo de la tierra la neurosis, la neurastenia y todas las enfermedades físicas que habían atormentado a los hombres y a las mujeres desde finales del siglo XIX hasta finales del siglo XXI.

Cada año se celebran dos o tres grandes fiestas atléticas en las que los deportistas y aprendices del Gimnasio hacen una demostración; son fiestas solemnes en las que participa de buen gusto toda la población y a la que también asiste siempre el Páncrata con sus cuatro grandes ministros.

Capítulo VII. El edificio de la Escuela. La Escuela Primaria. La Escuela Media. Los Estudios Superiores. Lección sobre la influencia de la pasión en la lógica del pensamiento

Frente al Gimnasio se alza severo e inmenso un gigantesco edificio formado por tres construcciones unidas por una galería común y por jardines.

En el vestíbulo, de arquitectura griega, se leían estas palabras: *Querer es poder, a condición de saber.*

María leyó este lema con sorpresa y admiración, y girándose a Paolo le dijo: «¡Oh, cuánta sabiduría en tan pocas palabras! Me parece que en ellas reposa toda la ciencia de la vida. Pueden servir de piedra fundamental al arte de ser felices y a toda la pedagogía. ¿Quién las habrá pensado?».

«Creo –respondió Paolo–, que las han debido pensar todos los hombres de sentido común, pues el germen de todas las grandes verdades reside en cualquier cerebro bien organizado; en todo caso, estas en concreto las pronunció por primera vez un ciudadano de Florencia que vivió a finales del siglo XIX. Fue diputado, alcalde de su ciudad y también ministro. Se llamaba Ubaldino Paruzzi, y fue una persona aguda, activa, llena de antigua gracia y sentido común. Bastarían para demostrarlo estas santas palabras que hoy vemos esculpidas en caracteres de oro en el Edificio de la Escuela».

Al Edificio de la Escuela se sube por una larga escalinata en el centro de la cual hay una estatua colosal que representa la Ciencia; se trata de una estatua fundida en electro, un metal hecho de una aleación de plata, platino y aluminio que gana en blancura a la nieve y en esplendor supera a todos los metales más fulgurantes conocidos desde la antigüedad. Cuando el sol la ilumina, brilla tanto que apenas puede mirarse y aún brilla más por la noche, iluminada por la luz eléctrica.

La estatua tiene dos grandes ojos hechos de diamante que, al reflejar el sol y la luz eléctrica, parecen dos estrellas; parece como si espíase el lejano horizonte, mira hacia el cielo sonriendo mientras con el brazo derecho en alto sostiene una antorcha que gracias a diversas luces, de los colores del arcoíris, ilumina todo a su alrededor como un rayo fulgurante.

Dado que el Edificio de la Escuela está en una plaza situada a una cierta altura, la estatua se ve desde cualquier punto de la ciudad como si tratara de un faro.

Y de hecho es el faro de Andrópolis y la luz de la ciencia que desde la capital de nuestro planeta parece que ilumine todo el mundo.

¿No fue acaso la ciencia la que guió a los hombres en la búsqueda de la verdad y de lo bueno?

¿No fue acaso la ciencia quien transformó al hirsuto y feroz hombre salvaje, presa de las bestias y de los huracanes, en un hombre bello y fornido que controla el rayo y transforma los continentes, el mismo que se ha adueñado del planeta y hace sentir su voz a sus colegas planetarios?

Paolo y María, dentro del vestíbulo del edificio, supieron que los tres edificios que lo componen están dedicados respectivamente a las tres grandes etapas de la enseñanza: la Escuela Primaria, la Escuela Media y los Estudios Superiores.

En primer lugar, quisieron visitar la escuela primaria acompañados de uno de los maestros, el cual se ofreció para servirles de guía. Con él recorrieron las amplias salas bien ventiladas, inundadas de luz y de aire puro y en las que toman asiento los escolares; los unos separados de los otros y sentados en cómodas sillas con sus respectivos escritorios.

De este modo, los maestros circulan entre los bancos, controlando las tareas asignadas, dando consejos o corrigiendo según el caso.

En una de las escuelas los escolares estaban redactando un escrito. No es la antigua escritura usada hasta el siglo XXI, en la que las vocales y las consonantes deben estar todas representadas

por una letra; sino que era una estenografía en la que las vocales están omitidas o se indican solo con sencillísimos signos, haciendo que la escritura sea diez veces más rápida que la antigua.

El maestro que servía de guía a nuestros viajeros les dijo que a aquellas escuelas elementales llegan los alumnos a los seis años cumplidos y que casi todos han aprendido ya a leer y a escribir en sus casas.

«Aquí enseñamos básicamente moral, aritmética, un poco de historia, el arte de expresar los propios pensamientos en la lengua cósmica y los elementos de física, química y ciencias naturales, todo aquello que puede resultar más indispensables en la vida diaria. No se enseña nada de religión, pues cada familia tiene la suya propia y los padres, según sus ideas, instruyen a sus hijos en la religión que han adoptado.

En esta escuela de primaria los niños y las niñas se sientan juntos y los maestros son hombres y mujeres sin distinción, aunque los padres tienen derecho de elegir un maestro o una maestra según quieran. La enseñanza elemental no dura más que tres años. Los escolares pagan casi toda la enseñanza que reciben, a excepción de los más pobres, a quienes se lo paga el estado y las lecciones no duran más que tres horas al día, con dos días sin clase cada semana».

De la escuela primaria pasaron nuestros peregrinos a la escuela media, que corresponde a la Escuela Secundaria de las épocas anteriores. Allí se enseña cultura general dividida en dos grandes ramas: los estudios científicos y los estudios literarios.

No se aprende ninguna lengua antigua y se estudian solo los escritores de la lengua cósmica con cuyas obras se intenta educar el sentido de lo bello.

La historia y la geografía se enseña a todos y forman la espina dorsal de la enseñanza.

La filosofía se abandonó hace mucho, incluso su nombre, y fue sustituida por la psicología y la antropología.

Los estudios científicos están dedicados en su mayor parte al estudio de las ciencias naturales, de las matemáticas elementales, de la mecánica, de la física y de la química.

Hay laboratorios y despachos anexos a cada departamento y los escolares, que deben tener al menos doce años de edad, completan el ciclo escolar en cuatro años.

Acabado el curso, un riguroso examen les da el título de cultura general con el que se conforman los que no quieren ejercer ninguna profesión especial, no tienen más aspiración que la de ser hombres cultos y desean administrar sus bienes, para especializarse luego siguiendo libremente las lecciones en los cursos sucesivos.

En la Escuela Media se puede obtener un título de letras y un título de ciencias.

El primero es necesario para quien quiera dedicarse a la profesión de juez o escritor, el segundo para quien quiera ser ingeniero (de algunas de las muchas ramas de la ingeniería) o médico.

La Escuela de Estudios Superiores, correspondiente a la Universidad de épocas pasadas, tiene diferentes cursos para los profesionales y para los que se dedican a la ciencia pura. No es obligatoria la inscripción, y el examen final no es necesario para quienes deseen un título profesional.

También aquí los hombres y las mujeres toman asiento en los mismos bancos y también muchas mujeres dictan la lección desde la cátedra.

Para ser profesor en la Escuela Primaria y en la Escuela Media hay que tener un título que no se concede más que después de un duro y largo examen, mientras que para dar clase en la Escuela de Altos Estudios no se exige ningún examen, sino la presentación de las obras publicadas.

Las cátedras son infinitas, ya que quien se haya dedicado a una línea de investigación en especial puede instituir un curso sobre este tema predilecto siempre que lo haya solicitado previamente al Consejo Superior de la Escuela, un organismo compuesto por solo tres miembros que representan las tres ramas de la enseñanza.

Paolo y María quisieron asistir a una de las muchas lecciones de ese día, y accediendo a una sala vieron el tema que trataría el profesor en esa lección.

El anuncio decía: *Historia de los errores humanos. Influencia de las pasiones en la lógica del pensamiento.*

La clase no duró más de una hora y agradó mucho a nuestros viajeros.

El orador era doctísimo, de palabra fácil, locuaz, y con una argucia incluso mordaz hizo agradable incluso las más áridas doctrinas y la historia documentada de los errores humanos.

En efecto, todo el curso de aquel año y del siguiente estaría dedicado a la historia de los errores humanos, pero aquel día en concreto el profesor dedicó su exposición al examen de la antigua abogacía y a los errores que los tribunales cometían en la defensa y acusación de los delincuentes al dejar arrollar la razón humana por las pruebas de los peritos científicos.

«Hubo un tiempo de lejanísima barbarie—comenzó diciendo—, en el que a fuerza de querer resolver los problemas relacionados con la culpa, a fuerza de querer dar luz a los juicios para que la verdad resplandeciese limpia y clara, se nublaban de tal modo los ojos de los jueces que estos dictaban sentencias totalmente absurdas.

Los jueces, que deberían ser básicamente competentes, tenían en su contra un grupo de hombres de la calle, médicos, ingenieros o comerciantes, que no se sabían ni siquiera el abecé de la ciencia jurídica y que, en última instancia, debían sentenciar, absolver o condenar.

Y los pobres jurados, inocentes en su propia ignorancia, temerosos de su involuntaria responsabilidad, miraban a los peritos, a los hombres de ciencia que tendrían que iluminarles, y la luz sobrepuesta a la luz producía, por el contrario, tinieblas cada vez más densas.

Los peritos de la defensa decían: ‘No hay veneno en las vísceras de la víctima’.

Mientras que los peritos de la acusación, por el contrario, afirmaban: ‘Sí, sí que hay veneno’.

Y a los pobres del jurado, frente a estas clamorosas contradicciones, mareados y confundidos en la maraña de la elocuencia judicial, en la lírica inventiva de los jueces, ajenos a la ciencia que negaba su propia eficacia al mostrar tan flagrantes contradicciones, y perdidos en el laberinto de sofismas, paradojas y vericuetos dialécticos que les llovían como proyectiles un día de batalla, acababan por dejarse llevar por lo que les sugerían sus sentimientos (el más infiel de los jueces en el campo de la justicia) y sentenciaban usando el corazón en lugar de la razón.

Así, en última instancia, no eran ni la ciencia judicial ni la ciencia de los peritos la que dictaba el juicio final, sino que era el egoísmo o la compasión.

El primero decía al jurado: ‘Ese hombre ha robado: dejadlo libre y podrá robar de nuevo y meter mano a tus propios bolsillos. ¡A prisión, condenadlo! Esa bella y joven mujer ha pecado por amor. ¡Cómo me hubiera gustado pecar con ella! ¡Pobrecilla!, dejadla en libertad’.

Y cuando, por el contrario, era la compasión quien aparecía o removía las fibras más sensibles del jurado, se acababa por absolver al culpable cada vez que se inclinaba más hacia él que hacia la víctima.

Como veis, decía el profesor, era una cuestión de afinidades electivas, era una lucha del sentimiento contra la razón, y la pobre justicia era sometida con demasiada frecuencia en esta lucha tan desigual.

Así era la justicia hace unos diez siglos. Pero nosotros, los hombres del siglo XXXI, no debemos mostrarnos tan orgullosos, porque no somos siempre capaces de separar claramente el corazón del pensamiento en nuestros juicios».

La lección, a cada poco interrumpida por risas de aprobación, fue estrepitosamente aplaudida cuando finalizó, y nuestros viajeros dejaron el Edificio de la Escuela muy contentos de haberla visitado.

Capítulo VIII. Visita a Igeia. La estatua levantada a los más ilustres médicos de la antigüedad. La antesala de los enfermos. Las secciones de Igeia. La visita a un tuberculoso hecha por un neumólogo. La moneda de cartón del año 3000. Departamento de los Igeos. La visita a los niños neonatos. Eliminación de un niño. Una madre piadosa y cruel a la vez

Paolo despertó a María, quien todavía dormía cansada de la larga caminata hecha el día anterior, diciéndole: «Ten paciencia y levántate ya, porque el director de Igeia me ha dado una cita para esta mañana para que podamos ver el gran Instituto de la Salud, donde se trata a los enfermos y heridos que necesitan una cura urgente».

María no se hizo de rogar y en media hora estaba vestida y lista para la visita propuesta.

Con una breve caminata subieron una colina situada en la zona más amena y agradable de Andrópolis en la que se alza el más gigantesco y majestuoso edificio de Igeia. Este tiene alrededor árboles siempre verdes, sobre todo coníferas del Japón y de la China, que dan en todo momento una sombra fresca y expanden a su alrededor un agradable aroma a resina. Bajo estos árboles se ven muchos bancos de madera donde se sientan los enfermos.

Tras pasar el acceso de la puerta principal, se encontraron en un amplio patio completamente lleno de estatuas de mármol y bronce que se alzaban entre floridos parterres perfumados.

En el centro destacaban tres estatuas, la de los tres grandes fundadores de la medicina antigua.

«Mira, María, este es Hipócrates, el médico griego que vivió cuatro siglos antes de Cristo y que fue por muchos años el padre de la medicina antigua. Él nos dejó la más vasta enciclopedia de ciencia médica que nunca haya sido escrita por un solo hombre. En sus libros se encuentran afirmaciones que son válidas incluso hoy.

Este otro es Avicena, el médico árabe a quien se alzó esta estatua no por la farragosa compilación de miles de recetas que hizo, sino porque escribió que la medicina es el arte de conservar la salud, profetizando de este modo lo que sería el arte de la medicina muchos siglos después de él.

Este otro es Galeno, también griego, aunque ejerció su arte en Roma. Él puso la primera piedra en el estudio de la anatomía humana diferenciándola de la de los simios, pese a que en su época era ilegal realizar disecciones de los cadáveres humanos. Además de este logro, hizo dar a la medicina y a la cirugía pasos de gigante.

Por todas partes verás más de una cincuentena de estatuas, alzadas todas ellas para transmitir a las generaciones venideras la memoria de médicos ilustres, aunque yo no te hablaré de todos, porque debería trazar la historia de toda el arte médica en sus múltiples ramas. Quiero solamente que nos paremos delante de los más grandes.

Este es Jenner, quien allanó el terreno a Pasteur con el descubrimiento del pus vacuno y de la vacunación. Como sabrás, Pasteur vivió y murió en Francia en la segunda mitad del siglo XIX y extendió la vacunación al carbunco y la hidrofobia, abriendo una nueva etapa en el arte curativo. Ambas estatuas las pusieron juntas con mucho criterio.

Después de la estatua de Pasteur está la de Lister, quien salvó millones de vidas con su cura antiséptica, haciendo posibles y seguras, en la mayoría de los casos, las más audaces operaciones quirúrgicas.

Esta otra estatua se ha alzado en honor al doctor Micali, un médico italiano que en el siglo XXV perfeccionó la luz de Röntgen logró e hizo transparente todo el cuerpo humano, permitiendo de este modo ver directamente el cerebro, los pulmones y el corazón, así como todas las demás vísceras e incluso la médula ósea.

Después de este descubrimiento fueron inútiles los plesímetros, los estetoscopios y todos los demás ingeniosos instrumentos con los que entre los siglos XIX y XXV se intentaban conocer las alteraciones profundas de nuestros órganos internos.

Esta otra estatua, que cronológicamente ha sido la última levantada en honor a un médico ilustre, es la del doctor Yang–Feu, un médico chino que encontró el modo de eliminar el dolor físico y de calmar incluso los dolores morales apenas aparecen usando un aparato pequeñísimo que cualquiera puede llevar en el bolsillo. Me refiero al algófono. Tiene dos puntas romas, como si fuesen dos polos; una de ellas se aplica en la cabeza, la otra en medio de la columna vertebral, y a través de ambas se deja pasar una corriente que narcotiza todas las células sensibles, haciendo que el dolor cese al instante.

Hace algún tiempo incluso una simple carie en un diente, una simple indigestión, incluso el parto más normal del mundo eran fuente de terribles dolores que hacían maldecir la vida. Hoy en día, si no se curan todas las enfermedades, al menos se ha eliminado el dolor que las acompañaba, cada uno peor que el otro.

Morir de muerte natural era antes algo excepcional, y se contaba tan solo un caso de cada mil, pues todos los hombres morían de enfermedad. Hoy, por el contrario, la regla general es morir de viejo y sin dolor, porque, como verás, se van suprimiendo desde el nacimiento todos los organismos mal hechos, y la enfermedad, que se descubre en cuanto da las primeras señales de aparición, puede casi siempre curarse tras los primeros síntomas. No mueren de enfermedad más que aquellos que no han podido consultar a un médico a tiempo o que, por heridas o caídas graves, presentan tales lesiones traumáticas que hacen imposible que siga viviendo».

Mientras Paolo trataba de informar a su dulce compañera de los infinitos progresos hechos por la medicina en el curso de los siglos, apareció frente a ellos el director, quien, habiéndoles visto desde las ventanas de su estudio, había bajado rápidamente a encontrarlos.

Tras darle la bienvenida, los acompañó a través de la sala de espera en la que se sentaban los enfermos, o aquellos que se creían enfermos, aguardando sus respectivas visitas.

María sintió la necesidad de dirigirle enseguida esta pregunta al director de Igeia: «Pero... toda esta gente no debe estar muy enferma si han venido aquí por sus propios medios a consultar a los médicos del hospital».

«Querida señora, antes solo se llamaba al médico cuando el mal estaba tan avanzado que era necesario visitar al paciente en su lecho, con lo que era siempre muy difícil, e incluso imposible, su curación.

Ahora, sin embargo, se sabe que casi ninguna enfermedad nos cae encima como un rayo, sino que se incuba con molestias casi imperceptibles que escapan a los más sagaces observadores.

Es por eso que en todas las escuelas se nos enseña a observar atentamente el propio organismo y la marcha de sus funciones. De este modo, en cuanto uno se da cuenta de tener el más mínimo dolor o la más mínima molestia, acude aquí o a cualquier otro hospital de Igeia para hacerse observar las vísceras y poner remedio así desde el principio al supuesto mal que lo amenaza.

Hace tiempo, imagínese estimada señora, un solo hombre curaba todas las enfermedades. El médico era entonces cirujano, oculista y se dedicaba a la obstetricia, pero en el siglo XIX nuestra ciencia había progresado tanto que los médicos debieron especializarse y aparecieron los cirujanos, oculistas, médicos para los oídos, para el pecho, el corazón...

Esta subdivisión del trabajo médico se hizo cada vez más amplia, de forma que hoy en día tenemos un médico para cada víscera, pues son tantas y tan numerosas las alteraciones que puede tener cada uno de los órganos como numerosos son los remedios existentes para reconducirlos a su normal funcionamiento. Hágase la idea de que solo para el cerebro tenemos al menos una veintena de especialistas que curan las enfermedades de las células motrices y de las pensantes, que estudian las enfermedades del pensamiento, de la voluntad y demás, así como tenemos osteópatas para las afecciones de los huesos, hematólogos para las enfermedades de la sangre, hepatólogos para los del hígado, nefrólogos para los riñones, digestivos para el estómago, y un largo etcétera.

Tenemos además, aquí en Igeia, la más alta jerarquía entre los médicos, como la de los que estudian los organismos sanos para vigilar, antes del primer síntoma de la enfermedad, la disposición personal a la enfermedad, o los que visitan a los neonatos para verificar si son aptos para la vida. También entre estos se ha consolidado una subespecialidad, que es la de los Psicoigeos, que, como veremos dentro de poco, controlan en el neonato la futura propensión al delito con el fin de eliminar desde un primer momento a los delincuentes, mucho antes incluso de que puedan hacer daño a la sociedad en la que han nacido.

Pero he aquí a un médico asistente que pasa visita a los pacientes de esta mañana con la función de indicarles a qué sección de Igeia deben dirigirse para ser atendidos».

En efecto, un joven estaba llamando a los clientes según el número que se las había asignado en la puerta y, tras preguntarles por su dolencia, les indicaba si debían ir al estomatólogo, al nefrólogo o al hematólogo.

Era una visita muy rápida, y la indicación podía ser errónea, pero el especialista la corregía cuando visitaba al cliente con la luz perfeccionada de Röntgen.

Esta operación de distribución de los enfermos se hacía con el máximo orden, sin disputas y sin confusión, y en menos de media hora la sala quedó vacía; cada uno de los enfermos se iba llevándose las oportunas indicaciones que los dirigían a uno u otro departamento de Igeia.

«Y ahora que hemos visto la sala de espera –dijo el director–, vamos a visitar uno de esos departamentos en los que los especialistas visitan a los enfermos y prescriben su cura. Si no les parece mal, iremos a la sección de afecciones pulmonares, es decir, de los que padecen algún mal del aparato respiratorio».

Entraron, pues, en esa sección, en una amplia sala en la que muchos enfermos de ambos sexos esperaban ser atendidos, entre ellos, un joven grácil, pálido y delgado que estaba en ese momento esperando que le llamaran.

El neumólogo lo invitó a desvestirse y, cuando estuvo desnudo del todo, le pidió que se pusiera de pie sobre una especie de cavidad. En ese momento, de repente, se fue la luz de la habitación y todo quedó a oscuras. Inmediatamente el médico dirigió un haz de luz a aquel hombre y este apareció totalmente transparente, como si fuese de vidrio.

Se veía el corazón palpitando con ritmo agitado e irregular, se veían los pulmones dilatarse y contraerse rítmicamente, se veían todas las vísceras del vientre, como si al hombre lo hubiesen abierto con un chuchillo anatómico. Se podía apreciar incluso la médula interna de los huesos.

El neumólogo miró durante un buen rato con unas gafas dobles, haciendo que el paciente se pusiese de frente, de lado, y finalmente de espaldas a él, y luego le dijo: «No se preocupe: su mal está en una fase inicial y se curará con algo de tiempo. Tiene tuberculosis, pero acabará con ella si sigue un buen régimen alimenticio y respiratorio. Vístase y le prescribiré lo que tiene que hacer».

El médico fue a su mesa y escribió: «Ir enseguida al Everest, a la estación de Darley, a una altura de 2000 metros. Tomar alojamiento y permanecer un año entero allí. Luego, a continuación, volver solamente durante unos años en los meses de invierno. Dieta láctea y cárnica. Para otros detalles, el enfermo seguirá los consejos del médico director de la estación de Darley».

El enfermo, que venía de un pueblecito lejano y las ideas de la nueva civilización le resultaban bastante ajenas, le preguntó al neumólogo: «¿No tengo que tomar ninguna medicina?»

El médico se echó a reír: «¿Pero acaso tenéis todavía en vuestro pueblo farmacéuticos? Aquí en Andrópolis y en todas las ciudades grandes planetarias las farmacias no existen desde hace siglos. Las pastillas, las fórmulas magistrales y los apósitos son cosas de la medicina antigua. Hoy se curan todas las enfermedades cambiando de clima, con un régimen alimenticio y con la aplicación racional del calor, de la luz y de la electricidad. Los farmacéuticos fueron durante mucho tiempo los continuadores de los magos, que curaban las enfermedades con exorcismos y con versos del Corán o rezos a Dios, a la Santa Virgen o a sus santos.

Las recetas eran como cartas dirigidas a personas de las que se ignora el domicilio. Puede ser que en ocasiones encontrara a una persona capaz de asimilarlas, pero la mayoría de las veces las pastillas, polvos y brebajes, después de una carrera más o menos rápida a través del tubo gástrico, acababan en el retrete sin haber encontrado la víscera a quien iban dirigidas y que habrían podido curar. Cada médico tenía su recetario y cada escuela su propio método de cura. Fue en esa época cuando un gran poeta francés, que fue también por un tiempo Presidente de la República Francesa, hizo la más amarga, y verdadera al mismo tiempo, crítica a la medicina de su tiempo, tachándola de *une intention de guerir*; de modo que, durante muchos siglos después de Lamartine, aquella definición fue la fotografía fiel del arte de curar a los enfermos».

El neumólogo pasó a visitar a otros enfermos, y nuestros viajeros salieron junto a su guía de aquella sección con la intención de acercarse a la sala en la que se atendía a los neonatos.

Paolo y María habían observado que el mismo enfermo del pecho que había visitado el médico delante de ellos, le había puesto en la mano un pedacito de cartón.

Era el pago a su visita.

En el año 3000 hacía ya tiempo que no circulaba el dinero; la moneda corriente estaba constituida por un montón de pequeñísimos papelitos, todos del mismo tamaño y acuñados con un timbre del ministro de finanzas. En ellos, en una línea dejada en blanco, cada uno escribe su propio nombre y la suma de dinero que quiere.

El color del vale indica la suma que se puede escribir en ellos, pudiendo ser de veinte formas distintas, todas diferenciadas por tener un color distinto.

De una lira a cien, el papel del vale es blanco.

De 100 a 500, el cartoncito es beige.

De 500 a 1.000, es azul claro.

De 1000 a 2.000, es azul oscuro.

De 2.000 a 5.000, es verde claro.

De 5.000 a 10.000, es verde esmeralda.

De 10 a 20.000, es amarillo pálido.

De 20 a 50.000, es naranja.

De 50 a 100.000, es violeta claro.

De 100 a 200.000, es violeta oscuro.

De 200 a 300.000, es medio blanco y medio negro.

De 300 a 500.000, es rosa.

De 500 a 600.000, es rosa oscuro.

De 600 a 700.000, es medio amarillo y medio verde.

De 700 a 800.000, es medio azul y medio rojo.

De 800 a 900.000, es medio verde y medio rojo.

De 900 a un millón, es medio negro y medio rojo.

De 1 a 2 millones, es plateado.

De 3 a 10 millones, es dorado.

El valor de estas monedas no viene dado, por otro lado, por la firma de quien lo expende, sino por la firma del optimato cuyo nombre figura en la parte inferior derecha del cartoncito.

Los optimates son los ciudadanos más honestos, más ricos y más estimados del país, personas de cierto rango a quienes el Consejo Superior de Gobierno ha dado ese título honorífico tras una larga discusión y una ponderada reflexión. Así como hay cartulinas de diferente valor, los optimates, de igual modo, y según la fortuna que posean, pueden firmar otros tantos tipos distintos de vales.

Como es natural, los optimates más ricos pueden firmar también vales de plata y oro, habiendo incluso algunos, de gran fama, cuya firma es válida en todo el planeta. Por el contrario, los optimates más modestos, conocidos tan solo en su pueblo o en su ciudad, no están autorizados más que a firmar vales de sumas de poca importancia.

Los optimates, para otorgar el valor deseado a estos trocitos de papel, no necesitan más firma que la suya, con lo que se podría decir que acuñan su propia moneda.

Cuando se quiere comprar un objeto se le da al vendedor un vale que corresponde a su valor, para ello se escribe la cifra intermedia a la que ya figura inscrita. Cuando, después de usarlo mucho, el trozo de papel está demasiado sucio o dañado, se lleva a la Caja central del Estado para que lo reemplacen. El único inconveniente a esta moneda es que es combustible, aunque en caso de incendio uno puede presentarse en la Caja central con el beneplácito de cuatro optimates que den fe de su honestidad para, tras jurar sobre su honor que ha perdido una suma determinada, esta le sea restituida puntualmente y de inmediato. Si esto mismo le ocurre a un optimate, basta su palabra para dar fe de su propia declaración.

Y es de este modo como se auspicia en el año 3000 el ser honesto, sincero y un perfecto caballero, ya que la honestidad da crédito y el crédito procura riqueza.

Como pasa en otros órdenes de la vida pública, dos veces al año, en cada ciudad y en cada provincia, los consejeros de finanzas se reúnen para fijar las normas que rigen la circulación monetaria; estas normas están siempre reguladas por la riqueza del país y por la capacidad financiera de los distintos optimates que firman los vales.

Por lo demás, esta moneda, cómoda de manejar y garantizada por la perfecta honestidad de quien la firma, tiene el mismo valor en todos los países del mundo, lo cual ha simplificado tremendamente los flujos comerciales y la marcha de todos los contratos.

El vale, con el que el pobre tuberculoso había pagado al médico neumólogo, era blanco y en él figuraba escrita la cifra de 50 liras, un honorario común en esos momentos para una simple visita médica. Los pobres no pagan nada o sus visitas son pagadas por los ricos.

Nuestros viajeros recorrieron rápidamente los pasillos donde se curaba a los enfermos que requerían una rápida y urgente atención o que debían pasar por operaciones quirúrgicas difíciles o imposibles, esperando en este caso en habitaciones individuales.

Las llamo pasillos por adoptar un viejo término y porque las habitaciones de los enfermos estaban colocadas una detrás de otra y en dos filas separadas por un amplio pasillo. De todos modos, cada enfermo tiene su propia habitación, bastante amplia, en la que oportunos ventiladores renuevan el aire de día y de noche manteniendo siempre una temperatura acorde a la estación y al tipo de enfermedad.

No es necesario señalar que las paredes y los suelos son de porcelana azulada para no dañar la vista, y que se lavan cada día para impedir cualquier infección.

«Antes de pasar a la sección de los Igeos –siguió diciendo el director–, le echaremos un vistazo al departamento en el que se curan las enfermedades traumáticas, es decir, las heridas, las fracturas y todas las lesiones producidas por accidentes mecánicos o traumatismos. Por desgracia, por mucho que esta haya avanzado, la civilización no puede estar a salvo de estas desgracias, y la cirugía las debe afrontar del mismo modo con que la medicina se enfrenta a las enfermedades que se desarrollan de forma espontánea».

En el momento en que entraron en la sección de trauma un cirujano estaba a punto de tratar una grave herida en un brazo acompañada de una seria pérdida de tejido.

«He aquí, señores míos, un caso muy interesante. Hace algún tiempo esta herida, incluso con la cura antiséptica más eficaz, habría dejado una enorme secuela y la total inoperancia de la extremidad dañada. Por el contrario, hoy en día podemos producir artificialmente protoplasmas que, apenas preparados, se aplican allí donde falte una trozo de piel o de músculo. De este modo podemos insertar una verdadera materia regenerativa que, puesta en contacto con los tejidos vivos, prolifera y reproduce los músculos que faltan, de forma que el brazo vuelve a su estado normal con todas sus funciones. La parte difícil de esta operación consiste en meter la cantidad precisa de protoplasma que se requiere y que no debe ser ni mucha ni poca; solo puede ser, a fin de cuentas, la práctica del cirujano quien guíe el proceso con el fin de alcanzar el objetivo deseado.

Paolo y María vieron otros casos de fracturas y luxaciones que eran tratadas sin dolor y con la máxima facilidad.

«Y ahora –dijo el director–, vayamos a visitar la sección de los Igeos».

María, que había oído hablar de la eliminación de los niños no aptos para la vida pero que no sabía nada más, estaba bastante turbada e insegura, no sabiendo si atreverse a entrar o no en aquella sección. Pero Paolo le dijo: «Nosotros debemos y queremos verlo todo. Vamos».

Entraron, pues, en una vasta sala en la que se oía el confuso gemido de cientos de niños que lloraban entre los brazos de sus madres y otras mujeres. Era una escena muy triste, porque el llanto de tantas criaturas inocentes se veía acentuado por la fisonomía angustiada de aquellas mujeres que esperaban del médico la sentencia de vida o muerte para sus hijitos.

«Aquí –continuó el director–, todos los niños no tienen más que tres días de vida y sus madres pueden acompañarlos, ya que hoy en día el parto no es esa experiencia traumática que, antes, obligaba a las parturientas a guardar cama durante más de un mes. Los progresos en el terreno de la higiene han convertido el parto en una función natural que se realiza sin dolor y sin dejar ninguna secuela de ningún tipo. La mujer da a luz hoy como cualquier otro animal, y a las pocas horas del parto se levanta de la cama para acudir a sus propias ocupaciones. Aquí, como veis, casi todos los niños están en brazos de sus propias madres, menos unas pocas que, más sensibles o temerosas de dejar aquí para siempre el fruto de sus entrañas, los dejan en manos de algún pariente cercano».

En aquel momento se llamó al bebé número 17.

«Adelante el 17».

Una madre joven, robusta y bella se levantó de su asiento con un bebé en brazos. Se veía en su cara que ninguna tribulación la atormentaba y que estaba totalmente segura de volver a casa con su criaturita.

El Igeo tomó al niño, que estaba ya casi desvestido, y lo puso desnudo en una especie de caballete. En ese momento, un haz de luces lo cubrió completamente, volviéndolo transparente como si fuese de vidrio. El médico, después de cambiarlo varias veces de posición y mirarlo a través de unas gafas, dijo en voz alta:

«Número 17: niño sano, robusto, apto para la vida».

Dicho esto se retiró, mientras que otro médico, en este caso un Psicoigeo, dejando al niño en el mismo caballete, dirigió de nuevo una luz penetrante a su cráneo y lo volvió a mirar un buen rato a través de unas gafas que agrandaban cientos de veces las células cerebrales.

El examen duró una buena media hora, después de la cual el médico dijo:

«Cerebro normal, ninguna tendencia al delito».

El veredicto de ambos médicos fue escrito por un secretario en un papel, firmado firmado por el Igeo y por el Psicoigeo y entregado finalmente a la madre, la cual, alegre y orgullosa, se marchó dando las gracias a los doctores y lanzando al resto de las madres que la rodeaban una mirada triunfal de mujer feliz.

Había dado al mundo un ciudadano sano, robusto e incapaz de cometer delitos.

«Número 18».

Y un nuevo bebé fue examinado otras dos veces, mereciendo este doble veredicto:

«Niño sano, pero no robusto. Apto para la vida, aunque requiere una alimentación tónica y reconstituyente. Cerebro normal. Carácter tímido y miedoso. Educación viril y espartana».

El número 19 era un bebé bellísimo y robusto, y le supuso este doble veredicto:

«Niño sano, robusto, apto para la vida. Cerebro normal, pero con una hipertrofia de los centros genitales. Predispuesto a la lujuria. Debe dirigirse su educación y debilitar esta tendencia».

María esperaba que las visitas tendrían todas un mismo resultado, por lo que no tendría que asistir a la eliminación de ninguna criatura, pero llegó el número 20, un bebé delgadísimo que además había nacido a los ocho meses. Cuando fue examinado por el Igeo, este frunció el ceño.

Así es que, llamando con un timbre a otros dos médicos consejeros que estaban en una habitación contigua preparados para cualquier consulta, volvieron a hacer el examen del pobre niño mientras movían la cabeza con aire compungido y dolorido.

Los tres médicos acordaron el siguiente juicio:

«Niño delgadísimo, tuberculoso, no apto para la vida».

Cuando la madre oyó esta lúgubre sentencia, se puso a llorar preguntando a los médicos:

«¿No podría una cura concreta sanar a mi hijo?»

«No», respondieron los tres a la vez.

El Igeo que primero había visto al niño preguntó a la madre:

«¿Y entonces?»

La madre redobló su llanto y devolviendo el niño a los médicos, con voz apenas perceptible respondió:

«Sí».

Ese «¿y entonces?» quería decir: «¿permite, pues, que su hijo sea eliminado?»

En ese instante un empleado tomó al niño, abrió una compuerta negra situada en la pared de la sala y lo puso dentro cerrando la puerta. Accionó un muelle y se oyó un gemido acompañado de una pequeña detonación. Una llama de aire caliente a 2000 grados envolvió al niño, del que no quedó más que un montoncito de cenizas.

La madre, apenas pronunciado su desesperado sí, había abandonado la sala y el Igeo, triste pero tranquilo al mismo tiempo, siguió diciendo:

«Número 21».

María lloraba y quería a toda costa dejar aquella sala de los horrores, pero Paolo, aun sabiendo cómo se eliminaban los niños no aptos a la vida y no habiendo querido nunca asistir a aquella cruel y piadosa operación, estaba fascinado por aquella terrible escena, le dijo:

«María, uno más, solo uno y nos iremos».

María le tomó de la mano y se la llevó al corazón, estrechándola como para darse valor. No sabía decirle que no a Paolo, así es que permanecieron allí otro poco.

El niño número 21 era todavía más menudo que el que lo había precedido y además estaba lívido y lleno de manchas rojitas en la cara.

El Igeo, tras un brevísimo examen, sentenció:

«Niño con graves dolencias cardíacas, no apto para la vida».

La madre no lloraba, pero, pálida como la muerte, exclamó:

«No, doctor, no puede ser. El parto fue largo y difícil; y por eso mi hijo está lívido. Pero mejorará, mejorará seguro. No le tengo más que a él. No puedo tener más; mi marido ha muerto».

El doctor, consternado, le dijo:

«No, querida señora, este niño vivirá algunos años, pero sufrirá siempre... y su muerte será dolorosa y traumática. No hay modo alguno de curar las enfermedades cardíacas hereditarias».

Y luego:

«¿Y entonces?»

La madre había vuelto a coger a su hijo y lo estrechaba contra su pecho como si quisiera curarlo con sus ardientes besos y su cálido amor. Pero callaba.

«¿Y entonces?», repitió el médico. «Sabéis que la eliminación no puede hacerse sin el consentimiento de la madre o sin el del padre, en caso de fallecimiento de la madre. Pensad que vuestra piedad de ahora a la larga será cruel, porque llevará a vuestra criatura a inútiles y feroces padecimientos que podrían durar años. Vuestro hijo no tiene ahora consciencia de su existencia y su eliminación no es ni dolorosa ni larga. En un minuto será humo y un montón de cenizas que podréis conservar. Usted todavía es joven y puede volverse a casar y tener otros hijos. Piense bien lo que está a punto de hacer».

Pero la madre no respondía y de un mutismo pétreo pasó a un llanto desconsolado interrumpido por amargos sollozos.

María, que tenía todavía la mano de Paolo sobre su corazón, lloraba también y le hacía señales con los ojos para que se marcharan.

«¿Y entonces?», repitió por tercera vez el Igeo con un ligero tono de impaciencia.

En ese momento se vio a la madre alzar la cabeza como en un acto al mismo tiempo de desafío y desesperación, mientras decía:

«¿Y entonces? ¿Y entonces? ¡Pues no! ¡No!»

Y como si huyese de alguien que la perseguía, salió de la sala estrechando entre los brazos a su bebé.

El Igeo miró a Paolo y María y dijo:

«¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! Cuántas veces se arrepentirá de este 'no'. Ella se cree una buena madre, pero sin embargo es una madre cruel. La eliminación de los niños predestinados al sufrimiento y a la muerte prematura es un acto verdaderamente piadoso.»

María y Paolo, profundamente emocionados, no quisieron ver más y dejaron Igeia con el deseo urgente de salir al aire libre, de buscar el cielo azul y las verdes plantas, y de consolarse con la contemplación de la naturaleza que, más cruel y piadosa que los Igeos, elimina cada día miles y miles de criaturas tan solo porque han nacido mal.

Capítulo IX. La ciudad de los muertos de Andrópolis. Disolución de los cadáveres. Incineración. Los siderófilos y los embalsamamientos. Las sepulturas. El panteón

Durante su estancia en Andrópolis Paolo y María quisieron hacer también una visita a la ciudad de los muertos.

Esta ciudad está situada en un alegre valle a unos tres kilómetros de Andrópolis y se llega a ella por una amplia avenida toda flanqueada de altísimos y seculares cipreses entre los que se ven parterres de flores. Las rosas trepan por ellos formando floridas guirnaldas.

Donde acaban los cipreses se abre una vasta plaza en la que se alza un templo copiado del antiguo Partenón. Frente a la puerta principal hay una estatua colosal de mármol que representa un ángel con las alas desplegadas, casi como si quisiese remontar el vuelo hacia el cielo. Tiene en una mano una antorcha que arde de día y de noche y la otra mano está apoyada sobre un ancla de bronce. En el pedestal sobre el que se yergue la estatua está inscrita esta palabra: *Esperad*.

Al entrar en el templo sintieron un sacro terror. El silencio más solemne reinaba en aquella inmensa sala escasamente iluminada por ventanas de vidrio azul que derramaban sobre los hombres y sobre las cosas una luz singular, melancólica aunque no triste.

Era la casa de los muertos.

En el año 3000 está permitido cualquier método de eliminación o de conservación de los restos humanos siempre que no sea nocivo para la salud. Cada uno, al morir, expresa su deseo de ser sepultado, quemado, disuelto o embalsamado, y en los grandes cementerios de Andrópolis se pueden ver todo tipo de excentricidades con que el ingenio humano afronta este paso.

Cuando la muerte es súbita o el difunto no ha expresado ningún deseo sobre el modo en que debe ser tratado su cadáver, son los parientes más cercanos lo que disponen de él. En caso de que no los haya, le corresponde al estado.

El método más usado es la disolución del cadáver en ácido nítrico. El cuerpo humano se recubre con un preparado de nitrato hasta quedar reducido a un pequeño volumen que es conservado por los parientes en botecitos especiales de cristal. Estos botecitos, dejados atrás por los parientes cuando también estos mueren, son conservados en la Necrópolis.

Algunos dejan escrito en sus testamentos que a la solución con que se tratan sus cuerpos se le añada arcilla, de forma que, reducidos así a una especie de abono, puedan ser sepultados al pie del árbol predilecto de su jardín. Muchos, sin embargo, prefieren la incineración, así es que nuestros viajeros visitaron un horno crematorio.

Este es procedimiento es sencillísimo: el cadáver es colocado desnudo en una especie de urna de platino que tiene la forma del cuerpo humano; cuando la urna se cierra, desde las dos extremidades que se corresponden con la cabeza y los pies del muerto, se aplica una corriente que con un fortísimo calor pone al rojo vivo la urna de modo que, en solo cinco o seis minutos, el cuerpo queda reducido a cenizas. Una vez enfriada la urna, se recogen las cenizas para dársela a los familiares o se dejan en la casa de los muertos si ese es el deseo expreso del difunto en su propio testamento.

Algunos quieren que, según el antiguo rito hindú, sus cenizas sean esparcidas en un río o en el mar.

Otros, por el contrario, quieren que sean puestas en los parterres de un jardín, de un huerto o del campo, de modo que fecunden la tierra.

Para los que no han mostrado ningún otro deseo que el de ser incinerados sin más, sus cenizas son colocadas en unas pequeñas urnas de porcelana con el nombre y la fecha de la muerte que luego son depositadas en la necrópolis.

Del horno crematorio nuestros viajeros pasaron al laboratorio necróforo de los siderófilos.

Se llaman así a una serie de hombres singulares que, adoptando una idea lanzada por un químico francés muy antiguo, desean que de sus cadáveres se extraiga todo el hierro que

contiene y que con él se acuñe una medallita con su nombre, patria y fecha de la muerte inscritos en ella. Haciendo esto, los que le sobreviven pueden guardar un recuerdo eterno de sus seres queridos ya desaparecidos llevando colgado al cuello o en una cadena de reloj, o donde quiera que sea, el hierro que circulaba por su torrente sanguíneo y formó parte de todos sus tejidos.

Paolo y María pudieron ocasión de ver con sus propios ojos las complicadas operaciones que se realizan para extraer de un cuerpo humano el hierro que este contiene y con el que se fabrican las medallitas. El trabajo es difícil y costoso, y por ello este método de destrucción de los cadáveres humanos lo adoptan solo las personas más ricas, es decir, los aristócratas.

Uno de los químicos del singular laboratorio explicaba a los visitantes los procesos con los que un hombre llega a convertirse en una medallita no más grande que un antiguo céntimo, y los entretenía contándoles algunas curiosas anécdotas.

Él conocía en Andrópolis a una señora, muy viejecita, que en una larga vida dedicada a la galantería había tenido multitud de amantes, a los cuales exigía siempre que fueran siderófilos. «La casualidad –les contó el químico siderófilo– quiso que muchos de ellos muriesen jóvenes, así es que ella posee ahora al menos una veintena de medallitas con las que, juntándolas, se ha mandado hacer una gargantilla muy singular. Cada medallita está unida a la siguiente con un anillo de oro y un brillante de tal forma que en la gargantilla está recogida toda la historia amorosa de su vida. Me dicen que esta buena mujer, como hacían los antiguos cristianos cuando rezaban el rosario, se pasa la horas enteras con ese rosario de amor entre sus manos: pasando de una medallita a la otra y besándolas una tras otra, recuerda a los pobres ya fallecidos que la amaron».

Nuestro químico narró también cómo la siderofilia floreció especialmente en los siglos XXVII y XXVIII, época en la que se puede decir que llegó a ser el único modo de destrucción de los cadáveres entre la gente rica.

«Nosotros tenemos un verdadero museo de medallitas que fueron extraviadas y que el estado recoge tras la desaparición de las familias a las que pertenecieron.

Hoy la siderofilia es poco común, dado que en el año 2585 se descubrió que un químico de aquella época que se dedicaba a la especialidad de extraer el hierro de los cadáveres para hacer luego medallitas necróforas y que se hacía pagar con unos amplios honorarios, en lugar de sacar el hierro de los cadáveres cogía un clavo o un trozo de hierro cualquiera para ahorrarse trabajo y hacía con él la medalla. Aquel sinvergüenza patentó sin duda una lucrativa industria, ya que convertía un pedazo de hierro de valor de un sueldo en una medalla por la que se pagaba hasta quinientas liras.

Así es que, si bien él se enriqueció inmensamente, por su culpa el público empezó a desconfiar de la técnica y las medallitas de hierro humano empezaron a resultar ridículas, pasando poco a poco de moda.

De hecho, solo se ha retomado hace muy poco, gracias a una sociedad de siderófilos constituida en Andrópolis que ha fundado este laboratorio tras dar fe de todas las garantías posibles. Además, por turno, asisten a nuestras operaciones algunos consejeros de esta sociedad».

Dicho esto, y antes de despedirse de nuestros visitantes, el ingeniero siderófilo quiso enseñarles un laboratorio especial en el que estaban haciendo estudios para satisfacer los deseos de un rico millonario el cual quería que, tras su muerte, no solo se le extrajese el hierro a su cadáver, sino también todos y cada uno de sus elementos de forma aislada: el oxígeno, el hidrógeno, el carbono, el nitrógeno, el azufre, el fósforo...

«Este señor, originario de Inglaterra, ha puesto a nuestra disposición más de un millón para profundizar en nuestros estudios. Además, ha diseñado él mismo un monumental sepulcro de piedra con forma de antigua farmacia en el que se deberán colocar, en sus respectivos estantes, todos los elementos que han formado parte de su cuerpo. Ninguna inscripción se deberá leer en este monumento a excepción de esta: *Componentes elementales que formaban parte de N.N.*»

Despedido el ingeniero, Paolo y María pasaron a la Sección de Embalsamamiento, en la que se preparan los cadáveres de quienes quieren combatir el tiempo incluso después de muertos conservando íntegros sus propios cuerpos.

La visita fue larga y muy curiosa, puesto que quienes querían ser embalsamados no se contentaban en señalar en sus testamentos que querían ser embalsamados, sino que incluso decían cómo querían serlo. Y en el año 3000 los métodos de conservación de los cadáveres son muchos y variadísimos.

Los cuerpos embalsamados son luego retirados por las familias o conservados en la necrópolis según el deseo expreso del difunto o de sus parientes.

Nuestros viajeros, recorriendo durante un buen rato el Museo de los Embalsamados, pudieron ver con sus propios ojos todo aquel pueblo de orgullosos muertos que había querido sobrevivirse a sí mismo.

Unos pocos eran embalsamados como los antiguos egipcios, rodeados por un entramado de vendas y encerrados dentro de sarcófagos de madera tallada y policromada.

Otros simplemente se disecaban en un horno tras ser empapados en una preparación corrosiva, por lo que, parecidos al bacalao seco, tenían un aspecto bastante desagradable.

Algo más allá, encerrados en grandes vitrinas, se veían cadáveres petrificados, rígidos y duros como la piedra que parecían estatuas modeladas por un pésimo escultor.

Menos horribles eran los embalsamados con el proceso más perfecto que se conocía en el año 3000. Estos estaban vestidos con sus ropas y conservaban la propia fisonomía y su propio color, aunque los inmóviles ojos de vidrio parecían mirar siempre un punto fijo. Se puede admirar el arte con que han estado preparados, aunque siguen inspirando miedo; parece que protestan contra quienes han querido unir, en un extraño matrimonio, la vida y la muerte.

María miraba todas aquellas momias con una evidente repugnancia y no pudo más que decirle a Paolo:

«Paolo mío, si me muero antes que tú, no deseo que me deshagas en ácido nítrico, ni me quemes, ni mucho menos que me embalsames. Entiérrame en la tierra suave y olorosa, sin ataúd, de forma que yo, aunque muerta, pueda sentir el abrazo de nuestra eterna madre, la tierra, de cuyo seno hemos salido. Quiero disolverme en ella y nutrir con mi sangre y mis vísceras las flores que harás plantar sobre mi fosa. Prométemelo, ¿verdad, Paolo mío?»

«Sí, te lo prometo –respondió Paolo con la voz entrecortada por los sollozos–. Aunque serás tú quien me coloque en la tierra suave y olorosa, porque tengo más años que tú y sin duda haré yo primero el largo viaje, ese viaje sin retorno».

«Dejemos de hablar de cosas tristes».

«Sí, pero ¿cómo no hablar de eso aquí, donde no estamos rodeados más que de muertos que nos traen a la cabeza el recuerdo de ese más allá del que nuestra civilización no ha sabido todavía revelarnos el secreto? Hagamos la última etapa de este triste peregrinaje y vayamos a visitar el cementerio».

Así es que nuestros viajeros volvieron a entrar en el templo que, una vez atravesado, daba acceso a través de una puertecita a un vasto jardín totalmente poblado de arbustos siempre verdes y de flores. En medio de él se alzaba una columna gigante de bronce en cuya parte superior había una llama siempre encendida.

En la base de la columna había escrita una bella palabra: *Esperad*.

De la columna parten, tantos como rayos, cien pequeños senderos que llegan hasta la periferia del camposanto, en cuyos lados están colocadas las tumbas.

Cada tumba consta de un pequeño jardín en miniatura en medio del cual se alza una lápida de mármol negro en la que se puede leer el nombre del muerto y la fecha de nacimiento y muerte. Nada más.

«Mira, María, aquí no hay distinción entre ricos y pobres, entre genios y gente normal. Quien puede pagarse la lápida, lo hace; quien no, se la paga el estado. Está absolutamente prohibido

inscribir en la tumba cualquier palabra de elogio, o colocar estatuas o mausoleos suntuosos. Una vez, hace muchos siglos, la desigualdad entre los hombres y la vanidad humana hablaban a voz en grito incluso en los cementerios, y quien los visitaba pensaba que todos los muertos habían sido en vida genios, héroes de corazón o pensamiento. Y quien dictaba esas esquelas con frecuencia era quien había atormentado en vida al pobre difunto, lo había calumniado, ofendido o incluso quien le había dado muerte».

María le dijo a Paolo:

«Siempre he pensado que la igualdad entre todos los hombres en el cementerio es algo justo, aunque creo que se debería hacer una excepción con los genios o con aquellos que, por su caridad o heroísmo, han prestado grandes servicios a la humanidad».

«Tienes razón, pero a estos hombres ya se les rinde homenaje en un Panteón que está más allá de esta necrópolis y que luego visitaremos. Aquí yacen sus cuerpos, allí encontraremos la memoria de sus obras».

«Permíteme, Paolo, otra observación. Siempre me ha parecido que en nuestra civilización el estado tiene un papel excesivo, diría incluso que hasta invasivo. ¿Por qué los que sobreviven no pueden levantar a sus queridos difuntos una estatua o un monumento si lo desean, o incluso un mausoleo? Nuestra época se distingue sobre todo por el triunfo del individualismo y a mí me parece que se debería dejar fluir el afecto y el dolor, ambos derechos sagrados, sin que el estado se entrometa de un modo tan excesivamente tiránico».

«Pero no, María mía, el estado no se entromete. Sencillamente es que aquí es quien dirige y lo organiza todo, porque las necrópolis son monumentos públicos; otra cosa es que cada uno en su casa, en su propio jardín, en su propio país... sea dueño y señor de alzar a un ser querido incluso un templo, si así lo desea. Pero vayamos al Panteón: allí ya no nos toparemos con más cadáveres, sino que veremos a muertos que están más vivos ahora que cuando estaban en este mundo».

Una avenida totalmente flanqueada por gigantescos árboles los condujo a una verdadera ciudad, pues cada región del globo tiene templos propios alzados a la memoria de sus paisanos ilustres, y cada uno de ellos muestra la arquitectura característica de cada país a la que el genio pertenecía: hay de China, de Japón, de la India, Australia, América, África y Europa.

En cada templo se levantaban infinidad de monumentos de bellísimos estilos en los que no reposan los huesos del genio desaparecido, sino donde se encuentra el compendio de toda su vida.

En todos hay un busto o una estatua que reproduce sus rasgos y luego, como en una capilla cerrada, se ven en las paredes todos sus retratos en las distintas etapas de la vida.

Un árbol genealógico de la familia indica su descendencia y luego, si fue autor de libros, se ven todas sus obras colocadas en una estantería, con las distintas ediciones y su biografía.

Con frecuencia se ven también objetos que apreciaba: un gato o un perro embalsamados, las flores que le gustaban, su bastón, la butaca en la que se sentaba y muchos objetos más.

Si el fallecido era un artista, se veían reproducciones fotográficas de sus cuadros, de sus estatuas o de los edificios que había erigido.

Si era mecánico o ingeniero, se veían en su monumento los diseños de las máquinas inventadas, de las calles o de los puentes que había construido.

En una palabra, cada monumento es una biografía parlante del gran hombre a cuya memoria se ha rígado.

«Mira, María: por el hecho de haber eliminado los vanidosos mausoleos de los cementerios, no por ello los grandes hombres no son menos honrados de lo que lo fueron nuestros antiguos predecesores, los cuales, dejando a los vivos la tarea de recordar a sus muertos, medían con el dinero, y no con el mérito, la altura de la estatua o el lujo del mármol, por lo que con frecuencia un hombre vulgar tenía en aquellos cementerios un espléndido mausoleo, mientras que un genio no era recordado más que con una modesta lápida».

Paolo, como hacían todos los visitantes de aquel Panteón, se quitaba el sombrero al entrar en los diversos monumentos y hacía una genuflexión ante la efigie de cada hombre ilustre.

Conmovidos, aunque no tristes, nuestros dos compañeros pasearon un buen rato por el Panteón de Andrópolis, trayendo a la memoria las grandes acciones y las grandes obras de aquellas memorables personas.

María, profundamente sensible tras la larga caminata, le hizo una última pregunta a Paolo:

«Dime, Paolo, no veo la igualdad que he podido observar en el camposanto. Aquí hay monumentos pequeños, medianos y otros grandísimos, ¿quién dictamina y hace cumplir estas diferencias?»

«Los grandes hombres, querida mía, son todos dignos de gloria, pero son muy distintos los unos de los otros. Hay genios que con la luz de su pensamiento son como un faro que ilumina todo el planeta y que con sus obras marcan una nueva era en la historia de la humanidad. Y hay otros que con su talento e infatigable trabajo perfeccionaron los hallazgos de los primeros. Es justo que estos tengan la misma gloria que los primeros. Es la apreciación de la mayoría y el voto de los miembros de la gran Academia de Andrópolis quienes deciden cómo debe ser el monumento que se alce a la memoria del genio desaparecido. De todos modos, el juicio no se pronuncia sino después de un largo y profundo debate».

Capítulo X. Los teatros de Andrópolis y el Panóptico. Un programa de los espectáculos de la capital el 26 de abril del año 3000. Una velada en el Panóptico

La ciudad de Andrópolis contiene más de cincuenta grandes teatros en los que se ofrecen espectáculos variadísimos para solaz de los ojos y oídos, pero también de la fantasía y el corazón.

Son casi todos propiedad de emprendedores o de sociedades industriales, aunque también los hay privados que pertenecen a señores ricos que los mantienen para su propia diversión y para agasajar a de sus amistades; en ellos, los aficionados a la música y al arte dramático se divierten haciendo de actores y espectadores al mismo tiempo.

Solo el Panóptico, el más grande y lujoso de los teatros de Andrópolis, es propiedad del estado, el cual pretende, con los espectáculos que se ofertan, educar al pueblo en la belleza y en el desarrollo de las emociones más dulces reuniendo en ellos todos los más ingeniosos descubrimientos de la ciencia y del arte.

Todos los grandes teatros de la gran capital cósmica están cubiertos solo en la estación fría, compaginando la más perfecta ventilación con la oportuna calefacción.

En todos hay asientos más o menos cómodos según el precio, pero en la parte más alta del anfiteatro, donde antiguamente estaba el gallinero, hay un espacio reservado para los más pobres, los cuales tienen la entrada gratuita por turno o en función de alguna buena acción efectuada o como pago a algún servicio.

En los teatros del año 3000 cada dos asientos hay dispuestos dos botones metálicos con los que, tan solo pulsándolos, se puede aplaudir o reprobar a los autores sin lastimarse las manos y sin prorrumpir en estruendosos silbidos.

Apretando el botón de aplauso, se oye una voz que en lengua cósmica corresponde a nuestro 'bravo', mientras que pulsando el otro, se escucha un largo silbido.

Los espectáculos son diurnos y nocturnos, aunque con frecuencia se celebran durante el día, ya que los habitantes del año 3000 experimentaron hace tiempo que dormir pocas horas de noche es nocivo para la salud y acorta la vida. Todos se van pronto a la cama y se levantan siempre con el sol.

Hace bastantes siglos se descartó el trabajo nocturno de oficina, así es que los trabajadores no trabajan más que seis horas al día, habiéndose perfeccionado todas las artes mecánicas con el uso de máquinas que han sustituido en gran medida el trabajo manual.

Los espectáculos del siglo XXXI son mucho más variados que los que se conocían en tiempos antiguos. Basta para comprobarlo el programa de un día que encuentro en un periódico de Andrópolis:

Espectáculos que se darán en los teatros de Andrópolis el día 26 de abril del año 3000:

PANÓPTICON: *Velada de gala con intervención del Pánocrata. El ciclo del placer cósmico desde Homero hasta el año 3000.*

PANGLOSO (el Pangloso es un teatro reservado a los hombres más cultos y donde se representan obras en lenguas muertas, del griego al italiano, del latín y el sánscrito al inglés, turco o chino). *El Edipo de Sófocles en griego antiguo.* Una boceto del siglo XIX en francés.

TEATRO DE LA COMEDIA LIGERA. *Los celos de un Podestá y de dos alcaldes.* Comedia en cuatro actos.

TEATRO DE LA TRAGEDIA CLÁSICA. *Hamlet de Shakespeare,* traducido del inglés a la lengua cósmica.

TEATRO DE LA TRAGEDIA MODERNA. *La pobre lisa*. Tragedia en cinco actos del célebre escritor inglés John Trembley.

TEATRO DE LA TARANTELA. *La caprichosa*. Comedia de humor con cancioncillas y bailes de los antiguos españoles y napolitanos.

TEATRO DE LA ARMONÍA. *Gran ópera seria del maestro andropolitano Soavi*. El último rey Papa.

TEATRO DE LA MÚSICA ANTIGUA. *Un acto de El barbero de Sevilla*. *Un acto de norma de Bellini*. *Un acto del Lohengrin de Wagner*.

TEATRO DE LA BELLEZA. *Pantomima y cuadros plásticos*, en los que tomarán parte cien jóvenes bellísimas de todas las razas de Asia, Europa y África.

TEATRO DE LAS MARAVILLAS. *Espectáculo variado en el que se reproducen todos los cataclismos telúricos*. Esta tarde tendrá lugar una erupción volcánica y un terremoto. Se está preparando para la próxima semana una inundación del Mississippi.

TEATRO DE LA LUZ. *El iris mágico*. Espectáculo fantástico de juegos de luces que representará una aurora boreal en el polo norte y la salida del sol en la Luna.

TEATRO FANTASMAGÓRICO. Una escena de amor en el planeta Marte. Sueño de un poeta.

TEATRO DE TERPSÍCORE. *Cleopatra*. Baile del antiguo Egipto en el que actuarán 500 bailarinas, de las cuales 200 son negras y 300 blancas, todas jóvenes y bellas.

TEATRO INSTRUCTIVO. *La historia de la locomoción*. Se representan en otros tantos cuadros los medios de locomoción inventados, tanto terrestres como aéreos: del carro de dos ruedas tirado por bueyes a la locomotora, el velocípedo, el tranvía eléctrico y el aerostato. La música que acompañará el espectáculo será de la época correspondiente a cada invento.

TEATRO ZOOLOGICO. *El arca de Noé*. Los autores serán animales magistralmente adiestrados por Faimali, el célebre domador de Parma. Saldrán a escena bestias extinguidas hace siglos de nuestro planeta y gentilmente prestadas por la Academia de las Ciencias.

TEATRO BOTÁNICO. *La gran batalla del planeta*. No se verán más que flores que hablan, plantas que caminan y prados que susurran. El espectáculo, por primera vez en Andrópolis, representa la lucha entre monocotiledóneas de la era carbonífera contra plantas de la era moderna.

TEATRO DE LOS INSECTOS. *La metamorfosis de un gusano*. Hombres admirablemente disfrazados de insectos representarán la historia de un gusano de seda que, huyendo de incógnito de un capullo en forma de mariposa, llega a una isla donde invita a todos los insectos a rebelarse contra el yugo y la crueldad del hombre, fundando una República Entomológica. El espectáculo se cerrará con un baile fantástico de las más bellas mariposas y libélulas del trópico.

TEATRO MARÍTIMO. *El último escualo*. Historia de una conjura de peces marinos para matar al último tiburón refugiado en una gruta de madréporas de las Islas Marquesas. Todo el espectáculo se hará bajo el agua y participarán antiguas ballenas y muchos otros animales hoy en día extintos en la Tierra.

TEATRO DE LOS BUFONES. (El teatro de los bufones de Andrópolis tiene la misión de hacer reír a cualquier precio para alegrar a los hipocondríacos, a los aburridos y a los deprimidos). *Las miserias de un antiguo bufón*. Farsa para reír. Se recomienda a los espectadores tener cuidado para evitar salir del teatro con el vientre dolorido de tanto reír.

TEATRO DEL LLANTO. (El teatro del llanto no hace más que obras melancólicas, pero nunca que den pena, para poner una nota triste pero necesaria en la vida de los que son demasiado felices). *Las lágrimas de una mujer traicionada del siglo XIX.*

TEATRO DE LOS MILAGROS. *La metamorfosis de una piedra.* Espectáculo curiosísimo e instructivo en el que se verá una piedra fundirse y transformarse en todos los metales conocidos, para luego fundirse de nuevo, volatilizarse, hacerse invisible y luego volver a ser la piedra inicial.

TEATRO DE LOS PERFUMES. *La danza de los olores.* Se dará una sinfonía variada de los más delicados perfumes de las flores con acompañamiento musical y coros invisibles de voces femeninas.

TEATROS DE LA AGILIDAD. *La antigua acrobacia.* Espectáculo variado que reproducirá los ejercicios más curiosos sobre el trapecio, en la cuerda floja y en las barras utilizadas en la antigüedad.

TEATRO ATLÉTICO. *Las maravillas del famoso atleta Hércules X.* Desafío de Hércules X para enfrentarse contra luchadores del mundo. Se dará un premio de 10.000 liras a quien consiga ganarle.

TEATRO SUBTERRÁNEO. *El centro de la Tierra.* Escenas de nomos y gigantes que dominan las zonas subterráneas. Escenas geológicas y paleontológicas variadas.

TEATRO DE LA SÁTIRA. *La aventura de un antiguo comendador.* Comedia de risa. Se advierte calurosamente el uso del freno moderador.

TEATRO DE DECLAMACIÓN. *Las cimas del mundo ideal.* Seis célebres declamadores, tres hombres y tres mujeres, recitarán traducidas en lengua cósmica las poesías más sublimes de Byron, Shelley y de Víctor Hugo, y llevarán a los espectadores a gozar las notas más altas del mundo ideal.

TEATRO DE LA VOLUPTUOSIDAD. *La sinfonía de los placeres.* Los espectadores gozarán de las armonías de la música, el perfume, el sabor artificial y las vibraciones hedónicas, mientras los ojos se emborrachan con el continuo caleidoscopio de imágenes que pasarán continuamente sobre la pantalla.

Paolo y María habían asistido ya a muchas representaciones en los teatros de Andrópolis, pero la tarde del 26 de abril quisieron disfrutar de la velada de gala en la que intervendría el Pánocrata con la plana mayor de sus ministros y todas las personas más relevantes de la ciudad.

Era también una manera de conocer al Presidente de la Academia de las ciencias, al Presidente de la Academia de las Bellas Artes y a muchos otros grandes hombres célebres en todo el mundo.

El cartel del teatro anunciaba: *El ciclo del placer cósmico desde Homero hasta el año 3000. El argumento promete muchas y agradables emociones.*

El teatro está aislado en una gran plaza y se accede a él por una gran escalinata de mármol. La arquitectura es griega y de estilo sobrio. En el vestíbulo que está ante la escala hay abiertos varios cafés en los que los espectadores, en los entreactos, pueden tomar algo.

Una inmensa multitud se apiña en los escalones y en el vestíbulo. Nada más entrar en el teatro nuestros dos viajeros se quedaron petrificados por un instante.

La sala es un anfiteatro con gradas y sin palcos. Cada lugar es diferente. Solo en lo alto se ven una especie de ventanas en forma de galería donde se condensa, desde hace un par de horas, la multitud formada por los espectadores pobres.

Paolo y María tomaron asiento en la primera fila para estar más cerca del escenario.

Apenas se sentaron, María vio que delante de ellos había sobre una sillita una especie de gorra de un paño muy grueso de seda del que salían seis hilos. Era para ella una cosa nueva y curiosa que no había visto en ningún otro teatro, por lo que preguntó enseguida a su compañero:

«¿Qué es eso?»

Paolo se echó a reír y dijo:

«Te lo explico en un instante. Mira a los demás espectadores. Apenas han tomado asiento, se han quitado el sombrero y se han puesto en la cabeza este gorrito, que se llama estesiómetro. Este se fija luego al hilo más gordo en el panel que está frente a ellos, mientras se sujeta el resto con la mano.

Es un aparato inventado no hace mucho por un célebre físico inglés y que hasta ahora no se había aplicado más que en este y en algún otro gran teatro de Europa.

El hilo que va hasta el panel comunica con un gran condensador de fuerza electronerviosa, mientras que los otros cinco más pequeños se aplican en varios puntos de nuestro cuerpo, según el sentido en el que queramos acrecentar o disminuir la sensibilidad».

Mientras Paolo hablaba, sostenía en la mano los hilos e iba explicando a su compañera el mecanismo del aparato.

«Ves, este es el hilo de la sensibilidad general y se puede aplicar en cualquier punto de nuestro cuerpo. Por lo general se tiene en la mano y eso basta para que podamos multiplicar o moderar todas nuestras sensaciones. La mayor o menor intensidad se obtiene apretando con el pie alguno de estos pedales que puedes ver aquí bajo nuestro asiento.

Cuando un espectador quiere aumentar la intensidad del placer que siente en alguna escena del teatro, lo aprieta y su percepción aumenta según la presión.

Si, por el contrario aprieta este otro, modera la intensidad del placer. El placer tiene siempre diversos grados de tensión según las condiciones del momento y según el modo de percibir de cada uno.

Verás que algunos espectadores no hacen uso de este nuevo instrumento, que es en realidad un regulador de la sensibilidad, bien porque lo encuentran todavía un poco complicado o porque se contentan con el nivel normal de sus sensaciones.

Cuando te pones el hilo más fino en la frente o en la oreja o en la nariz, actúa directamente en el sentido de la vista, el oído o el olfato, haciendo más delicadas y más exquisitas las sensaciones que se corresponden.

En los antiguos teatros el placer no se estimulaba más que en los órganos de la vista y el oído, pero hoy en día en nuestros espectáculos hay cabida también para el perfume; por eso también los placeres del olfato pueden ser moderados o intensificados usando este estesiómetro».

María, que movía la cabeza entre maravillada e irónica, dijo:

«Todo esto me parece demasiado complicado, demasiado artificioso. Ponte tú el gorrito mágico, que yo por esta tarde me contento con mis sentidos naturales tal cual me los dio Dios».

Mientras la sala, inundada por una luz que no se sabía de dónde provenía y que iluminaba a los hombres y a las cosas como si fueran soles, se iba llenando, una música suavísima expandía en torno a ella divinas armonías sin que pudiera adivinar dónde estaban los ejecutantes.

De repente la música cesó, se abrió el telón que separaba a los espectadores del escenario y apareció ante todos la primera escena: era una familia prehistórica que comía en una gruta troglodita.

Hombres y mujeres estaban desnudos y eran totalmente hirsutos. Había hachas de piedra con empuñaduras colgadas de las paredes de la gruta, y en el centro ardía una hoguera en la que se cocía la mitad de un reno enorme listo para ser comido.

El padre de la familia distribuía a las mujeres y a los niños que le rodeaban cuchillos de piedra de diferentes medidas, según la edad.

Y todos miraban con ávidos ojos la carne sabrosa y rustida esperando que el padre apagara el fuego y diera la orden de asalto.

La escena prehistórica no podía estar más fielmente representada y la evidencia histórica era aún más elocuente, ya que a las sensaciones de la vista se asociaban también las del oído y el olfato.

Mientras los trogloditas troceaban la prehistórica carne asada, desmenuzando los huesos grandes con martillos de piedra y aspirando ávidamente el tuétano, se oía una música invisible, basta, primitiva y tumultuosa y por toda la sala se apreciaba el olor salvaje de la carne asada.

Fuera de la gruta parecían oírse los largos mugidos de las fieras, mientras el cielo oscuro relampagueaba como preparándose para una borrasca inminente. Todo estaba orientado a llevar al espectador a un mundo de hacía centenares de siglos y todo parecía revivir aquel gozo animalesco de una familia neolítica que saciaba su homérica hambre con una comida salvaje, pero gustosísima.

«Mira, María –dijo Paolo–, yo voy a utilizar ya mi estesiómetro, porque esta escena me gusta mucho, aunque no encuentro demasiado gustoso el olor a carne asada. Me pongo el estesiómetro en la nariz, aprieto el pedal moderador y ya no siento casi el olor a asado. Es más, ahora el olor se ha convertido casi en un aroma de bistec tremendamente placentero al paladar capaz de despertar mi apetito».

María entonces, curiosa con el artefacto, quiso ponerse también ella el mágico gorro y le satisfizo muchísimo.

Acabada la primera escena se cerró el telón y volvió abrirse poco a poco para mostrar la segunda escena.

Representaba esta una guerra homérica de los tiempos de la antigua Grecia; quien haya leído la *Ilíada* o la *Odisea* puede imaginársela fácilmente.

Mientras que la primera parte representaba el gozo animal de la comida, esta mostraba vívidamente la lujuria de la lucha: los caballos que portaban a los guerreros a la batalla relinchaban y los héroes de yelmos emplumados lanzaban al cielo gritos formidables; lanzas y jabalinas chocaban las unas contra las otras, y mientras campaba el grito salvaje de la victoria, los carros pasaban por encima de los caídos y sus gemidos se oían en el fragor y el tumulto de la lucha.

Acabada la batalla, apareció desde lo alto del cielo una bella Venus esparciendo flores sobre los vencedores.

También en esta segunda escena la música armonizaba con el horror de la batalla y con los colores de la muerte, y un olor a sangre y a hierro entrechocado circulaba por el aire resaltando el color de la escena homérica.

No contaré todas las escenas que se sucedieron una tras otra aquella tarde representando a grandes saltos los avances de la humanidad a través de la progresiva evolución de la civilización.

Hubo una escena de lucha de gladiadores y fieras en el Coliseo de Roma y también aquí la música era romana, terrible e inmensa, y el olor diseminado por la sala del teatro era el de la piel sudada y el de las horrendas fieras salvajes.

Hubo una escena de amor cortés en un castillo de la Provenza, con damas bellísimas y caballeros engalanados.

Hubo una fiesta carnavalesca popular de la época de los Médici.

Se vio un baile en las Tullerías del tiempo de Napoleón III de Francia, además de muchas otras escenas alegres y festivas de épocas sucesivas.

No faltaron durante el espectáculo los aplausos y solo una vez se silbó una escena, la que representaba una pantagruélica cena en un convento de franciscanos.

El recuerdo de los tiempos monásticos era en sí mismo poco simpático, y la escena estaba demasiado fielmente representada al natural con la brutal disonancia estética de sus rasgos.

Mientras algunos frailes de vientres hinchados eructaban ruidosamente, otro fraile leía en voz alta un libro de plegarias, riendo burlescamente tras sus bigotes y masticando a escondidas el ala de un capón que le había pasado un colega.

Esta escena, aunque fuese la representación de un momento histórico, pareció desacertada y fue por ello abucheada.

Entre un acto y otro del espectáculo, Paolo y María pudieron pasear por los pasillos y las amplias salas que tenía el teatro, las cuales eran otros tantos jardines adornados de bellas plantas en flor.

También en los intervalos no dejó la música de llenar el espacio con sus deliciosas armonías.

Al mismo tiempo, leves corrientes invisibles de variados y delicadísimos perfumes acompañaban la música del oído con la música de los olores, los cuales se alternaban y mezclaban, dando lugar a verdaderos conciertos armónicos y melódicos que deleitaban a los espectadores con una voluptuosidad olfativa desconocida por los hombres de las épocas antiguas.

Capítulo XI. El museo de Andrópolis. La Galería y los peripatéticos. Las secciones de ciencias naturales. Los hombres posibles. El análisis y la síntesis unidos. Parte del Museo reservada al trabajo humano. Los círculos concéntricos y los rayos centrífugos. La mancha en la carta topográfica de la historia del arte

Al día siguiente, Paolo y María quisieron ver el Museo de Andrópolis. El museo se veía en la distancia, un tanto alejado de la capital y erguido sobre el altiplano de una vasta colina; era un inmenso edificio circular en torno al cual se yergue un pórtico de columnas donde en los días de lluvia pasean con frecuencia y gusto los ciudadanos de Andrópolis.

Aquel paseo es el lugar predilecto de los hombres cultos, de aquellos que están seguros de encontrar allí a algún escritor o a algún científico que haya ido a pasar unas horas en aquel lugar reposando de las fatigas intelectuales y gozando al mismo tiempo de la espléndida vista de la ciudad situada más abajo y de los jardines diseminados aquí y allá entre los barrios de la metrópolis planetaria.

Es un sitio no muy frecuentado por los donjuanes y por los ociosos ricos, puesto que no se oyen más que disputas científicas y literarias, hasta tal punto que en Andrópolis, con una ironía cercana al elogio, se suele decir a los sabios y los sabihondos que «eres un peripatético o un hombre de la galería del Museo».

Tal frase satírica, de todos modos, no se refiere a la galería, donde los hombres más cultos de la ciudad se instruyen mutuamente discutiendo y conversando en amistosas charlas.

La galería es también muy hermosa, adornada como está de plantas siempre en flor que hacen resaltar mejor las bellas estatuas que se alzan en honor a los más grandes hombres de todos los tiempos, a los más ilustres en las ciencias, las letras y las artes.

Este maravilloso paseo ha hecho nacer la idea de fundar un periódico semanal, *La Galería del Museo*, que publica, en forma de diálogo, las controversias literarias y científicas del día que tienen lugar en aquel sitio o que se imaginan que podrían suceder.

Quien tenga poco dinero o poco tiempo para leer muchos periódicos, con la sola lectura de *La Galería del Museo* puede seguir el ir y venir del pensamiento de todo el mundo, manteniéndose al corriente de todos los nuevos descubrimientos y de las más recientes invenciones.

Desde la galería se entra por varias puertas al museo, donde en un solo centro se reúnen todos los productos de la naturaleza y del hombre.

El museo de historia natural también es circular y gira alrededor de la parte interna de la galería. Quien le dé toda la vuelta podrá decir con propiedad que ha hecho un viaje alrededor del mundo.

De hecho, partiendo de un extremo se empieza a recorrer el mundo de los minerales y las rocas, todos ellos representados con grandes y espléndidos ejemplares que llevan en un pequeño rótulo el nombre del mineral y su procedencia.

En aquel museo el análisis se alterna siempre con la síntesis: de hecho, en el departamento consagrado a los minerales, después de haberlos visto todos juntos según su naturaleza, se ven luego reunidos, por el contrario, según el país en el que se han originado.

Así, por ejemplo, donde están representados los minerales y la geología de Italia, se puede ver una tabla de todos sus minerales y luego fragmentos bellísimos de los Alpes, de los Apeninos y de las rocas estratificadas de las cadenas montañosas menores.

De los minerales se pasa al reino de las plantas y también aquí análisis y síntesis se dan la mano.

Los hongos, las algas, los líquenes y los organismos más sencillos del mundo vegetal abren la serie. Los seres microscópicos están reproducidos a gran escala para que de un solo vistazo se pueda identificar su estructura.

Esta disposición está pensada para la gran masa de la gente culta, porque para los estudiosos de la botánica cada pequeña criatura está conservada en un líquido antiséptico con el fin de estudiarla con el microscopio.

Las hierbas, las plantas y los árboles más grandes están reproducidos al natural con sus propias flores y frutos, de tal modo que estas reproducciones hechas de los materiales más diversos e incorruptibles crean una perfecta ilusión de realidad. En estanterías anexas se conservan también plantas verdaderas, disecadas o, según los casos, conservadas en líquidos antisépticos para poder servir en las investigaciones de los científicos.

Cada planta está expuesta junto a la historia de su evolución, es decir, se ve el registro fósil tal cual fue o que se supone fue el antecedente lejano de la especie, para luego, junto a ella, disponer las otras formas con las que tiene parentesco o descendencia como si tratase del árbol genealógico de una familia humana. Desde hace tiempo la paleontología no es una ciencia aparte y separada de sus hermanas e hijas.

El botánico que estudia una familia de plantas debe necesariamente conocer su origen y, por tanto, las especies fósiles de las que provienen. Lo mismo hace el zoólogo con los animales, de forma que todos los museos, junto a los animales aún existentes, muestran sus antepasados fósiles. De este modo y de una sola vez se puede admirar la maravillosa evolución de las formas con una continuidad nunca interrumpida por la evolución.

Paolo y María, recorriendo la sección del museo dedicada a las plantas, se pararon un buen rato delante de los cuadros sintéticos que reproducen la flora de las diferentes regiones.

En esos cuadros las plantas ya no están distribuidas según su parentesco morfológico, sino según su procedencia. Quisieron observar enseguida las de Italia, y las vieron representadas a la perfección con la flora alpina, la flora marítima y la de otras floras menores como las pantanosas, las insulares y muchas otras.

En el lugar en el que está representada la flora alpina, no ya mediante dibujos sino con las verdaderas plantas perfectamente disecadas, se veía un pequeño abeto plantado en una maceta con un castaño a sus pies. El abeto tiene sus líquenes y alrededor los helechos, los hongos, las saxífragas y toda la pequeña y maravillosa microflora de las regiones más altas.

Nuestros viajeros se pararon también un buen rato delante de uno de los cuadros que representa la fecunda y mágica flora de una selva tropical en la que las ramas de los árboles más grandes se entrelazan con las lianas y con los helechos arbóreos, llevando a sus espaldas las más raras orquídeas y otros tantos cientos de plantas parásitas que superponen la vida a la vida y los colores a los colores, formando ramilletes que ningún jardinero sería capaz de reproducir en sus parterres e invernaderos.

Por todas partes en las que en aquel museo está reproducida la verdadera flora de una región determinada, hay un estereoscopio con la fotografía de escenas tomadas al natural y que reproducen el prado, la selva o el pantano, con lo que entre la representación plástica y la reproducción pictórica, uno puede admirar con toda exactitud la vida vegetal de un país concreto.

También las escenas vegetales de las etapas geológicas antiguas del mundo están recreadas en el museo, bien con reproducciones de plástico o con dibujos, y el visitante, al igual que antes podía hacer un breve viaje por el espacio, puede hacerlo aquí en el tiempo condensando en pocos instantes las emociones del viajero y del historiador.

De las plantas se pasa al reino de los animales, y aunque aquí están en primer lugar distribuidos por familias, géneros, especies y variedades, luego se reagrupan para formar la fauna de todas las regiones del globo.

Cada animal tiene junto a él a sus antepasados. No todos, sin embargo, lo tienen, puesto que la antigua paleontología no ha podido todavía encontrar las aves prehistóricas de cada especie, ni la corteza de nuestro planeta ha estado siempre habitada y unida.

Cada animal, además de su historia a través de los siglos, tiene representada también su evolución a través de los períodos de su propia vida.

De este modo se puede ver el huevo del águila, su nido y sus polluelos recién nacidos, el águila joven, la adulta y la más anciana. Cada especie está representada también según la variedad de sus sexos, el clima y sus formas patológicas.

Otra cosa que se ve, y que en los antiguos museos del siglo XIX no era posible ni siquiera en sueños, es que cada animal tiene junto a él sus parásitos característicos, representados con reproducciones de plástico de un tamaño mayor. Así, junto al gallo se ven sus ácaros y sus gusanos intestinales y todos los microbios que viven en su piel y en sus vísceras.

Respecto a los animales, también cada región del planeta tiene representada su propia fauna desde las formas más elevadas hasta las más humildes. Por ejemplo, donde se recrea la rica fauna de la India se puede ver, arrastrándose a los pies de un tigre o de una pantera, a la venenosa cobra, mientras que los pequeños papagayos y los buitres suspendidos en las ramas representan, además de otros numerosísimos pájaros, la inmensa variedad ornitológica de aquella tierra fecunda.

También los animales, como las plantas, se suceden según su jerarquía morfológica, por lo que de los gusanos y los moluscos se pasa a los insectos, y de los invertebrados a los vertebrados según su escala ascendente, hasta tener delante al rey del planeta, el hombre, en todas sus formas prehistóricas, protohistóricas y modernas. En ese momento se pasa entonces a estar realmente en un museo de antropología.

En el año 3000 se había descubierto hacía tiempo la existencia del hombre del terciario y al antropomorfo que, por neogénesis, lo había sucedido.

Justo tras ellos se ve al Adán salvaje e hirsuto de la época cuaternaria, al hombre de las cavernas, al hombre neolítico y, finalmente, a toda la larga serie de razas más modernas que, sin embargo, también acabaron desapareciendo de la superficie de la Tierra: los australianos, los maorís, los hotentotes, los bosquimanos, muchas razas negras, los guaraníes, y muchas otras de las que aún quedan rasgos en sus contemporáneos del siglo XXXI.

De hecho, en África no hay ya ningún negro puro, sino muchas razas de mulatos que recuerdan los antiguos orígenes. Al igual que en Malasia ya no hay malasios puros, sino diversas razas de *malasianos* en las que ha entrado una rica inyección de sangre ariana. También China ya no tiene hombres puramente mogoles, sino una raza nueva nacida de la hibridación de arianos, semitas, malasios y mogoles.

Las rápidas y fáciles vías de comunicación entre los países y las profundas modificaciones llevadas a cabo por el hombre tienden en cada generación a fundir indefinidamente las razas, creando un nuevo tipo claramente cosmopolita, fruto del cruce íntimo y profundo de muchísimas razas que durante siglos habían estado aisladas y separadas, atemorizándose recíprocamente y destruyéndose las unas a las otras con el acero, el fuego e incluso transportando terribles enfermedades infecciosas hasta prácticamente desaparecer de la superficie del globo.

De muchas razas prehistóricas no conserva el museo más que unos pocos cráneos y huesos, pero tras largas investigaciones científicas se han logrado adivinar las formas exteriores, maravillosamente reproducidas con plástico de modo que parezcan seres vivos, aunque se extinguieran hace cientos de años.

En cuanto a los australianos, hotentotes y otras tantas razas modernas más extrañas, aunque desaparecidas, estos están representadas con individuos jóvenes, adultos y de ambos sexos perfectamente embalsamados. Junto a ellos se ven sus armas de piedra y sus bastas vajillas, pobres productos de unos cerebros infantiles.

Sin embargo, la parte más curiosa de la sección de antropología del gran museo zoológico de Andrópolis es la destinada a representar a los hombres posibles de otros planetas exteriores.

En el año 3000 los físicos y astrónomos anhelan fervientemente perfeccionar el telescopio, y esperan un día de estos poder ver a los habitantes de Venus, Marte, Mercurio y demás planetas cercanos a la Tierra.

Pero como desde hacía algunos siglos los instrumentos astronómicos habían alcanzado ya cierto grado de perfeccionamiento, se podían divisar los mares, los montes, los ríos y los bosques de aquellos mundos lejanos; así es que, en base a estos datos, algunos naturalistas, con más fantasía que ciencia, ya habían imaginado cuáles podrían ser estos habitantes planetarios del exterior. Y los habían reproducido con lápiz y plástico.

Todas estas osadas recreaciones se pueden ver en el museo con el nombre del naturalista que las soñó, y son realmente curiosas e interesantísimas.

María permanecía boquiabierta frente a estos seres imaginarios, mientras que Paolo, que también los veía por primera vez, sonreía y no podía evitar lanzar de tanto en tanto una risotada.

«Oh, María mía, ¡qué ridículos son estos ángeles de otros planetas, qué grotescos, y, sobre todo, qué fantasiosos! Me parece que los naturalistas que los han creado no debían saber mucho de anatomía comparada y menos todavía de biología. Parece que somos incapaces de imaginar formas que no sean antropomorfos. Igual que los antiguos fundadores de las teogonías no supieron crear a sus dioses más que revistiéndolos de piel humana, así estos bizarros creadores de superhombres no han sido capaces de salir del mundo humano y del mundo animal.

Mira este habitante de Venus de aquí, ¡qué ridículo! Le han añadidos dos alas... es este el sueño más antiguo, el que creó los ángeles en las teogonías cristianas, mahometanas y en otras muchas religiones. El hombre siempre ha querido poder volar y, poniéndose dos grandes alas de oca, de cisne o de águila, ha fabricado sus propios ángeles. Pero es que este habitante de Venus tiene, además, un tercer ojo en la parte trasera de la cabeza para poder ver por detrás sin necesidad de girarse. La única cosa verdaderamente genial que veo representada en este superhombre es la total separación entre los órganos urinarios y los destinados a la reproducción, una fusión que ha hecho siempre enrojecer a los hombres de todos los tiempos y que parece a todos un gran error de la naturaleza, estando como está destinada a desaparecer en el proceso morfológico de los animales superiores».

María se ruborizó y, sin responder, se fue enseguida a mirar los habitantes de Marte, Mercurio y Júpiter, para los que la más deslavazada fantasía había creado seres monstruosos, extraños e imposibles que solo la pluma del antiguo Gustavo Doré habría podido crear.

En todos aquellos monstruos, sin embargo, no se podía encontrar un solo órgano que no existiese ya en el hombre o en otros animales, así es que la criatura extraplanetaria no era más que un mosaico de miembros distintos tomados bien de los pájaros, bien de los peces o los insectos o los moluscos.

Se veía a un superhombre cubierto con plumas polícromas y que no necesitaba, por tanto, ningún vestido.

Se veía a otro que llevaba un aparato eléctrico para lanzar corrientes tan inmensas como para matar cualquier gusano o animal que quisiese.

En otros superhombres planetarios se habían colocado aquí y allá órganos sensibles a las fuerzas eléctrica y magnética, pero si la fantasía del naturalista había podido adivinar la función, no había podido, por el contrario, crear el órgano, y en su lugar no se leía más que «órgano de la electricidad» u «órgano magnético».

Dejando el museo de los monstruos planetarios creados por la aberrante fantasía de algunos naturalistas del año 3000, Paolo, riéndose por última vez, dijo aun más fuerte:

«¡Cuántas meteduras de pata saldrán a la luz cuando el telescopio nos haya mostrado a los verdaderos habitantes de estos planetas!»

Y se dirigieron a la parte central del museo, dedicada ya no a los elementos de la naturaleza, sino a los objetos producidos por el hombre. De hecho en los dinteles de las muchas puertas que por todas partes van a dar a esta sección se leía: *el trabajo humano*.

La disposición de esta sección es realmente muy ingeniosa y está hecha de modo que se puedan estudiar tanto una sola industria o forma de trabajo a lo largo de los tiempos y en distintos lugares, como toda la industria de un solo pueblo.

Quien recorre las salas que se abren una tras otra circularmente, estudia una sola industria, quien por el contrario las recorre desde los extremos hacia el centro puede admirar las formas de trabajo de un mismo pueblo.

El paseo circular es el estudio de una industria a través del tiempo, mientras que el paseo centrífugo es, sin embargo, el examen psíquico de toda una población.

En aquella primera visita al museo de Andrópolis, nuestros viajeros no dieron más que una rápida vuelta para hacerse una idea general y admirar globalmente aquel gigantesco tesoro que reúne el fruto de todas las fatigas humanas a través del espacio y del tiempo. Y os aseguro que cuando volvieron a casa, estaban no solo cansados físicamente, sino también agotados de prestar tanta atención continua durante tanto tiempo y por el efecto de tantas sorpresas y tantas emociones.

Aquel primer día, tras una vuelta en torno a todas las industrias entre las muchas que emanan de aquel sintético círculo del trabajo humano, no entraron más que en el paseo destinado a Italia, donde tuvieron ocasión de ruborizarse, ya que en el año 3000 esta tierra, que se extiende suavemente entre dos mares azules, colocada casi entre Occidente y Oriente, ha conseguido conservando todavía el primer lugar entre las bellas artes. Siendo heredera de la gran civilización griega, ha tenido muchísimos renacimientos que se han sucedido unos a otros como otras tantas primaveras.

Y como en la primera sala que abre la puerta a todas las sucesivas se ve representado maravillosamente sobre un gran mapa mural la línea, bien ascendente bien descendente, de las principales formas del trabajo humano, María se paró junto a una mancha negra colocada en el último período del siglo XIX.

«¿Qué es esta mancha negra, Paolo mío?»

«Es la mayor vergüenza en la historia del arte antiguo italiano, aunque, por fortuna, duró poquísimo. A finales del siglo XIX hubo un período de gran decadencia, especialmente en la arquitectura y en la pintura. En aquel momento los artistas mediocres, que tenían la suficiente soberbia como para copiar a los antiguos, no sabiendo crear ninguna forma nueva de belleza, cayeron en lo grotesco y, olvidando ser los hijos de Rafael, de Miguel Ángel, de Brunelleschi, de Correggio y del resto que forman la pléyade de divinos ingenios, hicieron de lo bruto y lo extraño un nuevo Dios, o mejor, un nuevo monstruo de la estética, fundando escuelas como la de los impresionistas, la del puntillismo, la de los decadentes, y tantas otras monstruosidades que ahora nos hacen reír.

Imagínate que en aquel período morboso del arte, incluso los escritores enfermaron del mismo mal y escribieron en una jerga tan barroca, tan torpe y monstruosa que hizo perder todo sentido estético a uno de los pueblos con mayor inclinación estética que, tras los griegos, haya habido nunca en nuestro planeta. Fue una verdadera epidemia de prerrafaelismo que se llevó consigo incluso a los más altos y potentes ingenios, como el de aquel escritor de los Abruzos, el tal Gabriele d'Annunzio, quien, de haber vivido en otra época, habría podido y sabido ser uno de los más grandes maestros del arte.

Sin embargo, al final no fue acabó más que siendo el gran neurasténico de la literatura italiana».

Capítulo XII. La ciudad de Dios en Andrópolis. El templo de la Esperanza. La iglesia de los Evangelistas. El templo del Dios Desconocido

En el año 3000 no existía desde hacía varios siglos ninguna religión de estado, en Roma ya no había Papa, y los templos budistas y las mezquitas se habían venido abajo; no había ya ni sacerdotes ni creyentes.

La parte más culta de la población de todos los países no profesa religión alguna, aunque la mayoría de los hombres y casi todas las mujeres creen en la inmortalidad de las almas y en Dios.

La necesidad del Ideal, que hace menos penosa la lucha por la supervivencia dejando mucho tiempo para satisfacer las inquietudes más elevadas, en lugar de desaparecer de la faz de la Tierra, había por el contrario creciendo cada vez más, afinándose y aumentando a cada paso de la civilización.

Cada uno es libre de creer o no creer en Dios o en la vida eterna, pero todos los que tienen una fe común sienten la urgencia de reunirse, entenderse, alzar un templo o inventar un culto que los reúna bajo la voz de una misma iglesia para rezar, esperar o adorar a Dios.

En Andrópolis, a pocos kilómetros de la capital, hay un amplio valle repleto de bosques, llamado Ciudad de Dios, destinado a las religiones dominantes.

El templo más bello, más grande y con mayor número de fieles es el de la Esperanza, alzado por los creyentes de todo el mundo a un dios imaginario, o mejor, a un símbolo que encierra en sí todos los temores de la muerte y todos los anhelos por alcanzar una vida eterna que se mejor que la nuestra.

Nuestros viajeros, cuando visitaron la Ciudad de Dios, entraron en esta iglesia, sobre todo porque el culto de la Esperanza era la religión de María. En cuanto a Paolo, no había sentido nunca la necesidad de un culto concreto, y cuando su compañera quiso convertirlo a su fe, se reía como un loco o con una simple sonrisa le decía que no.

El Templo de la Esperanza es magnífico e inmenso en sus proporciones; está hecho de mármol, oro y bronce, con una arquitectura que recuerda el antiguo gótico, aunque un tanto menos complicado y rebuscado.

En el pronaos del templo está escrita la misma palabra que Paolo y María habían leído en el gran cementerio de Andrópolis: *Esperad*, y esta palabra se veía reproducida cientos, miles de veces, pintada, sobrescrita y esculpida por todas partes.

En el centro de la iglesia se alza una estatua de oro macizo con diamantes en los ojos que representa a la Esperanza. Es una reproducción más lujosa y mucho más grande de la que vieron nuestros viajeros en la Ciudad de los Muertos.

En el pedestal de la estatua se leen estas palabras, una especie de oración cotidiana de todos los que creen en la religión de la esperanza:

Oh, hombre soberbio, ¿cómo y por qué osas negar la vida más allá de la muerte? Oh, hombre ignorante, ¿cómo osas afirmar que hay una segunda vida? Suspendido siempre entre dos abismos de ignorancia y soberbia, une tu pensamiento y tu sentimiento a la religión de la Esperanza. Creer lo que creían tus antepasados es absurdo. Negar a Dios y la segunda vida es orgullo. El hombre sabio no debe ni creer ni negar, debe esperar.

Alrededor de esa estatua hay muchas alfombras en las que se ve a los fieles agacharse o arrodillarse. Los hay que rezan con las manos entrelazadas, quienes parece que estén meditando y quienes leen un libro de oraciones.

Se ven también otros que ponen a los pies de la diosa coronas de flores, mientras otros prenden delicados aromas en ciertos incensarios que sueltan al aire nubecitas azules que parecen rodear la estatua como si fuera una nube perfumada.

Los grandes ventanales del templo son todos de color azul oscuro, por lo que cae sobre la iglesia una luz fantástica y solemne.

A aquella hora también la música sutil de un gigantesco órgano esparcía por el aire sus notas melancólicas. Todo parecía dispuesto en aquel lugar para evocar en los fieles imágenes de un futuro infinito y misterioso, y la elocuencia hierática de aquel ambiente era tan potente que incluso Paolo sintió el deseo de arrodillarse junto a María, escondiendo el rostro entre las manos unidas y dejándose llevar muy lejos por una emoción indefinida.

María rezaba desde hacía algunos minutos. Cuando al alzar los ojos vio junto a sí postrado a Paolo en el acto de rezar, no pudo por menos que sonreír y decirle:

«¿Qué haces, incrédulo? ¿Rezas también tú a nuestra diosa?»

«No, no rezo, adorada María mía, sino que pienso que toda la ciencia de este mundo no podrá eliminar nunca el deseo humano de mirar más allá de la tumba, esperando o creyendo».

Se levantaron para dar una vuelta por la iglesia, parándose en los diferentes altares que, con diversa arquitectura, se alzan alrededor del templo.

Vienen a ser estos unos cuarenta, destinados a las diversas formas del Ideal, al igual que los altares menores que se veían en las iglesias cristianas antiguas dispuestos en torno al altar mayor.

En cada religión los dioses mayores tenían siempre, como el rey, un estado mayor de dioses menores o de santos que lo rodean.

Del mismo modo, en el Templo de la Esperanza se ven también en torno a la gran diosa otros altares menores consagrados a lo Bello, lo Bueno, lo Verdadero, al Sacrificio, a la Salud, a la Fuerza, a la Gracia, a la Cortesía, y a casi todas las virtudes humanas.

Cada altar tiene sus propios devotos, personas que los prefieren a los demás y que son quienes los adornan con flores y perfumes, las dos formas más antiguas de cualquier tipo de culto después de que fueran eliminadas las ofrendas de sangre y las víctimas sacrificiales.

El culto a esta nueva Diosa de la Esperanza es sencillísimo: no tiene más sacerdotes que unos pocos predicadores que cada día, desde lo alto del púlpito situado en el templo, hacen sermones de moral o de estética, pero sobre todo de consuelo de los males morales que, por desgracia, también en el siglo XXXI amargan la existencia de los hombres.

Se hacen varios sermones en las diversas horas del día, incluso por la tarde, y cada mañana, en un libro situado a las puertas del templo, se lee el programa de los sermones del día, con la hora y el nombre del orador. El día que Paolo y María visitaron la Ciudad de Dios el programa era este:

A las 9: predicador Angelo Feneloni. *La ignorancia y la soberbia de quien niega el mundo ultrasensible.*

A las 11. Predicador Marco Marchi. *La infelicidad de los no creyentes.*

A las 13. Predicador Roberto Fedi. *La llegada de la religión de la esperanza.*

A las 15. Predicador Anselmo Cristiani. *La caridad en la religión.*

A las 17. Predicador Roberto Speri. *Crítica de las religiones fundadas en el culto al dolor.*

A las 19. Predicador Alessandro Cesari. *La lucha contra la duda y el escepticismo.*

A las 21. Predicador Dario Devi. *La poesía de la fe y la poesía de la esperanza.*

A las 23. Predicador Paolo Santi. *Sobre los medios mejores para convertir a los incrédulos a la religión de la esperanza.*

Los gastos del culto los pagan con donaciones puntuales los fieles, así es que el gobierno no contribuye en absoluto a su mantenimiento.

En el calendario de estos creyentes se suceden cada año tres grandes fiestas.

La más solemne es la del uno de enero, en la que se hacen votos para que el Año Nuevo sea feliz. En la segunda, el primer día de abril, se festeja la llegada de la primavera. La tercera, el primer día de octubre, está dedicada a las conmemoraciones del fundador de la religión de la

Esperanza y a los más grandes predicadores, que fueron los apóstoles más elocuentes y más eficaces.

Estas fiestas, dado que esta religión es la que cuenta con el mayor número de creyentes, las celebra una numerosísima multitud.

El templo está entonces adornado con flores por todas partes y la música de cientos, de miles de instrumentos, hace vibrar los arcos del templo con las más divinas armonías, mientras nubes de perfume expanden por el aire deliciosos olores. Si durante el día toca la fiesta del incienso y la música, por la noche es el momento de la fiesta de las luces, y millones de llamas polícromas adornan el templo y las casas de los creyentes.

No muy lejos del Templo de la Esperanza, no solo en Andrópolis sino en todas las grandes ciudades del mundo, se alza la iglesia cristiana, que es la que reúne el mayor número de fieles.

Aunque han pasado tres mil años de historia desde sus orígenes en el portal de Belén, un hecho que cambió el mundo, todavía hay iglesias y creyentes; y ello pese a que la religión católica desapareció hace más de cinco siglos destruida por la simonía y por la testaruda ignorancia de los últimos papas. Desde entonces, todas las iglesias cristianas se han ido uniendo en una sola, muy parecida a la antigua iglesia valdense.

De la religión de Cristo se han quitado los dogmas metafísicos y muchos ritos ridículos, y se ha hecho de ella casi una forma elevadísima de caridad.

Creer o no creer en la divinidad de Jesús se ha dejado a la fe de cada cual.

Los Evangélicos (que así se llaman los seguidores de la Iglesia cristiana), son bautizados al nacer con un rito bastante extraño que consiste en mojar la frente del neonato con una gota de sangre que gotea del brazo del padre y con otra gota de sangre de la madre.

El sacerdote oficia el rito en la iglesia y al ungir al niño dice:

Tú, hijo del amor y del dolor, vivirás amando y sufriendo. Tu dolor vendrá siempre de los demás y con tu amor sanarás el dolor de los hombres que son tus hermanos. En nombre del amor, en nombre del dolor, en nombre de Cristo, que murió por nosotros, yo te bautizo y te llamo...

Este es el bautismo de los Evangélicos del año 3000.

De los sacramentos no han quedado más que la confirmación, el matrimonio y la extremaunción.

La confirmación no es más que un segundo bautizo que oficia el sacerdote nada más aparecer la pubertad, un rito en el que el neófito debe jurar consagrar su propia vida a la caridad, ser fiel marido y padre perfecto.

El matrimonio solo es religioso y se consagra en la iglesia mediante un rito solemne y muy poético en el que las flores y la música desempeñan el papel más relevante.

El divorcio se concede a todos, aunque está limitado a ciertas condiciones para impedir los caprichos del vicio.

Por lo demás, la extremaunción ha quedado como un recuerdo del análogo sacramento católico y como una despedida que los supersticiosos dan a los hombres que van a dejar este mundo para entrar en la vida eterna, en la que creen todos los Evangélicos.

Fuera de estos sacramentos, con los que dan un toque religioso a los actos más importantes de la vida, no practican más que la oración y la predicación.

Se reúnen en la iglesia los domingos y algún que otro día solemne para escuchar la palabra del sacerdote (que está siempre casado, es más, debe estarlo siempre) para rezar.

Rezan solos o todos reunidos, cantando en coro y acompañados por la música del órgano.

La religión evangélica domina sobre todo en el norte de Europa, donde puede decirse que es la mayoritaria, aunque tiene también otros centros menores en América del Norte, en el Tíbet y en Siberia.

En Andrópolis no tiene más que un templo en la Ciudad de Dios, pero es tal vez el más grande y el más bello del mundo.

Paolo y María lo visitaron y se asombraron de ver casi fielmente reproducida la antigua catedral de Florencia, Santa María dei Fiori, la cual, aunque ya no existe, la conocen después de haberla visto plasmada en muchas obras de historia y arquitectura.

Es una iglesia adusta, melancólica, sin cuadros y sin estatuas, que inspira respeto e invita al silencio y a la meditación.

Caminando por aquel templo una siente la necesidad de ralentizar el paso y de hacerlo en el mayor de los cuidados, pareciendo cualquier ruido casi un sacrilegio. A todos les parecía que en aquel silencio no había espacio más que para escuchar la voz del sacerdote desde lo alto del púlpito y el sonido del órgano que venía del subsuelo del templo.

En la Iglesia Evangélica no se ven en los dos extremos más que a las dos máximas figuras que se miran a la cara la una a la otra.

En uno de ellos se levanta un Cristo crucificado de bronce, gigantesco y solemne, hecho por uno de los más grandes artistas italianos que vivió en el siglo XXV llamado el Nuevo Miguel Ángel. Alrededor de la estatua de bronce, miles y miles de velas están siempre encendidas de día y de noche.

Es el altar del dolor y del sacrificio.

Frente a él, el segundo altar está consagrado a la Virgen María, la cual está representada con una gigantesca estatua de mármol blanco en el momento de abrir los brazos a todo el mundo; es obra de un célebre escultor inglés que vivió en el siglo XXV y que fue bautizado con el nombre de Segundo Donatello.

Es este el altar del amor y la caridad.

Nuestros viajeros se pararon durante un rato frente a aquellos dos altares observando que frente al segundo había muchas mujeres postradas, mientras que frente al primero los fieles arrodillados eran casi todo hombres.

«Mira, querida María, si yo sintiese el deseo de adoptar una religión, creo que me haría evangélico, porque en esta iglesia, frente a estos dos altares que me parecen alzados sobre las más altas bases del idealismo humano, yo siento como si me elevaran muy alto, muy alto, allí donde la razón calla, los bajos instintos desaparecen y el hombre se siente al margen de la vida cotidiana para respirar un aire más puro y gozar de una luz fantástica que no es de este mundo. Frente al Cristo crucificado que da su vida por redimir al mundo del pecado de Adán, frente al hombre que proclama la grandeza de los humildes, veo la aspiración más alta a la que podamos llegar, la de sacrificar el individuo al bien común.

Y allí, frente a aquella Mujer-Diosa que abre los brazos para abrazar el corazón de toda la humanidad, veo santificada la caridad en su forma más tierna y cálida, es el amor materno y divino que hace que todos los hombres sean otros tantos hijos.

En estos dos altares alzados en este templo de los Evangélicos veo los dos polos entre los cuales se mueve toda la familia humana: el Amor y el Dolor. Veo la fuente de la que surgen y surgirán todas las nuevas religiones que no estén basadas en el fetichismo o la idolatría, sino en aspiraciones dirigidas hacia más arriba, hacia el infinito, hacia cualquier cosa que sea menos caduca y menos frágil que nuestra pobre vida terrena».

Paolo y María dejaron emocionados la Iglesia Evangélica dirigiéndose a un tercer templo totalmente circundado por un bosque tan denso de árboles centenarios que apenas dejaban entrever el vasto edificio que parecía esconderse entre toda aquella frondosidad.

Es la Iglesia de los Deístas.

Habían copiado el antiguo Panteón romano y en la puerta del templo se lee: *Al Dios Ignoto*.

Las paredes internas están desnudas: no hay cuadros, ni estatuas, ni púlpitos, ni altares. Solo en medio de aquel edificio circular se alza una gran estructura de bronce en la que está siempre encendida de noche y de día una llama azul.

Aquí y allá se ven puntualmente algunos fieles mirando de pie la llama que, sin hacer ruido, expande a su alrededor una luz lívida y triste. No hay ninguna mujer en esa iglesia de los Deístas.

María alzó las cejas y mostró un gesto de dolorosa emoción:

«Paolo mío, me parece que hace mucho frío en este templo».

«Yo también lo siento, María. Entiendo perfectamente a los adoradores de la Esperanza, entiendo la religión evangélica, pero no veo claro qué pretenden los Deístas con su religión.

El Dios Ignoto lo fue de todas las épocas y de todos los pensadores alejados de cualquier tipo de soberbia. El hombre sabe tan pocas cosas del mundo que lo circunda y de las fuerzas que lo mueven... nace, vive y muere entre dos abismos impenetrables de ignorancia, el más pequeño y el más grande; y está obligado a poner, como punto y final a cada pregunta suya y a cada una de sus inquietudes, un gran signo de interrogación.

Todo esto es lógico, natural e inevitable, pues nos movemos siempre dentro de los ámbitos del pensamiento, pero, ¿cómo adorar un 'quizás', un signo de interrogación? El Dios Ignoto es una pura y simple confesión de ignorancia, pero no puede ser materia de culto ni de una religión.

La religión está hecha de sentimientos y no de pensamiento, y no la concibo sin un altar, sin un sacerdote, sin un culto. Y aquí no veo más que paredes desnudas, respiro un aire helado, sin el color del tiempo, como dijo hace muchos siglos un gran poeta. Nada le habla a mi corazón, nada me dice esa llama lívida y azul que eternamente está encendida sobre ese altar de bronce.

¡No y no! Podría convertirme un día a tu religión, a la de la Esperanza, si fuese muy infeliz podría incluso hacerme evangélico, pero deísta no lo seré nunca».

«Ni yo», añadió María acompañando sus palabras con un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo como si tuviese mucho frío.

Y nuestros viajeros salieron del templo del Dios Ignoto para volver a casa.

Capítulo XIII. El malhumor de María y el secreto de Paolo. Una reunión en la Academia de Andrópolis y la entrega del premio cósmico. El matrimonio fecundo

María estaba desde hacía algunos días de pésimo humor. Las maravillas de Andrópolis, que ella veía por primera vez, la distraían a ratos, pero luego volvía a ella su tristeza habitual.

Pero lo digo mal: ella no estaba triste, ni podía estarlo. Amaba a Paolo con todo su corazón y con todo su pensamiento, y ahora se estaba realizando el sueño más importante de su vida, el de visitar la capital planetaria dando al mismo tiempo la vuelta al mundo.

No, no estaba triste. Estaba resentida, disgustada, contrariada.

Paolo, que se había acostumbrado a verla siempre serena y pasando los días de una sonrisa a otra, le había preguntado varias veces:

«Pero, ¿qué te pasa, amor mío? ¿Te encuentras mal? ¿Estás cansada? ¿Quieres tal vez descansar unos días de nuestras continuas excursiones?»

Y ella respondía fastidiada con ese gesto que hacía casi siempre imposible insistir preguntando.

«No me pasa nada, estoy bien».

Un día, sin embargo, a la pregunta añadió Paolo también algunas caricias y, puestas tantas fuerzas aliadas juntas, ella no supo, no pudo resistirse:

«Te voy a decir por qué estoy de mal humor. Tú me has dicho siempre que la primera prueba de amor y de querer vivir la vida juntos es que no haya el más mínimo secreto entre nosotros. Y me has repetido un montón de veces que la primera mentira en la boca de un amante rompe la concordia y pone en peligro el amor. Tú sabes que desde que yo te dije 'soy tuya', no he pensado nada que tú no supieses de inmediato, ni siento placer o dolor que al instante no sea también tuyo.

Y también tú, Paolo mío, me has abierto muchísimas veces tu alma. Pero me dijiste que te reservabas un pequeño secreto que no tiene nada que ver con ningún sentimiento de culpabilidad y que solo me revelarías en Andrópolis. Nunca me ha ofendido ese pequeño misterio, pareciéndome que no era más que una ingeniosa treta para hacerme desear algo nuevo, a mí, que viviendo contigo no tengo nada que desear. Pero ya estamos en Andrópolis desde hace dos meses y no has desvelado todavía tu secreto.

He esperado siempre y espero todavía, pero ya la curiosidad se ha transformado en impaciencia y la impaciencia en dolor. Y me atormento y me torturo sospechando que el secreto no sea tan solo un misterio, sino una culpa que no tienes el coraje de confesarme, pensando que pueda dañar la estima que siento por ti, que es grande como mi mismo amor. Y si no fuese un remordimiento, pienso que igual es una debilidad en la que tú, que eres fuerte entre los fuertes, tienes miedo de que yo no vea más que una mancha en el espejo de tu alma, tersa y brillante como el acero».

Paolo la escuchaba y sonreía, besándole las manos y acariciándole el cabello...

«¡Loca, locuela mía! No pensaba que estuvieras tan intrigada y fueses tan quisquillosa. Te prometí desvelarte el gran secreto, el único que reservo ante ti, en Andrópolis; pero no te dije cuándo te lo revelaría, si nada más llegar o más tarde o tal vez el último día, cuando por fin partamos. Date cuenta, pues, que no he faltado a mi palabra ni he olvidado mi promesa.

Ahora bien, el día de la revelación ha llegado y te lo anuncio en voz alta, solemnísimamente. Mañana sabrás mi secreto, justo el día de la proclamación del premio cósmico».

«¿A qué hora del día y en qué lugar?

«A la hora del anuncio del premio y en la gran sala de la Academia».

María se abrazó al cuello de Paolo y alegre como un potrillo en día de fiesta lo besó una y otra vez.

El malhumor y el malestar se habían evaporado, se habían esfumado como la niebla matutina tras el primer rayo de sol.

Durante todo aquel día se desbordó la alegría acumulada en María durante tanto tiempo, tanta, que inundó de feliz alegría también a su Paolo. Los dos bailaron, saltaron y se persiguieron como niños.

La alegría es siempre joven y en sus formas más bellas es también infantil. Y Paolo y María durante todo aquel día y la mañana siguiente tuvieron entre los dos no más de dieciséis años.

La Academia de Andrópolis es el más alto instituto científico del mundo; tiene cien miembros de las más lejanas regiones y forman realmente, un verdadero senado de la ciencia.

Elegidos libremente con el voto de todos los pensadores del mundo, representan todas las ramas de la ciencia, de las letras y de las artes, y no tienen más obligación que encontrarse en Andrópolis una vez al año, precisamente el 31 de diciembre, cuando los secretarios de las distintas regiones presentan la memoria científica, literaria y artística del año, cada uno en la disciplina que se les ha encomendado.

Una vez vueltos a su patria corresponden a la Academia resolviendo los diversos problemas que se les plantean. Treinta de ellos, por sorteo, residen en la capital durante todo un año, gozando de espléndidos alojamientos. Su honorario es de 500.000 liras al año.

Cada diez años se reúnen todos para entregar el premio cósmico que se otorga a quien haya hecho el descubrimiento más grande de aquella década.

El premio es un millón de liras, y quien lo gana tiene derecho a sentarse en el Consejo Supremo del Gobierno además de recibir el título de Sofo, el más alto honor de todo el mundo, similar al solamente al de Pánocrata.

En el año 3000 ha pasado justamente un decenio desde el último premio, y son 150 las personas que se presentan.

Justo al día siguiente del diálogo entre Paolo y María que se ha referido antes, debía concederse el premio cósmico, así que nuestros viajeros se acercaron a la Academia, llena de cientos y cientos de curiosos venidos de todas las partes del mundo para asistir a la gran fiesta de la ciencia.

La ciudad estaba completamente adornada con banderas, las tiendas habían cerrado y en las plazas las músicas más diversas llenaban el aire de deliciosas armonías.

Entrando en la gran sala de la asamblea, María vio con gran estupor que Paolo fue a sentarse con ella en dos grandes sillones dorados en los lugares reservados al Pánocrata y a sus ministros.

«Pero, Paolo mío, ¿por qué nos sentamos aquí? ¿No sería mejor mezclarse con el público y sentarnos allá al fondo donde podamos ver y observarlo todo sin más?»

«No, María mía, porque este sitio es el que me corresponde. He conseguido gracias al Presidente que tú también te puedas sentar junto a mí. Aquí y ahora te será revelado mi secreto, mi único secreto».

María calló, maravillada e intrigada.

Entre tanto la sala se iba llenando cada vez más y una música exquisita ayudaba a todos a sobrellevar la espera.

En un momento determinado la música cesó, se extendió en torno a ellos un silencio solemne y los miembros de la presidencia tomaron sitio sentándose entre los cien senadores de la ciencia.

En medio de ellos, en una butaca más alta, se sentaba el Presidente, el cual llevaba suspendida al cuello la misma gran medalla de paladio que había llevado otras veces en la concesión del mismo premio cósmico que estaba ahora a punto de celebrarse.

El Presidente se levantó y, tras declarar abierta la reunión, invitó al secretario general a leer la relación del premio cósmico, que nosotros resumiremos a grandes rasgos.

«Los participantes este año 3000 son 150. Una primera selección y análisis de los trabajos los redujo a 50.

Más compleja ha sido la labor realizada para la segunda selección, ya que entre aquellos cincuenta descubrimientos e invenciones muchos tienen un valor incuestionable. Aun así, poco a poco se han ido reduciendo hasta quedar limitados a tres, aunque de estos tres no ha sido muy difícil elegir uno, reservando los otros dos para el segundo y el tercer premio.

El ingeniero inglés John Newton ha inventado un barreño gigantesco movido por una nueva máquina eléctrica que permitirá perforar todo el planeta y llegar al centro de la Tierra. De ese modo se podrá conocer la verdadera estructura del globo, algo hasta ahora deducido científicamente pero totalmente desconocido. Quién sabe de qué nuevas fuerzas podremos disponer en el futuro. La invención es de una extraordinaria importancia y por eso hemos decidido concederle al ingeniero Newton el tercer premio.

Le invito a acercarse a la Presidencia para recibir el premio».

El ingeniero Newton estaba sentado junto a Paolo. Se levantó, se acercó al banco del Sofo y recibió un diploma y una medalla.

Volvió a escucharse música y todos los asistentes se levantaron para aplaudir al premiado.

El secretario continuó leyendo su relación:

«El célebre astrónomo Carlo Copernic ha perfeccionado de tal modo el telescopio que nos permitirá ver a los habitantes de los planetas más vecinos. Esta invención señala una nueva era en la historia de la civilización, ya que posibilitará aumentar los límites del mundo conocido y hará crecer hasta el infinito los tesoros de nuestro pensamiento, dejándonos la esperanza de poder, en un futuro no demasiado lejano, entrar en contacto con nuestros hermanos planetarios. Por ello, se consideró razonable y justo concederle el segundo premio al astrónomo Copernic».

Y de nuevo aplausos y música.

Después de que Copernic recibiera el premio, se produjo una larga pausa llena de silencio y expectación. El silencio mostraba la infinita curiosidad por saber quién había podido hacer un descubrimiento aún más grande que estos.

¡Perforar la Tierra de parte a parte y comunicarse directamente con las antípodas!

¡Espiar a los habitantes de Venus, de Mercurio, de Marte! ¿Qué podía ser más grande que eso?

El secretario retomó la palabra y dijo:

«El tercer descubrimiento, señoras y señores, y ciertamente el más grande, es el del psicoscopio, un instrumento que permite leer fácilmente la mente del hombre a quien se dirige.

Ruego al señor Paolo Fortunati, de Roma, que venga junto a la presidencia para demostrar de forma práctica cómo se maneja el psicoscopio».

María, al oír estas palabras, sintió como el corazón se le salía y miró a Paolo, quien tras estrecharle la mano con fuerza, le susurró al oído:

«¡Este es mi secreto!»

Y se levantó, y una vez junto al presidente de la Academia, sacó del bolsillo un pequeño instrumento parecido a unos prismáticos y lo dirigió hacia el público.

El silencio fue inmenso cuando el secretario dejó de hablar, pero ahora un rumor de sillas que se movían y de gente que se levantaba turbó la serena paz de aquel lugar consagrado a la ciencia. Era el sonido que hacían todos los que dejaban improvisadamente la sala porque tenían miedo de que se les leyese los pensamientos que en esos momentos les pasaban por la cabeza.

Paolo, pese a que en aquel momento estaba profundamente emocionado, no pudo más que reír ante aquella fuga tumultuosa.

En cuanto volvió a reinar el silencio, ya nadie se movió. Paolo dirigió el psicoscopio hacia un chaval de dieciséis años que estaba sentado junto a su madre y dijo:

«Este chico piensa con dolor que se está aburriendo mortalmente en esta sala, escuchando discursos que no entiende; mientras en su casa están sus hermanos jugando con la pelota en el jardín. Mentalmente nos está lanzando una maldición a cada uno de nosotros...»

Toda la asamblea estalló en una risa homérica.

Paolo entonces dirigió su instrumento aquí y allá, como si buscara a alguien o a algo y sin saber dónde detenerse.

«No dirigiré el aparato hacia alguien en particular, pero veo que hay más de diez personas que consideran con desdén que los académicos han cometido una grandísima injusticia con ellos. Ellos han participado en el concurso cósmico y no han conseguido el premio... En uno de ellos leo incluso pensamientos horribles e incluso de venganza».

Ante estas palabras, el tumulto del antes volvió a llenar la sala, aunque esta vez aun más violento. A las sillas arrastradas y derribadas por quienes abandonaban en ese instante la sala se unieron ahora gritos airados:

«¡Profanación! ¡Profanación! ¡Abajo el psicoscopio...!»

Paolo permaneció impertérrito y el Presidente hizo sonar la campana pidiendo silencio y tranquilidad. Entre tanto la sala se había vaciado hasta la mitad, y el secretario pudo continuar su relación:

«La Academia ha considerado de forma unánime conceder el primer premio al señor Fortunati, ya que si los otros dos inventos nos alargan las fronteras de lo que se puede conocer, el psicoscopio nos traerá una nueva era de moralidad y sinceridad entre los hombres. Cuando sepamos que cualquiera puede leer nuestro cerebro, haremos que los pensamientos y las obras no se contradigan, y seremos buenos de pensamiento del mismo modo que intentamos hacer buenas obras. Se puede confiar en que con el psicoscopio la mentira será desterrada del mundo o, al menos, será un fenómeno rarísimo que se irá perdiendo del todo, como todas las funciones de los órganos que ya no tienen ninguna necesidad y son inútiles. No mencionamos todas las ventajas que permitirá en el diagnóstico de enfermedades mentales, en la educación y en la psicología. La ciencia del pensamiento entrará en breve en una nueva etapa. Ciertamente es más útil al hombre el «conócete a ti mismo» que el hecho de conocer el centro de la Tierra o a los habitantes de otros planetas. Desde que el hombre apareció en la Tierra, ha protagonizado inmensos progresos en las ciencias, en las artes y en la literatura, en todo lo que se refiere a la vida del pensamiento, pero en cuanto a moralidad, el progreso ha sido todavía muy lento y muy dispar al de la mente. El psicoscopio nos permitirá realizar el sueño de todos los siglos: que el progreso moral vaya en paralelo al intelectual. Y así como todos creemos que el primero es mucho más importante para la felicidad de los hombres que el segundo, he aquí el motivo por el que la Academia ha considerado oportuno concederle el primer premio al señor Paolo Fortunati, inventor del psicoscopio».

Todos los que se habían quedado en la sala y que no tenían miedo de que ese terrible instrumento óptico leyese a través de sus cráneos algún pensamiento malvado, se levantaron y aplaudieron clamorosamente al afortunado vencedor del premio cósmico, quien en su nombre llevaba casi escrito el vaticinio de su victoria...

La única persona que no se levantó era la más dichosa y emocionada de todas.

Era María, quien escondía su rostro en un pañuelo para ocultar las lágrimas de infinita alegría que la inundaba de la cabeza a los pies.

Paolo, entre tanto, había bajado del banco de la presidencia y había vuelto a su sitio, y allí las lágrimas de los dos se unieron confundándose en el éxtasis de una sola embriaguez.

Todos los presentes miraron emocionados a aquellas dos dichosas personas, persuadidos de que el abrazo de aquella mujer en aquel momento, en aquel lugar, era el primer y más alto premio al descubrimiento inmortal de Paolo.

Pocos días después Paolo y María, tras obtener la aceptación del Tribunal Sanitario de Andrópolis para unirse en matrimonio fecundo, recibieron en el Templo de la Esperanza el sacramento solemne; y de amantes que eran desde hacía varios años, pasaron a ser marido y mujer, habiendo conquistado por acuerdo de la ciencia el más alto de los derechos, una vez concedido a todos en los tiempos bárbaros, el de transmitir la vida a las generaciones futuras.

